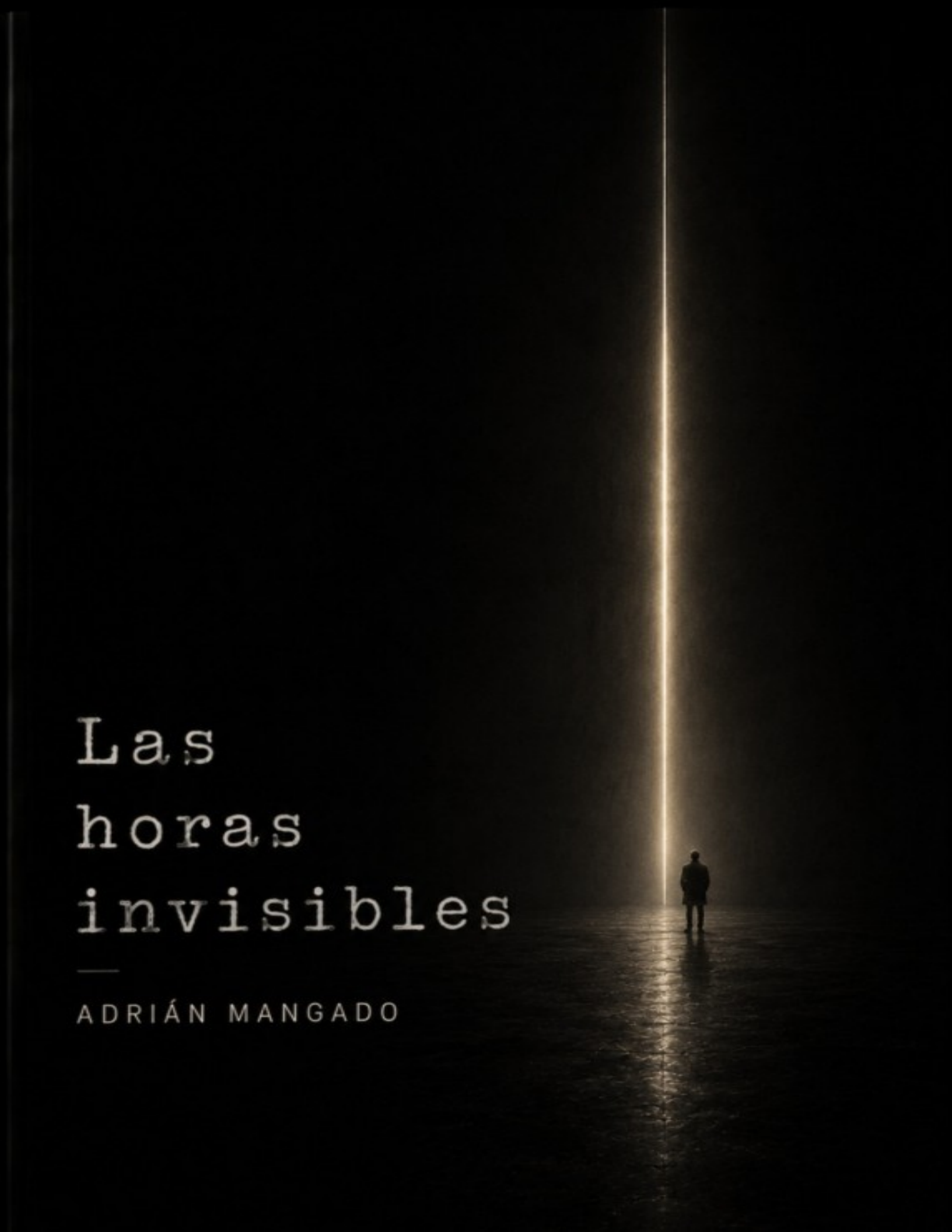
Las horas invisibles

ADRIÁN MANGADO



Las horas invisibles

Una novela de Adrián Mangado

A mi hija Iratxe y mi hijo Aarón, los motores de mi vida
A mi mujer María, por encontrarme
A mis padres Antonio y Nieves, por dármelo todo y estar siempre ahí

Índice

Capítulo 1: “uno”

Capítulo 2: “dos”

Capítulo 3: “tres”

Capítulo 4: “cuatro”

Capítulo 5: “cinco”

Capítulo 6: “seis”

Capítulo 7: “siete”

Capítulo 8: “ocho”

Capítulo 9: “nueve”

Capítulo 10: “diez”

Capítulo 11: “once”

Nota del autor

Antes de empezar, solo quiero decirte una cosa.

Este no es un libro que pretenda darte respuestas. Tampoco enseñarte cómo vivir ni convencerte de nada.

Es una novela.

Al menos, hasta que la cierres.

Si al terminarla miras tu propia vida de una forma ligeramente distinta a como la mirabas al empezarla, habrá merecido la pena.

Y si no...

Al menos espero que hayas disfrutado del viaje.

(Extracto de la ponencia "¿Qué es el éxito y cómo sobrevivir a él?" de Aaron Hidalgo)

Universidad Complutense de Madrid

(19 de junio de 2017)

Hace unos días, en una charla que estaba dando en el Kursaal de San Sebastián, hice una pregunta al público que estaba allí presente:

—¿Qué es el éxito?

Después de solo unos segundos, varias manos se alzaron para intervenir:

—Ser famosa – dijo una mujer.
—Tener salud – agregó otra.
—Ser rico – dijeron varios más.

Y estoy seguro de que si hoy, hiciese esa misma pregunta aquí y ahora, el resultado sería exactamente el mismo.

Y eso demuestra dos cosas:

* La primera: que el éxito es distinto para todo el mundo.
* Y la segunda: que no existe una forma clara de describirlo, porque todas las respuestas a esta pregunta son diferentes. Pero incluso en respuestas exactamente iguales, cada uno lo imagina de una forma.

Y esto pasa con muchas palabras que usamos en nuestro día a día. Palabras muy importantes, pero que tal vez, nunca nos hemos detenido a analizar.

Por ejemplo:

La felicidad: ¿Es un estado, o un momento puntual? ¿Y de quién depende? ¿De nosotros o de los demás?

¿Y el amor? ¿Qué es realmente? ¿Es pasión? ¿Respeto? ¿O quizás es compromiso?

¿Y qué me decís de la moral? ¿Es universal o depende de lo que pueda soportar cada uno de nosotros? ¿Todos deberíamos tener la

misma? ¿Por qué?

Y así, infinidad más. A estas palabras, yo las llamo palabras espejo. Porque reflejan lo que cada uno lleva dentro.

¿Y sabéis qué?

Que eso está bien. Porque las colocamos a la altura de lo que somos. Y nadie, absolutamente nadie, puede decir si eso está bien o mal.

CAPÍTULO 1
"uno"

Son las 19:35 del sábado 19 de octubre de 2019. Aaron ya ha facturado su equipaje y permanece sentado en la plaza que hay bajando las escaleras justo después de pasar el control de la Terminal T4 del Aeropuerto Adolfo Suárez de Madrid, a la espera de saber en qué puerta embarca su vuelo. Antes no hubiese sido así. Tenía la tarjeta Oro de Iberia y podía acceder a la sala VIP, pero hace mucho tiempo que no viaja, mucho tiempo que no pisa un aeropuerto.

Mira la pantalla, pero la información de su vuelo no aparecerá hasta las 20:50. Mientras tanto se percata en un segundo plano, como si de un salvapantallas se tratase, de la cantidad de personas que desfilan por delante de él, cada una con su historia, con su motivo para viajar, pero sin dejar de mirar fijamente la pantalla, como si le absorbiese. Lleva varios minutos sin casi pestañear. Está tan absorto que ha dejado de escuchar las conversaciones de los viajeros, incluso los avisos por megafonía. Solo escucha un murmullo de fondo que es interrumpido por una voz.

— ¡Perdone!, … ¡Perdone!

— ¿Sí? – responde totalmente desorientado a la voz que no sabe de dónde viene exactamente, mientras mira hacia todos lados.

— ¿Está ocupado? – dice, señalando el asiento que está a su derecha.

— No, perdón. No me había dado cuenta de que me estaba hablando. Disculpe.

La voz toma asiento acompañado de un "gracias".

Le mira intentando enfocar la imagen.

Es un hombre mayor, delgado, bastante alto para su edad, con el pelo blanco bien peinado con raya en un lado y una barba de 3 días bien cuidada. Su cara rebosa tranquilidad y en cierto modo resulta hasta familiar, como esas típicas personas que le suenan de algo a todo el mundo. Viste un traje clásico verde botella con líneas que forman cuadrados perfectos de color marrón. Sujeta un sombrero del mismo color verde que el traje en la mano derecha, y lleva sobre el antebrazo izquierdo dobladas una gabardina y una bufanda, todo a juego como si hubiera salido de un anuncio de una revista de moda. Tras un breve silencio, el hombre se decide:

— ¡Me impresionó mucho!

— ¿Cómo dice? – contesta Aaron mirándole con incredulidad sin saber muy bien a qué se refiere.

— Estuve en una de sus charlas hace unos años. Una que impartió en la Universidad Complutense sobre "¿Qué es el éxito y cómo sobrevivir a él?" y me quedé impresionado. Normalmente las personas creen que el éxito es algo muy distinto a lo que usted dijo, y que hay que sobrevivir mientras no se tiene, y no cuando ya lo disfrutas.

— Muchas gracias. – responde de forma incómoda.

— Verá… – arranca de nuevo el hombre mayor mientras le mira sonriente haciendo otro intento por entablar conversación – por mi trabajo hablo con muchas personas y son muy pocas las que logran dejarme huella. Usted lo consiguió.

— Gracias – vuelve a responder de forma cortante y mirando seguidamente para el otro lado mientras suspira, dejando claro que no tiene muchas ganas de hablar.

— ¿Sigue dando charlas? Porque la última que pude encontrar es de hace ya unos años. Y mire que he buscado en Internet sobre usted. Pero nada. No aparecía ninguna ponencia nueva. Y sin esperármelo… ¡cómo es la vida! Me lo encuentro aquí, en un aeropuerto lleno de gente.

— ¿Cuántas posibilidades hay de que eso ocurra?

Aaron le interrumpe hablándole muy serio.

— Sí, ya es casualidad… Perdone, pero voy a ir a comer algo y hacer algunas llamadas mientras sale el número de puerta. Encantado de haberle conocido – le dice levantándose de forma atropellada y esbozando una sonrisa falsa hacia el hombre.
— ¡Mucha suerte! – le grita el hombre mientras se aleja.

Aaron se da la vuelta y asiente con la cabeza mirándole de reojo mientras el hombre clava en él una mirada intensa a pesar de que le da la espalda.

Finge que va a comprar algo para comer, yendo en la dirección de una de esas tiendas de autoservicio de los aeropuertos, pero ni siquiera entra, aprovechando la situación para sentarse en una fila de asientos que está totalmente vacía justo al otro lado de la plaza.

Se sienta, dejando el abrigo en el asiento de al lado y levanta la mirada. Entre la marabunta de gente que se mueve de un lado al otro, aparece la cara del hombre del que había huido, le está mirando fijamente desde el otro lado de la plaza sin pestañear, y dibuja una sonrisa que le hiela la sangre. No sabe lo que hacer así que saca su móvil del bolsillo para intentar evadirse. Tiene un 10 % de batería, pero no quiere levantar la vista del teléfono, así que coge sin mirar el cargador de su mochila y lo enchufa con dificultad en uno de esos "hubs" que hay a los lados de los asientos mirando a todas partes menos al frente, mientras recibe un *Whatsapp* de su mujer.

Lo abre. «Solo confía. Te quiero». – pone el mensaje, que lleva un enlace adjunto. Pulsa en él y aparece un artículo de un periódico de hace 3 años en el que se le proclamaba uno de los grandes ponentes de habla hispana. El artículo apareció justo después de que llenase un recinto con cinco mil personas en México y se hicieran cientos de shorts en YouTube y vídeos en TikTok que provocaron que su carrera diese un subidón increíble haciéndole aparecer en todas partes. Redes sociales, podcasts, radio, televisión... En él, destacaban como había emergido entre los ponentes clásicos debido a su estilo directo, y la energía que imprimía creando discursos con muchísimo ritmo que llegaban al

oyente. Pero eso queda ya muy lejos, exactamente 2 años, que fue cuando todo empezó a desmoronarse.

Comienza a leer el artículo, pero lo deja a la mitad. Se lo sabe de memoria porque lo leía justo antes de cada ponencia para coger confianza y que no se le olvidase lo bueno que era. Pero ahora solo le produce nervios. Nervios de no estar a la altura de lo que un día fue y que hoy no encuentra. Al menos le ha servido para olvidarse de ese hombre que le miraba desde el otro lado. "¡El hombre…!". Sin querer levanta la mirada inconscientemente, sintiendo la necesidad de saber si aquel viejo le sigue observando, y empieza a concentrarse buscando un hueco entre la gente que le permita verle, hasta que lo encuentra y se da cuenta de que el asiento donde estaba sentado está vacío.

De repente, suena su teléfono, asustándole.

— ¡Joder! – dice mirando el móvil sobresaltado, dando un respingo en el asiento al tiempo que coge la llamada.

Es su representante.

— Hola Fernando – dice mientras suspira.
— ¿Qué te pasa?
— Nada, que estaba buscando a alguien.
— ¿Que estabas buscando a alguien? ¿Pero no estas en el aeropuerto?
— Si, pero me ha venido un hombre a hablar y ahora no sé dónde está.
— ¿Pero un hombre del aeropuerto?
— No, un viejo que me conocía de haber ido a la charla de la Complutense y se me ha puesto a hablar.
— Bueno…, sigues teniendo admiradores.
— Si, supongo…
— Mientras no sean locos que intenten matarte, todo va bien.
— No sé si intentaba matarme, pero me ha acojonado bastante.
— ¿Por qué? ¿Te ha hecho algo?
— Sonreírme de una forma muy rara.
— Bueno, es normal si estaba impresionado.

— ¿Qué has dicho? – pregunta alterado recordando que el hombre le dijo lo mismo.
— Que si estaba impresionado… joder, le pasa a la gente cuando ve un famoso– dice Fernando sin entender nada.
— Hmmm – murmura– Yo no soy famoso.
— A ver, es verdad, ahora no eres lo que se dice famosísimo, porque esto va rápido, pero hace solo un par de años eras el hombre de moda. Acuérdate que todos se pegaban por un trozo de ti.
— Ya. – responde serio.
— Bueno, a lo que íbamos, te llamaba para decirte que ya no hay entradas – dice muy emocionado alzando la voz según termina la frase.
— ¿Cómo? – responde entre alucinado y atemorizado mientras achina los ojos.
— Pues eso, que nadie se lo quería perder. Vas a volver por todo lo alto. Joder, dos años fuera del radar y vuelves como si nunca te hubieras ido. – dice con satisfacción.
— Igual, lo que se dice igual, no vuelvo, ya lo sabes. Pero… ¿cuánta gente cabe?
— Los necesarios. – le responde Fernando mientras se hace un silencio al otro lado de la línea telefónica. – Joder, ya sabía yo que tenía que haber ido contigo.
— No, no hace falta – dice tomando aire Aaron.
— ¡Si! – espeta Fernando – La verdad es que es un momento importante y soy tu amigo.
— No – responde Aaron.
— Sí. Sí que lo es.
— No, digo que no eres mi amigo. – contesta con sorna tomándole el pelo.
— ¡Qué cabrón eres! – suelta Fernando mientras se ríe.
— Te aviso cuando llegue. Ciao.
— Ok. Buen viaje. – se despide.

Cuelga el teléfono y se queda pensativo dándole vueltas en su mano, sintiendo miedo y satisfacción por la buena noticia a partes

iguales. La llamada le ha hecho despejarse y ya casi no recuerda el incidente con el viejo, aunque en el fondo algo no le deja disfrutar completamente del momento.

Se recuesta sobre el asiento apoyando la cabeza en el respaldo y cierra los ojos poniendo las dorsales de sus manos sobre los mismos mientras pierde la consciencia quedándose traspuesto.

De repente, vuelve en sí sobresaltado, pensando que se ha quedado dormido durante bastante tiempo. Mira el reloj y se tranquiliza al ver que solo han pasado 5 minutos. Suspira aliviado mientras recobra totalmente la posición.

El reloj marca las 20:48, solo faltan dos minutos para que salga el número de puerta de embarque, pero desde donde está no es capaz de ver la pantalla donde aparecen todos los vuelos, así que se pone de pie, se coloca bien la camisa que tenía por fuera del pantalón, coge su abrigo y su mochila cargándola sobre su mano, y se dirige hacia la zona de las pantallas.

Tan pronto como el reloj marca las 20:50, aparece su número de puerta de embarque: La D53, pero algo ocurre antes de que retire la vista de las pantallas… Al mismo tiempo que aparece la puerta de embarque de su vuelo, todos los demás vuelos de salida que aparecen en la pantalla, cambian su estado a CANCELADO.

— ¡Pero qué cojones! – exclama para sí mismo, mientras mira incrédulo la pantalla ante lo que está pasando.

Nunca había visto algo así, pero hay algo que le produce más incertidumbre y es que nadie de los allí presentes reacciona ante lo que está pasando.

— ¿Cómo puede ser que ninguna de las personas que están aquí le dé la más mínima importancia a lo que acaba de ocurrir? – piensa incrédulo mientras mira a todos lados intentando percibir la más mínima reacción.

Todos siguen allí, sin importarles que todos los vuelos estén cancelados. No hay un ruido de más, ni una exclamación, ni una queja… nada. Nunca habría pensado que eso pudiera pasar, porque en su cabeza, si eso ocurriese, la reacción sería muy distinta, el

nerviosismo se palparía, algunas personas tendrían miedo, otras irían a ver qué pasa, otras se quejarían… lo que nunca habría pensado es que nadie haría nada. Pero, aunque quiere autoconvencerse de que eso es lo más terrible, hay algo que le da más miedo. Su vuelo es el único que no ha sido cancelado, y no sabe por qué. Está aterrado.

Decide ir a ver qué ocurre y se acerca al mostrador de información del aeropuerto para preguntar qué está pasando. Detrás del mostrador se encuentra una mujer delgada, de unos 50 años, con el pelo negro azabache engominado y recogido en un moño. Va maquillada de una forma perfecta, como si fuese una modelo y vestida con el típico traje–chaqueta del personal de tierra del aeropuerto.

— Hola – dice Aaron todavía desubicado.
— Buenas noches, ¿en qué puedo ayudarle? – responde amablemente la mujer.
— Mire, verá – dice dubitativo – es que ha pasado una cosa muy extraña. Estaba mirando las pantallas para ver la puerta de embarque que me correspondía y de repente se han cancelado todos los vuelos menos el mío.
— ¿Y no ha aparecido todavía su puerta de embarque? – responde la mujer.
— Si, ha aparecido, pero lo que me sorprende es que el resto de los vuelos se han cancelado. ¿Hay algún problema?
— No, está todo en orden. – responde mientras le mira fijamente y sonríe con esa mueca típica que tienen todas las personas que trabajan de cara al público. –
— Por favor diríjase a la puerta de embarque de su vuelo – continua la mujer sin cambiar la sonrisa y levantando las cejas al tiempo que asiente mínimamente con la cabeza.
— Perdone, ¿pero de verdad está todo bien? Vuelve a insistir bajando la voz mientras se acerca apoyándose en el mostrador para que nadie pueda escucharle.

Sin decir nada, la mujer asiente de nuevo lentamente manteniendo la sonrisa, mientras le observa fijamente echándole un pulso con la

mirada a ver quién aguanta más, hasta que Aaron decide con resignación retirarse del frontal del mostrador, sin entender todavía bien que está pasando. Vuelve a acercarse a la pantalla para chequear de nuevo el número de la puerta de embarque y comprobar otra vez que nada ha cambiado.

— D53… Ok, vamos para allá – se dice, dándose cuenta de que tiene que recorrer todo el aeropuerto hasta llegar a su puerta.

Comienza a caminar con ritmo tranquilo como si no tuviese prisa por llegar a la puerta de embarque. Según avanza va fijándose en que cada vez hay menos gente por los pasillos y en el resto de las puertas de embarque. Piensa que, quizás eso sea lo único normal, ya que todos deberían estar quejándose por la cancelación de los vuelos. Después de un buen rato andando por lo que parece un aeropuerto fantasma, llega a la puerta de embarque D53, donde hay bastante gente en varias filas según la prioridad de embarque, como suele ser habitual. Busca un asiento donde sentarse a esperar hasta que comience el embarque. Según está terminando de acomodarse, suena la megafonía:

— Aaron Hidalgo Serrano, pasajero Aaron Hidalgo Serrano, por favor acérquese al mostrador de la puerta de embarque D53, gracias.

Extrañado, se levanta, coge su mochila y su abrigo y se acerca al mostrador para ver que ocurre. En él, hay dos azafatas jóvenes que parecen gemelas.

— Hola, soy Aaron Hidalgo, me acaban de llamar por megafonía – dice dirigiéndose a una de ellas.

En ese momento las dos paran de teclear en el ordenador y se giran dándole toda su atención como si de autómatas se tratase.

— Buenas noches señor Hidalgo. – dice una de ellas mientras la otra le mira atentamente– Debemos realizar un cambio de asiento debido a una situación excepcional con una pasajera. Usted tiene el asiento 13D y le cambiamos al asiento 32A, aunque realmente puede sentarse en cualquiera de esa fila

porque va totalmente vacía. ¿Tiene algún problema con el cambio?

— Hmmm – duda – No, no, ningún problema. – dice desganado como si ya nada más pudiera pasar.

— Va a ir más cómodo en esa fila, sin nadie que le moleste – intenta justificar la otra azafata esbozando una sonrisa cómplice.

— Ok – asiente como si le diese igual.

Una de las azafatas le da el nuevo billete a la vez que le agradece su comprensión.

— Muchas gracias señor Hidalgo, en breve comenzará el embarque.

Aaron se da la vuelta y se aleja del mostrador sin decir nada más, mientras ojea el billete.

— Grupo 3… cojonudo, – dice sarcásticamente, dándose cuenta de que entra en el último grupo.

Se sienta tranquilamente en el asiento en el que estaba cuando le llamaron por megafonía y ve cómo van llamando a todos los grupos:

— Pasajeros *Priority*, por favor accedan al avión.

— Pasajeros de Grupo 1. Pueden embarcar.

— Grupo 2. Pasajeros del grupo 2, comiencen su embarque.

Desde su asiento del fondo ve como todo el mundo va embarcando por orden y se va vaciando el vestíbulo, hasta que llega al Grupo 3.

— Pasajeros del Grupo 3, pueden embarcar – anuncia una de las azafatas por megafonía.

Mira alrededor y sorprendentemente, es el único pasajero que queda por entrar. Se levanta extrañado y se acerca con paso ramplón a la puerta de embarque. Las azafatas le saludan por su nombre según les entrega el documento de identidad y el billete:

— Buenas noches señor Hidalgo. – dice una de ellas.

— Por poco se queda fuera, señor Hidalgo – bromea la otra mientras le entrega de vuelta la documentación.

— ¡Que tenga un buen viaje! – exclaman al unísono mientras las mira con desprecio.

Se adentra en el *finger* que lleva al avión y que ya está casi vacío, con pasos largos obligados por la inclinación de este. Llega bastante rápido a la puerta del avión donde le recibe una azafata que también le da la bienvenida por su nombre al mismo tiempo que él echa una mirada a la cabina, donde ve a los dos pilotos sentados de lado en sus respectivos asientos, hablando entre ellos, con el cuadro de mandos con todas las luces encendidas de fondo. En el momento en que los pilotos se percatan de que les está mirando, paran abruptamente la conversación quedándose en silencio y mirándole ambos fijamente con expresión muy seria, como si les incomodase, para inmediatamente cerrar la cabina dando un portazo. En el preciso instante que eso ocurre, la azafata que le había dado la bienvenida se pone de espaldas a la puerta que acaba de cerrarse, tapándola, y le indica que por favor proceda a su asiento ya que tienen que comenzar a dar las indicaciones de viaje. Extrañado enfila el pasillo derecho, ya que el avión es grande y tiene dos pasillos y una fila central de asientos, y comienza a caminar hacia el fondo del avión, que está totalmente lleno. Mientras avanza hacia su asiento, vuelve a notar algo extraño. Todos los pasajeros se callan a su paso y le miran como hicieron los dos pilotos cuando entró en el avión. Decide acelerar el paso intentando no mirar a nadie, bajando la cabeza hacia el suelo, pero nota las miradas clavadas en él como le siguen mientras recorre el pasillo. Finalmente llega a la última fila y dado que no hay nadie, se tira sobre los asientos de golpe, entrando hasta el que está más cerca de la ventana, hundiéndose en él, intentando esconderse como si de una cueva se tratase, y dejando la mochila y el abrigo en el asiento del medio para protegerse, montando una barrera infranqueable entre él y los demás pasajeros. Esta sentado, pero todavía no ha sido capaz de quitar la mirada del suelo, aunque hace amagos levantando sus ojos durante milésimas de segundo, pero volviendo a bajarlos de inmediato sin llegar a ver nada realmente. Reúne algo de valor y se va incorporando poco a poco hasta asomar sus ojos por encima del asiento delantero.

Sorprendido observa que nadie le está mirando. Todos los pasajeros están sentados con normalidad. Algunos mantienen conversaciones entre ellos, otros echan el último vistazo a su teléfono móvil, y otros simplemente miran atentos al personal del avión que se están colocando estratégicamente para dar sus explicaciones previas al viaje.

— Perdone señor – le interrumpe una azafata de repente, sacándole de su incredulidad.

—¿Sí? – responde de forma automática.

— Le coloco el equipaje y el abrigo arriba para que vaya más cómodo, ¿ok?

— Vale. – responde, pensando que ya pasó el peligro y que no tiene sentido que estén ahí haciendo de barrera.

La azafata coge con cuidado ambas cosas y las coloca en el maletero superior que está encima suyo. Cierra el compartimento e insinúa una sonrisa antes de alejarse hacia la parte delantera.

Comienza la explicación de seguridad, pero la ignora sacando su teléfono móvil y haciendo un repaso rápido a los mensajes de WhatsApp que tiene. Ignora todos y solo abre el chat que tiene con su mujer para decirle como si de un telegrama se tratase:

«Estoy a punto de salir. Te aviso cuando llegue. Os quiero»

Nada más terminar de escribir el mensaje, apaga su teléfono móvil, se lo mete en el bolsillo delantero izquierdo y se recuesta sobre el asiento, inflando su pecho mientras toma aire y soltándolo, dando un gran suspiro infinito. Seguidamente cierra los ojos quedándose dormido de inmediato con el lateral de su cabeza apoyado en la ventanilla.

CAPÍTULO 2
"dos"

La verdad es que Aaron nunca había tenido cartas ganadoras. Su familia era de origen muy humilde. Su padre trabajaba en el mercado del barrio en una tienda de ultramarinos, esas que vendían desde embutido hasta productos de limpieza para el hogar y que existían antes de que todo fuese invadido por los supermercados y los grandes centros comerciales. Hacía de todo para poder ganarse la vida y que a su familia no le faltara de nada. Cortaba el embutido, atendía a los clientes, llevaba los pedidos a las casas… Pero muchas veces no era suficiente, así que en su tiempo libre arreglaba toda clase de cosas a las personas del vecindario para poder tener un poco de dinero extra. Esa es una de las principales cosas que recordará de su padre. Se levantaba los fines de semana, recorría ese pasillo en el que su padre y él jugaban cuando era más pequeño y llegaba a la cocina, donde le veía apoyado en la mesa, con su caja de herramientas en el suelo y sentado sobre su banqueta de madera con algún aparato completamente desmontado, su taza roja de latón con su café humeante y hablando consigo mismo sobre cómo tenía que ir arreglando el aparato. De él aprendió a esforzarse y a cómo se podía ser un padre moderno en esa época en la que los niños eran de las madres. Nunca tenía un "no" para su hijo y de él ha sacado su amor por el deporte, y sobre todo no conformarse con lo que la vida te da. Y luego estaba su madre, que formaba un equipo perfecto con su padre. Su madre era una mujer guapísima y muy inteligente, adoraba estudiar, tal vez porque sus padres nunca la dejaron ir a la universidad, aunque valía de sobra para ello. Era otra época. Y tenía una capacidad innata para explicar las cosas de una

forma que cualquiera era capaz de entenderlas. Trabajaba como profesora de primaria en un colegio de gente pudiente, donde todos los alumnos la querían muchísimo, de ahí que una de sus frases era "nosotros somos ricos en amor". Y por las tardes al igual que su padre, completaba la jornada dando clase a algunos alumnos a los que los padres no tenían tiempo para atender y resolverles sus dudas.

Después llegaba a casa y ayudaba a Aaron con los deberes. Aunque en los estudios su hijo la necesitara menos que todos aquellos niños a los que daba clase después de terminar el colegio, les gustaba sentarse un rato juntos y repasar un poco todas las asignaturas de ese día. De ella aprendió a organizarse para trabajar de una forma inteligente y a entender que, aunque en la vida muchas veces las cosas no salen como tienes planeado, hay que encontrar la forma de disfrutar con lo que haces.

Aaron era hijo único por necesidad. A sus padres les habría encantado tener más hijos, pero sabían que, si hubiesen tenido más de uno, no podían haberles cuidado como se merecían ni darles oportunidades a todos para tener una buena vida, así que en un ejercicio de responsabilidad increíble, eligieron lo más sensato, lo poco que tenían sería para intentar mejorar la vida de su único vástago.

Y la verdad es que el caldo de cultivo no podía ser mejor. De niño ya sobresalía por lo listo que era, no solo por inteligente, sino por astuto. Todo el mundo conoce lo que es la memoria eidética o también llamada memoria fotográfica: es la capacidad de recordar con gran detalle cualquier cosa que se haya visto u oído, aunque haya sido por muy corto espacio de tiempo. Pues Aaron, no la tenía, pero lo que sí tenía, era la capacidad de aprender a esquematizar su memoria ya desde pequeño, por lo que con oír una historia o ver un vídeo, era capaz de montar un resumen relacional en su cabeza y replicarlo, incluso si había pasado ya un tiempo. Esto siempre le ayudó a estudiar sin esfuerzo y a tener una gran cantidad de conocimiento útil, porque como él mismo dice, el espacio en las cabezas es limitado y por tanto no lo va a ocupar con nada que no le

resultase útil. Eso le hacía ser especial y al contrario de lo que suele pasar, según crecía, iba destacando más y más, hasta el punto de que con quince años decidió crear su propia fuente de ingresos.

Los 15

Una tarde más, había terminado de hacer los deberes y bajó con sus amigos a la calle. Normalmente entre semana, paraban en el muro que estaba justo al salir de la puerta del bloque donde vivía. Era una avenida grande de doble sentido llena de viviendas de ladrillo visto anaranjado y balconeras negras a los dos lados, con multitud de tiendas y paradas de autobús en ambas direcciones, por lo que siempre había trasiego de personas. Pasaban el rato comiendo pipas y hablando de sus cosas, pero para una mente inquieta como la de Aaron, eso no era suficiente, así que mientras observaba los viajeros que desfilaban delante de ellos en la parada del autobús que llevaba al centro, se percató de la cantidad de gente que usaba las cabinas de teléfono. Así que durante varios días al tiempo que bromeaba con sus amigos, y sin decir nada, comenzó a contar aproximadamente cuántas personas llamaban desde la cabina doble que tenían enfrente de ellos. En el tiempo que habían estado allí, ¡más de cincuenta!

Entendió que eso tenía que significar algo y en las siguientes semanas hizo lo mismo con todas las cabinas situadas a lo largo de la avenida y en las calles de alrededor.

La operación era sencilla. Si seleccionaba las cabinas que tenían más número de llamadas en una hora por semana y después multiplicaba el valor de cada una por una media de ocho horas al día, obtenía el número de llamadas que se realizaban en total en una semana en cada cabina. Después solo tenía que multiplicar ese valor por una media de 50 pesetas por llamada y *voilá* … Se traducía en una cantidad semanal bastante atractiva que le proporcionaría una fuente de ingresos para todos los caprichos que pudiese tener un chico de 15 años. Solo había un pero… No era un ladrón ni quería serlo, por lo que no podía dedicarse a atracar las cabinas. Otra cosa era que la gente que llamaba "se dejase" su dinero en la cajetilla donde se devolvía el cambio y él lo recogiese. Eso sería lícito. Pero como había pocas posibilidades de que eso ocurriese de forma natural, decidió que lo mejor era "ayudar" a que eso pasase. Así que

después de muchos intentos, dio con la clave. Solo necesitaba una moneda de 25 pesetas de agujero, ya que tenía la medida perfecta para atrancar la tapa del cambio donde caían las monedas que sobraban de la llamada sin que se viese, y un alfiler que bloquease el botón de reset de la cabina de teléfono para que, al introducir las monedas, cayesen directamente en la caja de cambio y quedasen atrapadas por la tapa bloqueada. Después de cada jornada solo tenía que pasar por las cabinas cuando no hubiese mucha gente y hacer la recogida de las aportaciones realizadas, quitando la moneda de 25 pesetas de la tapa del cajón de cambio para desbloquearla.

Evidentemente no era un negocio sostenible en ninguno de los aspectos, pero existía ese vacío legal y moral para obtener una buena cantidad de dinero, que Aaron no iba a dejar pasar.

El "negocio" le duró aproximadamente un año, y fue él mismo el que decidió terminarlo antes de que algo saliese mal. Por el camino, Una Neo Geo, una *scooter*, un Pedro Gómez y una colección bastante amplia de "Jordan" entre otras muchas cosas, que unido a su labia le hizo ser uno de los más populares del instituto. Entonces no se dio cuenta del enorme potencial que tenía, porque siendo tan joven, la inmadurez y las distracciones tenían más fuerza que cualquier otra cosa, aunque no siempre iba a ser así.

Los 18

Desde el "negocio" de las cabinas telefónicas, no había vuelto a hacer nada tan impactante, aunque siempre estaba metido en algo. Pero cuando empezó la carrera, tenía el problema de disponer solo del dinero necesario para el primer año, así que si quería terminarla tenía que pensar en algo que le permitiese seguir allí.

Siempre había sido muy popular debido a su gran carisma, y en la universidad, no iba a ser menos. En tan solo dos meses ya le conocía todo el mundo, incluso los de quinto, que no se suelen relacionar con los de primero, y decidió aprovecharlo. Como salía mucho los jueves, día del que decía que era el más importante para disfrutar del fin de semana, porque es cuando podías cultivar las relaciones, conocía a todos los dueños y jefes de sala de las discotecas más importantes de Madrid, así que pensó que sería bueno aprovecharlo y proponerles montar fiestas universitarias. Lo que ocurría era que su idea no era exclusivamente llevar a estudiantes con ganas de fiesta y borrachera para que consumiesen allí, y ganar unos euros de cada copa consumida, sino que quería dar un paso más. Y lo hizo a lo grande, creando una marca para la fiesta a lo *Elrow*, con un tour universitario por diferentes locales de Madrid. Con su propio calendario de fechas, decoración exclusiva, merchandising, que podías adquirir en su web, la cual había sido desarrollada por algunos estudiantes frikis de tercero de ingeniería informática con serios problemas en cuanto a habilidades sociales se refiere a cambio de pases VIP en las mismas, y muchos juegos de beber para provocar que la fiesta fuese una auténtica locura. A pesar de ser muy conocido, inicialmente ninguna discoteca importante le dio la oportunidad de desarrollar su creatividad en sus espacios, así que al principio solo contaba con algunos locales no muy grandes ni concurridos de la noche madrileña. Pero era la época en la que empezaban a usarse las redes sociales, así que lo aprovechó para publicitar "La Gira", como él mismo lo llamaba, invitando a una copa en la siguiente fiesta a los que publicasen contenido. El movimiento se extendió como la pólvora, y no solamente en la universidad, por

lo que fueron las grandes discotecas las que, al ver el éxito de sus fiestas, le abrieron las puertas y empezaron a contactar con Aaron para entrar en el calendario, llegando a convertirse en una leyenda entre todos los jóvenes que querían salir de fiesta en la capital. En los dos primeros años, ganó dinero para pagarse la matrícula de la carrera 100 veces, y lo invirtió comprándose un piso en Las Rozas y dándose el capricho de un BMW M3 en color negro metalizado que era perfectamente reconocible en la noche madrileña.

Cualquiera habría pasado de la universidad y seguido con su negocio sin dejar que nada ni nadie se interpusiese en él, pero Aaron no quería dedicarse a la noche para siempre, y conocer a María, le dio la excusa perfecta para dejarlo, sin importarle lo más mínimo el dinero que dejaría de ganar.

"Rico en amor", como decía su madre…

Los 25

Había terminado la carrera y llevaba trabajando 2 años como vendedor de material industrial en una gran multinacional. Un trabajo que no tenía nada que ver con lo que estudió, pero Aaron nunca había sido un idealista, y ese trabajo le daba las únicas tres cosas que le importaban en aquel momento: libertad, dinero y tiempo. Como suele pasar en la vida, más adelante el orden de lo que le importaba cambiaría.

La relación con María iba viento en popa. Estaban locos el uno por el otro, y no era de extrañar, porque realmente parecía que habían nacido para pasar toda su vida juntos. Era como una de esas parejas perfectas que ves y aunque desearías odiarlas, no puedes.

Por aquel entonces había vuelto a tener relación con Chen Shu, un chino loco al que conoció en una de las fiestas de La Gira cuando estaba de Erasmus en España, y con el que entabló una gran amistad durante su época universitaria, hasta que a Chen se le acabó la beca y tuvo que volver a su país. Una vez allí, y después de haber dedicado su estancia en España a ir de fiesta en fiesta y no estudiar absolutamente nada, decidió que la universidad no era para él, y empezó a probar suerte en diferentes negocios, hasta que creó un Marketplace que causó sensación en los países asiáticos, amasando una auténtica fortuna. Una especie de Amazon chino con productos de todo tipo a precios muy baratos.

Aaron llevaba ya tiempo dándole vueltas a un cambio de vida y como los productos del Marketplace de Chen no se comercializaban fuera de Asia, habló con él para saber si podía hacer envíos de algunos productos a España. Chen accedió sin poner ni un solo problema, ya que se sentía en deuda con Aaron por todas esas fiestas a las que le había invitado y tratado como un VIP. Aaron le explicó que su plan era crear una web con algunos de los productos del Marketplace de Chen para promocionarlos, cobrándolos a un precio más caro. Básicamente él haría de intermediario entre el Marketplace de Chen y el consumidor español llevándose la

diferencia de precio entre compra y venta. Todos ganaban. Chen vendía productos en España y Aaron sacaba una renta por ello. Años más tarde, esto se convirtió en una práctica habitual entre muchos jóvenes, incluso se impartían cursos en Internet de cómo hacerlo. Al principio empezó como algo para ganar un poco de dinero extra, pero tuvo tanto éxito y facturaba tanto dinero mensualmente, que Aaron y Maria decidieron dejar sus trabajos y viajar por el mundo mientras los ingresos del *dropshipping* se lo permitiesen.

3 años, 15 países, 35 ciudades y 1000 experiencias después… regresaron a Madrid siendo casi 3. Lia estaba en camino.

Los 33

Lia nació y esa pareja que formaban Maria y Aaron, se había convertido en una bonita familia. Su vida había cambiado radicalmente y todos los viajes y el mantra de "no hay mañana" con el que habían pasado los últimos años, había sido sustituido por llantos y desvelos de madrugada, además de una preocupación contante por Lia, que como a cualquier padre o madre, no les abandonaría en toda su vida. No podían ser más felices.

Maria había creado un canal de repostería en YouTube que era un éxito, donde enseñaba a hacer todo tipo de dulces de las diferentes partes del mundo. Mientras que Aaron había comenzado a trabajar en una escuela de negocios dando clases como profesor en un Máster de dirección de empresas y gestión de equipos. Como era uno de los profesores con mejor valoración por parte de los alumnos, siempre le pedían que hiciese las charlas de captación de futuros alumnos para la escuela. Para Aaron, era solamente otra parte más del trabajo, sin intuir que el 7 de junio del 2014 una de esas charlas de captación le cambiaría la vida. Fernando Sadaba, que más tarde se convertiría en su agente, estaba allí. Fernando provenía de una familia humilde, pero no era de los que se conformaban con lo que les había tocado en la vida, así que era normal que Aaron, alguien cuyos orígenes eran muy parecidos a los suyos, y que sin haber llegado a los 40, había tenido una vida increíble, le inspirase profundamente. Así que, en cuanto asistió a su charla, quedó completamente prendado de su carisma. En ese momento, Fernando trabajaba en una pequeña productora y buscaba abrirse paso en el mundo de la comunicación. Algo que ocurriría de la forma más inesperada y con un rol ni mucho menos buscado. Solo habían transcurrido 5 minutos de la charla y el público, al igual que Fernando, estaban totalmente abducidos por el discurso, que calaba en todos los asistentes con ese ritmo rompedor que le caracterizaba, enganchando al oyente desde el primer "Hola". Así que decidió sacar su teléfono móvil y grabarlo para poder verlo

cuando quisiera. Es curioso como algo que no haces tú mismo, puede cambiarte la vida.

Cuando la charla terminó, la sala rompió a aplaudir reconociendo lo que acababan de ver y escuchar. Fernando se acercó como todos los demás a saludar a Aaron, que ya estaba acostumbrado a que eso ocurriese, y darle la enhorabuena. Ese año hubo récord de matriculaciones, pero Aaron no terminaría el curso.

Nada más llegar a su casa, Fernando volvió a ver el discurso hasta 3 veces. Cada vez le parecía mejor que la anterior, como esas canciones que sientes tan perfectas que no puedes parar de escuchar, y pensó que no era justo que el resto del mundo no pudiese disfrutarlo, así que lo subió a su canal de YouTube, un canal que había creado para comentar series y películas con el fin de tener una masa social amplia que le viese como referente y le ayudase en su trabajo, pero que todavía no había usado. Seguidamente, creó un post en todas sus redes: Facebook, Twitter y una red que por entonces no era lo que es ahora pero que ya empezaba a ser una de las favoritas de los jóvenes, llamada Instagram, adjuntando el enlace de la charla a YouTube y con el siguiente título:

"Los 20 minutos que te dirán qué quieres ser en la vida"

Enseguida comenzó a registrar *likes*, y las redes se llenaron de comentarios, preguntando quién era ese hombre que impartía ese discurso que parecía haber hecho personalmente para cada oyente y lograba tener a la gente embobada frente a sus pantallas durante 20 minutos casi sin pestañear. El video empezó a compartirse como si de una plaga se tratase. No había prácticamente nadie que no lo hubiese visto. Nuevos seguidores, mensajes, *likes*, incluso los hashtags #charlaviral y #orador, llegaron a ser *trending topic* en Twitter. Fernando no estaba acostumbrado a esos reconocimientos, aunque no fueran dirigidos directamente a él, y tanta actividad le dejó totalmente rendido hasta el punto de quedarse dormido sobre su ordenador portátil.

A la mañana siguiente, se despertó, todavía sobre el ordenador, que había permanecido encendido toda la noche. No era capaz de enfocar la pantalla con claridad, cuando vio que había más de 2000 mensajes en la bandeja de entrada de su Twitter. Comenzó a bajar por la lista de mensajes y vio uno que le llamó mucho la atención, pues venía de una cuenta con sello azul. Era de Ramon Moyano, o como más comúnmente se le conocía en el mundo del espectáculo, MoMo, dueño de la mayor productora del país y responsable de un 75% de los programas de éxito de la parrilla de Televisión y Radio. Un auténtico crack en el mundo del *show business*.

—«555787302. Llámame»

Siguió bajando y aparecía otro mensaje. Este era del mismísimo Aaron, preguntándole quién era, ya que la foto que aparecía de Fernando en su perfil no tenía el más mínimo parecido a su versión real, y por qué había colgado en YouTube ese video donde él aparecía sin su consentimiento. Aaron era una persona muy amable y relacional, excepto si se sentía atacado. Entonces podía ser la persona más seria y rasposa del mundo. Aunque era muy difícil que eso ocurriese. Fernando sabía que esa oportunidad no podía dejarla pasar y le contestó al mensaje rápidamente. "Hola Aaron" era lo único que tenía claro. después de eso escribió, borró y volvió a escribir varias veces el mensaje antes de enviarlo, para estar seguro de que captaba la atención de Aaron. Finalmente envió la respuesta, donde le decía su nombre, que trabajaba en una productora, que había asistido a las jornadas de puertas abiertas de la escuela de negocios, que había quedado totalmente impresionado y que no le parecía justo que el resto del mundo no le conociese. Fernando quería hablar con él directamente, y no a través de mensajes, así que le preguntó sin muchos rodeos si podían quedar a tomar un café, a lo que Aaron, que no dejar pasar oportunidades le había proporcionado una vida maravillosa y que además, aunque no quisiera demostrarlo, Fernando no le había caído mal, aceptó sin dudarlo.

Cuando quedaron, la conversación empezó a fluir como si de dos amigos que se conocían de toda la vida se tratase. Fernando ponía tanta energía, que, aunque Aaron se esforzaba por poner cordura en lo que estaban hablando, le resultaba totalmente imposible ante el mundo que se le abría en ese momento. Quedaron en que aprovechando la gran repercusión que había tenido el video en las redes sociales, crearían cuentas profesionales de Aaron en todas ellas y subirían videos con fragmentos de charlas. Fernando se encargaría de gestionarlas y sería su representante para moverle por todos los medios aprovechando sus contactos. Y es ahí donde MoMo podía ayudarles.

MoMo tenía una posición de mucho poder dentro de la industria del espectáculo. Había empezado desde abajo y por eso le gustaba descubrir nuevos talentos. Además de que disfrutaba un sexto sentido para ello. Solo tenía dos reglas:

1º Sentirse impresionado con lo que le ofrecían.

2º Que le cayeses bien.

Si alguna de estas dos reglas no se cumplía, daba igual que fueses el maldito Adam Sandler, que nunca estarías en su círculo. Pero si lo estabas… podías dar por seguro que te ayudaría con todo lo que tenía.

Quedaron a comer, y solo hicieron falta un par de minutos para que MoMo, que en la conversación previa con Fernando, había dejado claro que no le necesitaba, se diese cuenta de que Aaron tenía que estar en su equipo. Lo que iba a ser una comida rápida para conocerse, se convirtió en varias horas de conversación donde las ideas salían a borbotones. A partir de ahí, además de las redes sociales, que Fernando sabía llevar con mucha inteligencia, Aaron empezó a participar en tertulias de radio, pero se le quedaban pequeñas, así que a Fernando se le ocurrió que, en esa época, con el tremendo boom de los ponentes en YouTube, no valía solo con las charlas de los eventos en que participaba y que subían a su canal. Debía de estar en el mejor. Y le pidió a MoMo que moviese sus hilos para incluirle en una charla TED. Así que buscaron espacio y temática perfecta para Aaron, y debutó en la TED Talk que se hizo

en la Universidad Complutense de Madrid. Compartía cartel con otros tres ponentes top de habla hispana. Los arrolló, fue el punto de inflexión que necesitaba, y todavía hoy, esa ponencia es la más vista de la historia de YouTube y de TED. Como no podía ser de otra manera, eso le trajo muchas propuestas para hacer más ponencias alrededor del mundo y Fernando, que se sabía mover en esas situaciones, le consiguió varios contratos muy suculentos y tres años de ponencias cerradas en los mejores eventos en España y Latinoamérica: México, Colombia, Chile… A cada sitio que iba, era aclamado como una auténtica estrella. MoMo no se quiso quedar atrás y le dio una sección en un programa de la televisión nacional en horario prime para competir contra el presentador de moda. Cada programa nuevo que grababa, le quitaba cuota de share a los demás, y eso fue detectado por todos los magnates televisivos, que le hicieron subir como la espuma. Daba igual donde le pusieran o el reto que le planteasen, Aaron lo superaba con facilidad. Hubo un momento que estaba en todos lados: en varios programas de televisión, radio, ponencias, redes sociales, … hasta en los Goya. Era el chico de moda.

Pero nada de eso le hacía tan feliz como llegar a casa y estar con Maria y Lía. Sabía que lo otro era efímero, pero que su verdadero éxito siempre serían ellas dos y la felicidad de compartir esos momentos. Así que se cuidó muy bien de que nada de lo que hiciese le quitase ni un segundo de lo realmente importante.

Su vida era perfecta.

Pero como decían Los Héroes del Silencio:

"Para siempre… no hay nada para siempre"

La caída

Toda esa felicidad se hundió el día 12 de septiembre de 2016. Tenía que impartir una ponencia en una feria de negocios en el recinto ferial de Málaga. Como todos los días, Aaron se había levantado pronto, se había duchado y arreglado de manera formal pero informal, como a él le gustaba. Había despertado a Lía, la había preparado, dado de desayunar y llevado al colegio. Había vuelto y tenía un coche esperándole en la puerta para ir a la estación de Atocha. Llegaba con tiempo. Fernando ya le estaba esperando allí. Juntos cogieron el AVE. A Aaron le gustaba relajarse antes de las charlas y hacía siempre el mismo ritual. Escuchaba una *playlist* de Spotify que él mismo había creado con el nombre " Antes de sorprender al mundo", en el que había temas de Red Hot Chili Peppers, Rancid, The Menzingers, Coldplay, Imagine Dragons, Oasis y Foo Fighters. Una hora exacta donde iba creciendo en intensidad hasta llegar a la última canción, su preferida y que, según él, era la canción más perfecta que nunca se había escrito: "The best of you" de los Foo Fighters. Cuando terminaba de escucharla, estaba totalmente "*on fire"* y preparado para enfrentarse a cualquier cosa.

Llegaron a Málaga, y al igual que en Madrid, había un coche esperándoles en la salida de la estación Maria Zambrano. Les recogieron y llevaron al recitó ferial. Entraron, y una azafata les dirigió al escenario principal que habían preparado con capacidad para 500 personas. Salió e hizo lo que sabía. Lo clavó. La satisfacción le invadía como siempre que acababa y soltaba toda la tensión acumulada que, aunque sabía lidiar con ella, tenía al comienzo de cada intervención. Cuando terminaba, siempre hacía lo mismo. Miraba a Fernando que esa vez estaba entre bambalinas, buscando una expresión que tan solo él sabía poner y que le servía de confirmación de que todo había salido bien. Pero donde siempre encontraba una cara de satisfacción y aprobación, ese día había una de tristeza, con los ojos llenos de lágrimas a punto de caer. De inmediato supo que algo no iba bien. Se acercó a Fernando después de saludar al público y le preguntó qué ocurría:

— Tu Padre, Aaron. – le dijo Fernando con un hilo de voz.
— ¿Qué le ha pasado a mi padre? – preguntó atropelladamente Aaron mientras agarraba de los antebrazos a Fernando que permanecía totalmente inmóvil sin saber cómo lidiar con esa situación.
— Acaba de fallecer. – tartamudeo Fernando intentando abrazarle.
— ¿Qué? – respondió soltándose, rechazando el abrazo y empujándole hacia atrás sin creerse todavía lo que estaba pasando.

De repente todo su mundo se derrumbó, y cortó su despedida de una forma abrupta, al mismo tiempo que los aplausos del público iban parando sin saber muy bien que estaba ocurriendo.

Salió corriendo de la feria con Fernando rezagado a unos metros suyos. Se montaron en un taxi, ya que su chofer no estaba aún preparado, y salieron a toda prisa hacia la estación del AVE. Por el camino y con una expresión que Fernando nunca había visto en la cara de Aaron, éste llamó a su madre para intentar saber que había ocurrido realmente, pero nadie cogía la llamada al otro lado del teléfono. Entonces llamó a María, que con voz entrecortada le dijo:

— Cariño, lo siento mucho. Estoy llegando a casa de tus padres. – dijo como pudo mientras lloraba con la voz completamente rota.
— ¿Pero qué ha pasado? – replicó Aaron intentando no llorar y mantener la compostura.
— No lo sé bien, solo me ha llamado tu madre y me ha dicho que tu padre no se movía, que no respiraba. – explicó sacando las palabras como pudo mientras lloraba. – Que se había sentado en su sofá y que cuando le llamó, no respondía. Fue al salón y le vio dormido, pero al intentar despertarle, no se movía. Llamó al 112, pero cuando llegaron, ya era demasiado tarde.

Aaron no se lo podía creer. Su padre, su compañero de juegos, su ejemplo, el que le había enseñado todo… La persona en la que se miraba para ser un buen padre ya no estaba. Y no iba a estar nunca más. Ni siquiera había podido despedirse de él. Ni siquiera estaba a su lado cuando pasó. Eso le mataba. En la vida tarde o temprano

tienes que pasar por ese momento, pero nadie te prepara para ello. Cuando tu padre o tu madre mueren, se te va un trozo del escudo que te protege. Y en el caso de Aaron, que estaba muy unido a su padre, se quedaba sin una parte importante de él.

Aaron enterró a su padre. Y a los pocos meses, a su madre. Ella murió de pena, como les pasa a tantas y tantas personas cuando después de una vida juntos, les falta su otra mitad.

Se sentía culpable por no haber estado con su padre en los últimos momentos de su vida. La última vez que se vieron, su padre le había pedido si podía llevarle a comprar unas pinturas a una tienda del centro especializada en arte, ya que quería pintar un cuadro de toda la familia, y él le había respondido que estaba muy liado ese mes y que ya irían el próximo. Nunca lo hubo. No podía superar la sensación de no volver a verle más, de no hablar más con él, de que esa hubiese sido su última conversación, de no haberle dicho todo lo que le quería.

A su madre sí que le pudo decir adiós, pero ver cómo se iba apagando poco a poco la persona que te ha dado la vida, no fue algo agradable de vivir.

Todo eso fue demasiado. Se bloqueó. Dejó de acudir a los platós de televisión, a los programas de radio. Ya no tenía ganas de ir a eventos ni grabar contenido para las redes sociales. Solo quería estar con su hija y con Maria, y aprovechar todo el tiempo posible con ellas.

Aquel Aaron con tanto carisma, que desprendía fuerza y se comía el mundo. Aquel que inspiraba a miles de personas. Ya no estaba.

El problema es que cuando no sales del hoyo, y permaneces allí mucho tiempo… nada bueno pasa, y todo lo peor, va a por ti.

CAPÍTULO 3
"tres"

Aaron se despierta, pero de momento no abre los ojos. Permanece en la misma postura desde que se quedó dormido, con el lado izquierdo de su cabeza apoyado en el lateral de la ventanilla. No sabe cuánto tiempo ha dormido, pero hacía mucho que no tenía la sensación de haberlo hecho tan profundamente. Está a gusto, por lo que permanece con los ojos cerrados e intenta volver a coger el sueño. Le cuesta, así que recuerda que hace tiempo, buscando en internet «Técnicas para quedarse dormido rápidamente», leyó que los marines de Estados Unidos muchas veces tenían que dormir cuando podían en los sitios más insospechados, y utilizaban una técnica para quedarse catatónicos rápidamente, que repasa en su cabeza una y otra vez:

— "4 segundos de inspiración, 7 segundos aguantando el aire y 8 segundos exhalación".

Y la repetían hasta quedarse dormidos. Aaron lo hace hasta tres veces, pero no tiene forma de volver a dormirse. La paciencia nunca ha sido una de sus virtudes. Cambia la posición, colocándose recto sobre el asiento y apoyando su nuca en el cabecero mientras echa la cabeza hacia atrás. Permanece inmóvil unos segundos antes de inspirar aire y soltarlo con un gran resoplido. Comienza a abrir los ojos poco a poco sin llegar a hacerlo del todo y a cerrarlos despacio de nuevo mirando hacia el techo, mientras continúa respirando profundamente. Sabe que no se va a dormir de nuevo, pero tampoco está muy despierto, por lo que sigue abriendo los ojos poco a poco y volviendo a cerrarlos sin ninguna prisa por despertarse del todo.

Mientras lo hace, percibe que el avión está oscuro. Han atenuado las luces como de costumbre en los vuelos nocturnos y solo hay un hilo fino y débil de luz en la parte superior donde el techo se junta con los maleteros a lo largo de todo el avión. El aire acondicionado no está puesto, pero la temperatura es increíblemente perfecta. Ni frío ni calor. No se escucha absolutamente nada. Todo está muy tranquilo. Aaron, sin erguir la cabeza y con la mirada todavía hacia arriba, vuelve a cerrar los ojos permaneciendo así unos segundos. Seguidamente endereza su cabeza y los abre definitivamente mientras traga saliva al tiempo que saca el teléfono móvil de su bolsillo. Lo mira para ver qué hora es, pero está apagado. Pulsa el botón de encendido del teléfono, pero nada ocurre. No se enciende. Es extraño porque lo había cargado justo antes de subir al avión. Vuelve a pulsar el botón y esta vez lo hace durante más tiempo intentando que el teléfono se encienda, pero no lo consigue.

— ¡Puto iPhone! – espeta mientras mira el teléfono al tiempo que lo gira para ver si existe algún otro botón para reiniciarlo, sin que este dé ninguna señal de funcionamiento.

Aaron se ahueca en su asiento girando su cuerpo hacia la derecha para poder estirar la pierna y guardar de nuevo el teléfono en el bolsillo izquierdo. Mientras realiza ese movimiento mira al pasillo. Se asusta y da un salto hacia atrás moviendo toda la fila de asientos y quedándose con la espalda apoyada en la ventanilla y los brazos extendidos hacia los lados. Justo en su fila, a solo un asiento de distancia, en la butaca que da al pasillo, se encuentra el hombre que había conocido en el aeropuerto. Está con los ojos cerrados. No sabe si está dormido, aunque si lo estaba, lo más seguro es que se haya despertado del tremendo golpe que Aaron ha dado a los asientos al asustarse. Aaron se le queda mirando. El hombre permanece inmóvil con los brazos apoyados en los reposabrazos y con una posición erguida que se adecua perfectamente a la línea del asiento. Parece una estatua. No se le mueve ni un músculo, como esas personas que cuando duermen parece que están muertas. Se recoloca sobre su asiento muy despacio después de tranquilizarse un poco, sin dejar de mirar al hombre ni un segundo. Vuelve a girar la cabeza

hacia el frente después de un tiempo sin mirar a otro lado que no fuese a ese extraño individuo, pero rápidamente como si no pudiese dejar de pensar en él, torna sus ojos de nuevo hacia el hombre, volviéndose a asustar, ya que este ha girado la cabeza, ha abierto sus ojos y le está mirando fijamente con una expresión condescendiente sin decirle absolutamente nada.

Los dos se miran fijamente, pero mientras que Aaron tiene una expresión de desconfianza y miedo en sus ojos, el hombre está sentado, inmóvil, sin parpadear mirándole de una forma muy profunda, como si pudiera ver qué hay dentro de él, y con una media sonrisa que Aaron no entiende. De repente el hombre interrumpe la escena:

— ¿Problemas? – le dice sin apartar la mirada de los ojos de Aaron.
— ¿Cómo? – responde Aaron con extrañeza, sin entender nada.
— El móvil… No se le enciende, ¿no? – vuelve a intervenir.
— ¿Qué está haciendo? – pregunta Aaron cortante.
— A mí me ha pasado lo mismo con el mío. – dice el hombre mayor mientras se mete la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, sacando su móvil para enseñárselo.
— ¿Que qué hace?, ¿Que quién coño es usted? ¿Y por qué me está siguiendo? – pregunta Aaron de una forma muy agresiva.
— ¿Yo? – responde extrañado el hombre mientras se señala a sí mismo.
— ¡Sí! ¡Usted! ¿Qué hace aquí? Antes no estaba. – señala buscando una respuesta.
— Es mi asiento. – dice con tranquilidad el viejo.
— ¡No!, no es su asiento. Lo sé porque a mí me han cambiado de asiento, y las azafatas me han dicho que estaba solo en la última fila. Además, he entrado el último al avión, me he sentado y no había nadie en toda la fila. ¡Así que no! ¡Este no es su puto asiento! – dice mientras sube su nivel de enfado.
— Pero ahora sí que lo es. – responde el hombre esbozando una media sonrisa.

Aaron le mira con extrañeza sin saber muy bien si está tomándole el pelo o es simplemente un loco.

— No se enfade. Solo quiero hablar con usted.

— Bueno, … – dice mientras hace una pausa sin apartar la mirada– la verdad es que necesito hablar con usted. – asevera el hombre mientras asiente con la cabeza esperando que Aaron lo comprenda. –

— Verá… A lo largo de mi vida he conocido a muchos como usted. Gente que estaba en la cima del mundo, que había saboreado las mieles del éxito, que había tenido el reconocimiento que todos soñaríamos tener algún día. Personas que habían triunfado en la vida, pero que de repente, cuando parecía que nada podía ir mal, les habían venido mal dadas y habían caído por diferentes motivos. No me malinterprete, caer a veces es inevitable, y más cuando algún ser querido nos falta. Es lo que le pasó a usted, ¿no? Pero hay que levantarse, amigo mío. En esta vida por fortuna, lo único esperanzador de que los buenos momentos no sean eternos, es que los malos tampoco lo son.

— No se equivoque, usted no me conoce de nada.– interrumpe Aaron con voz grave mientras achina los ojos y niega con la cabeza para advertirle.

— Déjeme que le cuente una historia. – comienza el hombre como si no le importase en absoluto la actitud de Aaron con él. –

— Hace un tiempo conocí a dos hermanos. Los dos habían tenido una vida completamente diferente el uno del otro. Por suerte para uno de ellos, la vida había sido muy buena con él. Había visitado cientos de países, vivido historias increíbles, conocido a personas interesantes, tenía una mujer y dos hijas preciosas. Había sido un gran hombre de negocios amasando una fortuna. Y para colmo, nunca había pasado ninguna pena ni mal momento en su vida.

— Sin embargo, su hermano era todo lo contrario, no había tenido una vida especialmente increíble. De hecho, su vida había sido bastante normal. Conservaba el mismo trabajo que consiguió cuando salió de la carrera, no tenía una personalidad

arrolladora, siempre veraneaba en el mismo lugar y posiblemente, la persona más interesante que conocía era su propio hermano. Estaba soltero y nunca había tenido una relación de más de 6 meses con ninguna mujer. Además, no tenía mucho dinero y había pasado por momentos bastante difíciles en su vida.

— Cuando les pregunté a los dos que, si eran felices, los dos hermanos me respondieron lo mismo. Sí

— Pero cuando les pregunte que por qué eran felices, las respuestas de los dos hermanos fueron muy diferentes.

— El primero me dijo que era feliz porque lo tenía todo, mientras que el segundo me respondió que era feliz porque su hermano era feliz.

— Bueno, supongo que cada uno tenía sus motivos para ser feliz. – dice Aaron, que parecía no estar escuchando la historia.

— Sí. – responde el hombre – quizás, pero cuando seguí hablando con ellos, el primero tenía un miedo terrible a que todo lo que poseía desapareciese, mientras que el único miedo del segundo era que su hermano no fuera feliz.

Aaron, le mira mientras suspira con desesperación contestándole.

— Supongo que esta historia tiene una moraleja y que lo que quiere decirme es que no sea como el primer hermano y que debo ser feliz sin importarme lo que tenga.

— No. – dice el viejo haciendo una pausa reflexiva para después continuar con su explicación – Le estoy diciendo que es importante no ser como el primer hermano, y que debe ser feliz, porque muchas veces la felicidad de alguien depende de la nuestra.

Aaron tiene sus ojos incrustados en ese hombre sin saber muy bien qué decir, aunque rápidamente y sin querer dar su brazo a torcer, interrumpe el silencio.

— Oiga, mire…– exclama rebajando el tono y armándose de paciencia mientras respira profundo. – No quiero que se moleste

ni se lo tome a mal, pero es que yo solo quiero estar tranquilo, en mi asiento, sin hablar con nadie.

A lo que el hombre le responde

— Entiendo… Pero, … déjeme decirle algo. – dice el viejo mientras se toca el mentón con el gesto típico de las películas al mismo tiempo que se acerca a Aaron, instándole a que haga lo mismo.

Aaron se acerca para escucharle bien.

— No sé si es el vuelo adecuado para eso. – dice el hombre mientras le señala con la mirada a su alrededor.

Aaron gira la cabeza dirigiendo su mirada hacia la ventanilla y ve que fuera todo el cielo está teñido de un color gris-rojizo. No se ve absolutamente nada. No hay nubes, y si las hubiera ya estarían por encima de ellas. Además, es de noche, así que es imposible que ese tono rojo pueda ser el sol. Acerca su cabeza a la ventanilla e intenta mirar hacia abajo para intentar distinguir las luces de alguna ciudad, pero tampoco ve nada. Mira hacia el hombre que sube sus cejas y le hace un gesto asintiendo con la cabeza. Inmediatamente después, y en medio del desconcierto, se percata de que no hay ni un solo ruido en el avión. No se escuchan ni ese traqueteo constante de los motores cuando estás en pleno vuelo, ni el aire pegando en el fuselaje del avión. Nada. De forma muy nerviosa, se quita el cinturón y se incorpora agarrándose al asiento de delante para hacer fuerza. Lo que ve dentro del avión, le perturba mucho más que esa nube rojiza del exterior. El avión está completamente vacío. No hay ninguna persona salvo el viejo que le observa con una tranquilidad pasmosa, mientras Aaron mira a todos lados sin poder creerlo.

— ¿Pero qué coño está pasando? – dice, mientras mira al hombre, intentando buscar una respuesta.

El viejo le mira y esboza de nuevo una media sonrisa.

Aaron extiende la mano y pulsa el botón de llamada al personal del avión mientras vuelve a hurgar en su bolsillo, buscando su teléfono móvil. Lo saca e intenta volver a encenderlo, pero sigue sin reaccionar. Se lo guarda de nuevo y se incorpora para ver si alguna azafata se acerca respondiendo a la llamada que hizo.

— ¿Qué hace? – le pregunta el hombre mientras Aaron mira incorporado a todos lados.
— ¿Usted qué cree? Estoy mirando si alguien del personal del avión ha visto mi llamada. – dice al tiempo que señala el botón que se encuentra sobre su cabeza
— No creo que venga nadie. – dice el viejo – El botón no está encendido

Aaron le mira y seguidamente sube su mirada hacia arriba para ver que el botón de llamada al personal esta apagado.

— Pero si le he dado antes. –dice, mientras vuelve a pulsarlo de nuevo.
— Joder, ¿por qué coño se apaga? – exclama aporreando el botón, que se enciende y al segundo se apaga como si alguien lo estuviese manipulando.

Se levanta y pasa los asientos de lado acercándose al pasillo mientras pide permiso al hombre para salir.

— Déjeme salir, por favor.

El viejo se incorpora haciendo fuerza en los apoyabrazos al tiempo que recoge las piernas. Aaron sale atropelladamente al pasillo y empieza a mirar hacia todos lados intentando descubrir movimiento por algún lado. Mientras tanto el hombre, pacientemente, vuelve a sentarse en su sitio, recolocándose y poniéndose cómodo como si nada ocurriese.

— Voy a ver que está pasando. – dice en voz alta sin mirar al viejo, pero esperando encontrar su aprobación para empezar a moverse.

El hombre, continúa sin apartar la mirada de él. Su cara expresa total tranquilidad, toda la que le falta a él, y eso le hace estar aún más nervioso.

A pesar de no recibir ninguna respuesta por parte del hombre, comienza a recorrer el pasillo con paso decidido pero cauto, hacia la parte delantera del avión.

— ¡Cuidado con las turbulencias!– espeta el viejo alzando la voz para que Aaron pueda escucharle.

En ese momento, se da la vuelta ralentizando el paso y ve en el rostro del hombre, la misma expresión que le dedicó en el aeropuerto. Esa que le heló la sangre y le revolvió por dentro.

—"Puto viejo" – piensa para sí mismo.

Aunque quiere salir de allí cuanto antes, no puede dejar de mirar a aquel hombre, mientras se aleja de su fila de asientos, como si estuviese hipnotizado. No sabe qué está pasando, y no sabe si ese viejo que parece que le ha perseguido desde el aeropuerto sabe lo que pasa allí, o simplemente es un loco al que le da igual lo que está ocurriendo. Pero, en cualquier caso, siente una inexplicable angustia en el pecho por alejarse de la persona que, a pesar de incomodarle tanto, es la única que se encuentra viviendo esa situación allí junto con él.

Por fin logra girar la cabeza, olvidándose de todo, y mirar hacia delante. El avión está totalmente oscuro y no consigue ver a más de dos filas de distancia en ninguna dirección. En vez de un avión, parece un oscuro túnel en el que mire donde mire, no es capaz siquiera de intuir el final. Camina poniendo las manos en los respaldos de los asientos que hay a ambos lados del pasillo izquierdo, donde se encuentra, para asegurarse de no tropezar.

Contrastando con la oscuridad que invade todo el habitáculo, unos diez metros más adelante, en el otro pasillo, ve cómo de repente, en el asiento más próximo a la ventanilla de esa fila se enciende una de las luces que se encuentran en la parte superior. Desde donde está, no puede ver quién hay allí sentado, así que cruza la fila central de asientos trasladándose al otro pasillo, y acelera el paso mientras sigue asegurando su posición con las manos por todos los respaldos que se va encontrando a su paso. Finalmente llega a la fila donde se encuentra encendida la luz.

— ¡Hola! – dice una voz.

CAPÍTULO 4
"cuatro"

— Hola. – responde Aaron asombrado, sin esperar encontrarse a quien estaba sentado allí.

Es un niño de unos 9 años, con pelo ni muy largo ni muy corto, moreno y ojos color miel. Va vestido con unos pantalones largos de un tono beige y un jersey azul oscuro de punto gordo. Por debajo del jersey asoman las puntas de una camisa vaquera, y lleva unas zapatillas que parecen zapatos de color marrón oscuro, con los cordones redondos desatados. Está sentado con las piernas cruzadas, el cinturón de seguridad abrochado, aunque no ajustado, y tiene sobre las piernas una Tablet en la que está viendo una película, que, en una primera instancia, Aaron no acierta a adivinar. Lleva unos cascos de diadema bastante grandes para que sean suyos y solo ha girado la cabeza para saludar a Aaron, e inmediatamente volver a sumergirse en su *tablet*.

— ¿Qué haces aquí? – pregunta al pequeño con delicadeza.

El pequeño le mira de arriba a abajo para volver a subir la mirada al rostro de Aaron. Seguidamente vuelve a dirigir sus ojos a la pantalla y contesta:

— Estoy viendo una peli. – lo hace como absorbido por la *tablet*, al tiempo que la señala con el dedo índice.

— ¿Y estás solo? – continúa Aaron el interrogatorio.

El niño pausa la película y se quita los cascos para hablar con Aaron.

— Ahora ya no. – responde mientras le mira a los ojos fijamente.

— ¿Y tus padres?

— No están. – responde el pequeño mientras niega con la cabeza

Aaron prosigue a sentarse en el asiento más próximo al pasillo dejando un hueco entre ellos de diferencia para no asustar al pequeño, aunque realmente siente que él está mucho más intranquilo que aquel niño.

Decide hacer un *reset* y empezar la conversación de nuevo de la forma en la que tenía que haberla comenzado para ver si puede adivinar que está pasando.

— Me llamo Aaron, ¿y tú?
— Yo me llamo Nico. – Responde sin dejar de mirarle.
— Hola Nico. Me alegro mucho de conocerte. – dice extendiendo la mano para saludarle, pero sin encontrar respuesta alguna.

El niño le observa de forma inocente mientras espera la siguiente pregunta.

— ¿Qué película estás viendo? – pregunta intentando establecer confianza con el pequeño.
— Big Fish… ¿La has visto? –pregunta interesado el pequeño.
— Sí. Hace tiempo, pero sí.
— ¿Y te gustó?
— Mucho. –responde Aaron con melancolía bajando el tono y mirando al infinito, ya que recordaba que era una de sus películas favoritas. –¿A ti te está gustando?
— Sí, aunque yo ya la había visto con mi padre.
— La verdad es que es una buena película para ver con tus hijos. –reflexiona murmullando para sí mismo.

Se hace un silencio, pero no incómodo, como si los dos tuviesen cosas que pensar después de lo que han dicho.

— Y ¿dónde están?– Pregunta Aaron interrumpiendo el momento mientras le mira con cercanía.
— ¿Quién? – responde devolviéndole la mirada.
— Tus padres.
— No están aquí.

El niño le retira la mirada, volviendo a dirigirla hacia delante sin enfocarla en ningún lugar en concreto, agarrando la *tablet* con ambas manos y apretándola contra su pecho, mientras Aaron no

deja de mirarle, intentando establecer de nuevo contacto visual con el pequeño.

— ¿Has tenido miedo alguna vez? – rompe el silencio, dejando descolocado a Aaron que quería seguir llevando la batuta de la conversación.

— Claro.

— Pero, … ¿ahora o cuando eras pequeño?

— Antes y ahora. Lo que pasa es que es diferente el miedo que tienes cuando eres pequeño, del miedo que tienes cuando eres mayor.

— ¿Por qué? – pregunta con atención.

— Pues, porque son diferentes… Cuando eres pequeño, tienes miedo a la oscuridad, o a los monstruos que salen en las películas. Y tienes miedo de encontrártelos debajo de tu cama, en un armario o cuando duermes y tienes pesadillas. Pero cuando eres mayor, no tienes miedo a los monstruos. Al menos no a ese tipo de monstruos. – responde de forma que el pequeño pudiera entenderlo.

— ¿Y a qué monstruos tienes miedo?

— Pues… –reflexiona – por ejemplo, a no estar a la altura de lo que se espera de ti. O miedo a que tu familia y tus seres queridos no estén bien, no tengan buena salud, o no sean felices.

El pequeño le mira atentamente mientras Aaron hace una pausa para tomar aire.

— También tienes miedo de la soledad.

— ¿De la soledad? – Pregunta el pequeño ladeando la cabeza.

— Sí. De no tener a nadie.

— ¿Pero… no se supone que si eres bueno y cuidas a la gente que te quiere, nunca te dejarán solo? – pregunta inocentemente el pequeño.

— Bueno…, la verdad es que no es así de fácil. Hay veces que incluso aunque les cuides mucho y te portes muy bien con ellos,

se van. –dice Aaron mientras hace una pausa para continuar. – Y te sientes solo…

— ¿A ti te ha pasado eso? – pregunta el pequeño que le observa con detalle.

— Sí. – responde Aaron casi susurrando, como si le doliese recordarlo, mientras agacha la mirada.

— ¿Con quién? – insiste el niño ajeno a su dolor.

— Con mis padres. –responde mientras traga saliva para poder continuar – Hace unos años. Fue difícil porque todo ocurrió muy rápido. Primero murió mi padre. Fue de repente. Ni me imaginaba que podía pasar. Teníamos pendiente que le llevara a comprar unas pinturas, pero yo lo dejaba y lo dejaba. Sin darle importancia. Como si fuera a estar ahí siempre para mí. No sabía que nunca más volvería a hablar con él. Que nunca podría agradecerle todo lo que hacía por mí, ni decirle todo lo que le quería una última vez. –relata mientras cae una lágrima por la parte exterior de su ojo recorriendo su mejilla, que se limpia rápidamente disimulando como si algo se hubiese metido en su ojo – Y después, al poco tiempo se fue mi madre, que no pudo aguantar la vida sin él. De ella si me pude despedir. Pero cuando se van tus padres… A pesar de que no les disfrutamos como deberíamos y les obviamos en muchas ocasiones, pensando que siempre van a estar ahí para nosotros. – vuelve a tragar saliva mientras esta vez caen varias lágrimas de sus ojos enrojecidos que no puede ni quiere controlar – Te sientes muy solo. Y desde entonces, no hay un solo día que no me acuerde de ellos.

— ¿Pero no tienes a nadie más? – pregunta el pequeño, que por primera vez se siente afectado por las palabras de Aaron.– ¿no tienes mujer o hijos?

— Sí, eso sí. –dice Aaron al que le cambia la cara casi sin quererlo, expresando una felicidad contenida. – Tengo una mujer maravillosa y una hija increíble.

— Entonces no estás solo. –razona el pequeño dejando a Aaron sorprendido por la inocente realidad de sus palabras.

— Eso es verdad. Pero, aún así…, echo de menos a mis padres.
— Así que…, por eso estás triste.–afirma el niño.
— Sé que cuesta entenderlo siendo tan pequeño.–le dice, mientras le mira con complacencia.
— La verdad es que sí lo entiendo. – dice mientras gira la cabeza y enfila su expresión con un tono adulto que vuelve a sorprenderle.

Incrédulo, contempla a aquel pequeño, que ha clavado sus ojos en él como si de dos puñales se tratasen.

— Mis padres murieron el año pasado en un accidente de tráfico. Mi padre conducía y yo iba en el asiento que estaba detrás suyo mientras mi madre, girada hacia mí, me preguntaba qué tal me había ido el colegio ese día. Todo estaba bien, como siempre. Pero de repente un coche que nos intentaba adelantar nos dio un golpe y nos echó de la carretera. – Aaron le observa sin poder decir una palabra, como si no pudiese creer lo que le está contando. – Desde ese momento todo empieza a dar vueltas y mi mundo tranquilo y seguro desaparece en solo unos segundos. Veo todo. Cristales rompiéndose, a mis padres golpeándose contra todo y el coche aboyándose tanto, que nos aplasta dentro de él. Hasta que para, quedándose boca abajo. En ese momento, todo se queda en silencio. Mis padres y yo estamos sujetos por los cinturones, que hacen que no nos descolguemos. Les llamo, pero sé que no van a responderme. Sé que no voy a verlos nunca más, ni les voy a poder abrazar, ni jugar con ellos, ni contarles como me ha ido el colegio. Sé que estoy solo. Solo de verdad, porque yo no tengo una mujer ni una hija que me quieren. Lo único que tengo es el recuerdo de mi madre que justo antes de que empezásemos a dar vueltas, me agarró de la mano y me miró haciéndome sentir que siempre estarían conmigo.

Aaron no puede articular palabra. Está totalmente devastado por el relato del pequeño, que desmonta todo lo que él le contó hace solo unos minutos sobre los tipos de miedo y la soledad. Sabe que cualquier cosa que le diga, no será lo que debe decir. Ese niño

conoce perfectamente todos los tipos de miedos y lo que es la soledad. Y sin embargo ha contado algo que nadie le desearía ni a su peor enemigo sin titubear, sin derramar siquiera una sola lágrima. Siente una culpabilidad extrema por sentirse así, y más comparándose con aquel pequeño que está sentado a su lado.

— Lo siento Nico… – es lo único que acierta a decir.

— Ya lo sé. – le responde el pequeño mientras prosigue: Y también sé que, si tuviera a alguien más, tan importante para mí como lo son para ti, tu hija o tu mujer, intentaría que me viesen bien, que fuesen felices y que mis malos momentos no se convirtiesen en sus malos momentos.

— Al fin y al cabo, muchas veces la felicidad de los demás, depende de la nuestra.

— *"Esa frase…"* – piensa para sí mismo Aaron, recordando que fue la misma que dijo el viejo cuando le contó la historia de los dos hermanos.

En ese momento, todo en su cabeza se pausa, y mira al crío sin comprender absolutamente nada, intentando entender que está pasando realmente, mientras el niño da vueltas a la Tablet para intentar encenderla de nuevo como si nada hubiera pasado.

De repente, alguien pasa a toda velocidad por el otro pasillo hacia la parte delantera del avión, lo que hace que Aaron se active apoyando sus manos en los reposabrazos y levantándose como un resorte al tiempo que grita.

— ¡Eh!, ¡Oiga!, ¡Perdone! – dice sin moverse apenas del sitio, sin que esa persona, que avanza a toda velocidad, se gire siquiera.

Aaron se da la vuelta dirigiéndose al pequeño para que le acompañe.

— ¡Nico, ven conmigo!

El niño que ya se había puesto los cascos de nuevo se los retira tranquilamente y le contesta.

— No. Me han dicho que no me mueva de aquí.

— ¿Quién? ¿Quién te lo ha dicho?– pregunta Aaron alterado, que tiene prisa para ir a buscar a aquella figura que había pasado a

toda velocidad.

Por un momento duda. No quiere dejarle solo de nuevo. Pero por otro lado sabe que debe averiguar qué está pasando allí, y que, si hay alguna forma de hacerlo, es siguiendo a aquella sombra que ha pasado como una exhalación.

Finalmente, ante la impasividad de Nico, decide ir en busca de aquella figura que se aleja sin parar y a la que ya no ve. Pero antes de ir en su búsqueda, le dice con urgencia y medio gritando:

— ¡Nico!, quédate aquí y no te muevas. Voy a averiguar qué está pasando y ahora vuelvo.

El pequeño ni se inmuta ante su advertencia, y sigue mirando la pantalla de la *tablet* con los cascos puestos como si nada.

Aaron cruza de medio lado la fila central de asientos con alguna dificultad agarrándose a los respaldos de delante y detrás para no perder el equilibrio, hasta llegar al pasillo por donde ha pasado esa misteriosa persona.

Ya en el pasillo, echa una última mirada al crío para cerciorarse de que sigue bien. Seguidamente mira hacia delante y vuelve a percatarse de que no se ve absolutamente nada, más allá de unas cuantas filas, volviéndole a invadir una sensación de miedo. Pero extrañamente, el miedo que siente ahora es muy diferente al que ha sentido en los últimos tiempos. Vuelve a ser ese miedo a los monstruos de cuando eres pequeño y que le había relatado a Nico hacía solo unos minutos.

Y le asaltan muchas preguntas

¿Quién era esa persona que pasó a toda velocidad?

¿Por qué no le hizo caso cuando le gritó?

¿Qué estaba buscando?

¿O de qué huía?

Tras un instante, vuelve en sí, y cauteloso, emprende el camino hacia la parte delantera por ese inquietante pasillo.

CAPÍTULO 5
“cinco”

Camina agarrándose con fuerza a los respaldos de cada asiento, que van apareciendo a los lados según avanza en la oscuridad. Fuera sigue ese tono gris -rojizo que se ve a través de las ventanillas del avión, como una densa niebla. Dentro, todo está impregnado de una tranquilidad exagerada, hasta el punto de ser inquietante. Avanza sin variar el ritmo, mirando a todos lados intentando adivinar alguna figura en la oscuridad. Está muy confuso. Por un lado, está deseoso de encontrar a esa persona que pasó hace tan solo un instante o a cualquier otra que pudiese arrojar alguna respuesta a lo que está pasando, pero al mismo tiempo intenta ser sigiloso y avanza con sumo cuidado de no emitir ningún sonido que pudiera revelar su presencia. También por momentos piensa que sería mejor si las luces estuvieran encendidas, pero por otro lado le da auténtico pánico ver lo que la oscuridad esconde. Llega a la altura de una cortina de las que separan las diferentes clases de los aviones. Es la primera que se encuentra en su camino desde que decidió marcharse de su asiento. La cortina está extendida a la mitad, tapando el paso casi por completo, por lo que no puede ver nada de lo que se encuentra detrás de ella. Se acerca despacio. Mucho más de lo que caminaba antes, e intenta sin tocarla, asomarse con sigilo, pero no logra atisbar absolutamente nada. Sabe que, si quiere saber qué hay detrás, tendrá que retirarla. La tensión se agrava aún más si es posible. Contiene la respiración que en el silencio retumba como si hubiese estado corriendo una maratón. Agarra la cortina de la esquina… y la retira rápidamente.

Nada. No hay nada detrás, salvo la continuación de ese pasillo que se pierde en la oscuridad.

Aaron avanza unos pasos hasta dejar la cortina justo tras él y se dobla hacia delante, poniendo las manos sobre sus rodillas para intentar digerir la tensión y recuperar fuerzas.

De improviso, interrumpiendo ese pequeño oasis de calma, algo le roza por detrás. Se da la vuelta con rapidez y ve un hombre sentado en la fila central, en el asiento que está justo en medio de los cinco que hay.

Si antes estaba alerta, ahora mucho más. Justo ha pasado lo que no quería; encontrarse a alguien que le da más miedo que estar solo.

Le observa atentamente de arriba a abajo, reparando en cada detalle de aquel hombre. Está sentado, pero parece alto. Viste unos pantalones negros de cargo bastante desgastados, con bolsillos laterales, unas botas negras muy aparatosas con hebillas plateadas a los lados, y una camiseta blanca bajo una cazadora de piel, que está agrietada por los hombros y los antebrazos de haberla llevado durante mucho tiempo. Es bastante corpulento, se le nota que tiene músculos, pero no de ir al gimnasio, al menos no a uno que no esté en una cárcel. Tiene las manos gruesas, bastante trabajadas, como si se dedicase a hacer algún trabajo forzado, pero la verdad es que, si Aaron tuviese que apostar, diría que las tiene así de dar palizas. Su mano derecha tiene un tatuaje de la cabeza de una serpiente que ocupa todo el envés dejando solo libre los dedos, y que se intuye que continúa hacia arriba por su brazo. Además, lleva varios anillos de color plata y negro. El más llamativo, es uno de una calavera de un toro y que porta en el dedo índice. Mientras que en la mano izquierda no lleva ninguno, pero, por el contrario, la tiene tatuada completamente en negro, como si hubiese querido tapar algo. Tiene el pelo moreno, largo y medio rizado, con aspecto de no lavárselo habitualmente, y le cae por la cara, dificultando aún más poder ver su rostro nítidamente, algo que a Aaron le incomoda bastante. Mientras el hombre le mira, y como si le estuviese leyendo la mente, se retira con su mano negra el pelo de la cara, dejando ver su rostro que está marcado por varias cicatrices. Las más aparatosas son las

del labio y la del lado izquierdo de la cara. Parecen cortes mal curados hechos con una navaja infectada. Sus ojos son tan negros que casi no se logra distinguir el iris de la pupila, y tiene una expresión extraña, con la mandíbula inferior prominente, y que dibuja una sonrisa de esas que tienen las personas a las que parece que les duele hacerlo.

Aaron decide interrumpir su análisis mental y pregunta:

— Hola, ¿quién eres?

— ¿No estabas buscando gente? Pues ya la has encontrado. – responde con una voz grave que da mucho más miedo que su aspecto.

No sabe qué decir ante eso.

— Aunque tal vez no soy a quien querías encontrar. – Razona de forma soberbia y con un toque de chulería, consciente del temor que le provoca.

— *"Tiene razón".* – piensa para sí mismo. – *"Si hiciese una lista de las personas con las que no me gustaría estar en una situación como esta, este tío estaría en las primeras posiciones."*

— *"Tenía que haberme quedado con el pequeño, o incluso con ese viejo loco".* – piensa, dejando ver su grado de desesperación.

Sabe que ya no puede hacer nada para remediarlo, así que decide afrontar la situación y conseguir su objetivo de saber que está pasando allí.

— ¿Eras tú el que ha pasado antes a toda velocidad?

El hombre le mira fijamente sin decir una palabra.

— ¿De qué huías? – prosigue para intentar que reaccione.

El hombre deja salir de su boca entre un bufido y una carcajada contenida, mientras continúa mirando fijamente a Aaron como si no se tomase en serio lo que acababa de decir.

— ¿Tengo pinta de huir de algo?

— No. –responde, dándose cuenta de que debe ir con más cuidado si quiere conseguir algo de esa conversación. –¿Sabes qué está pasando? –pregunta esta vez menos incisivo.

— ¿Qué está pasando? – le responde el hombre como si lo supiera, pero no quisiese decírselo.

— El avión antes estaba lleno de gente. Y ahora está vacío. – insiste, aun dándose cuenta de que el hombre sabe perfectamente a qué se refiere.

—¿Te da miedo que no haya nadie?

— No es miedo.– miente– Es que me gusta entender las cosas y esto no tiene ninguna explicación. Cuando he entrado, todos los asientos estaban ocupados, he visto bastantes azafatas, y había mucho movimiento. Ahora el avión está vacío, no se ve absolutamente nada, y si miras por la ventana, estamos envueltos en una niebla de color gris y rojo. Además, está todo demasiado tranquilo…, tan tranquilo que parece que en realidad no estamos volando.

El hombre le mira imperturbable durante su explicación, y Aaron espera alguna reacción por parte de aquel individuo ante la misma. Algo que no llega.

— Es un avión grande, y yo la verdad no he visto tanta gente como dices. Además, cuando vuelas de noche, bajan las luces para poder descansar, y todo está más tranquilo. Ahí tienes tu explicación – responde el hombre, desmontándole todas las teorías.

— ¿Y lo de fuera del avión, qué? – insiste, mientras grita perdiendo las formas de nuevo.

— Yo solo veo oscuridad. – responde con un tono amenazante, mientras echa un vistazo a la ventanilla que está más lejos, advirtiéndole a que no le gusta la forma en que le ha hablado.

Aaron está cansado de estar ahí y no obtener ninguna respuesta así que olvida el propósito de buenas formas y dice ante la atenta mirada del hombre:

— No tengo tiempo para estas mierdas. Voy a buscar a alguien que me explique qué está pasando.

Lo ha dicho, y está decidido a dejar plantado a aquel tipo, al que por un momento ha perdido el miedo, pero no sabe por qué no puede

dejar de mirar a aquel inquietante ser, que le penetra con esa mirada oscura. Quiere moverse, pero está bloqueado, inmóvil. Su cuerpo no responde ante la necesidad de salir de allí a toda prisa.

— ¿Por qué no te sientas?– Dice el hombre con un tono amenazante, que parece de todo menos una pregunta.

Aaron sigue inmóvil…, como si el único acto que pudiera hacer su cuerpo fuese obedecer aquella orden, sin saber por qué lo hace y sintiendo más miedo del que ha tenido en toda su vida. Así que toma el asiento de la fila central que está más próximo al pasillo donde se encuentra, dejando uno libre entre él y aquel monstruo, como si eso le hiciese sentir más seguro.

— Así podemos hablar más tranquilos. – razona el hombre, intentando relajar la situación, pero consiguiendo justo lo contrario.

Aaron le observa de medio lado, tenso e inmóvil en su asiento.

— Así que… ¿has visto a más gente en el avión?

— Sí…– asiente con un hilo de voz mínimo – un viejo que estaba sentado a mi lado y un niño que me he encontrado cuando venía hacia aquí. Después vi a alguien que pasó corriendo, pero no le logré distinguir quién era. Le grité, pero no me hizo caso. Parecía que huía de algo.

— Y ahora…, estas sentado aquí conmigo. – reflexiona con una chulería apabullante que le acongoja, para acto seguido continuar con su discurso – Entiendo que si te has movido de donde estabas, era porque imaginabas que cualquier situación era mejor que la que tenías. Y sin embargo ahora estarías encantado de volver a estar allí. Lo que demuestra que siempre queremos lo que no tenemos.

— "Tiene razón". – Piensa Aaron mientras le echa una mirada sin cambiar el semblante, para que el hombre no note nada.

— No pienso en lo que podía haber sido, ni en lo que dejo atrás en las decisiones que tomo. Como te he dicho, simplemente quiero entender que está pasando.

— Vaya… Don Perfecto sale de la cueva para darnos una lección de vida y moral. – dice con sorna.

— No me conoces. No sabes nada de mí. – responde a la defensiva Aaron.

— Claro que te conozco. Eres ese capullo de internet que da consejos de mierda a la gente.– Aaron se queda sorprendido de la respuesta.– Pues déjame decirte algo: Tus consejos no valen de nada. ¿Y sabes por qué? Porque para poder dar consejos, tienes que vivir lo que vive esa persona, tienes que ponerte en la situación en la que está y dudo mucho que tú hagas eso.

Aunque desearía contestarle, Aaron no entra en la provocación. Y aunque es fácil discutir con él, no quiere hacerlo con ese hombre. Tiene claro que para saber que está pasando y salir de esa situación, tiene que pensar con claridad y ser práctico.

— Solo conoces lo que se ve en las redes. Ese no soy yo. – aclara muy serio.

— Por supuesto que no eres tú. Déjame preguntarte algo… ¿El niño estaba solo? – pregunta, aunque ya sabe la respuesta.

— Sí. – le responde casi obligado, sin entender el giro en la conversación.

— Si fueses el personaje de internet, ese que tantos consejos da para ser mejor, el que sabe de todo, el que dice a personas que no conoce como deben vivir su vida, te habrías quedado allí con ese pequeño. Te habrías asegurado de que estaba bien, y no habrías ido detrás de una sombra que pasó y de la cual no sabías absolutamente nada, solo por el mero hecho de querer satisfacer tu curiosidad.

Pero, dejar a un niño solo aquí, si crees que en realidad está pasando algo… no me parece un acto propio de alguien del que yo aceptaría consejos…. De hecho, ni siquiera es de ser buena persona.

La frase de aquel hombre cae como un latigazo en Aaron, revolviéndole muy adentro y sintiéndose como un miserable, en parte, porque tiene algo de razón.

— "¿Por qué no me quedé allí con Nico? Al menos podría haberle obligado a venir conmigo. ¿Cómo estará ahora ese pequeño? Debería volver y quedarme con él." – Las preguntas no paran de dar vueltas en su cabeza, mientras tiene la mirada perdida.

— ¿Remordimientos? – Interrumpe sus pensamientos, mientras inclina y ladea la cabeza hacia delante para poder mirarle a la cara con una media sonrisa rasgada.

Aaron gira la cabeza devolviéndole la mirada, pausa, y respira fuerte para no hacer algo de lo que se arrepentiría. Continúa el pulso visual entre ambos. El silencio se hace más intenso y los segundos, se convierten en horas.

— Parece que para esto no tienes respuesta. – insiste el hombre.

Aaron intenta redirigir la conversación sin dejarse llevar por los impulsos.

— ¿Y tú? ¿Tienes respuesta a lo que está pasando aquí? Porque sinceramente creo que quieres dar la sensación de que controlas lo que está sucediendo y sabes tan poco como yo.

El hombre sonríe forzadamente antes de rebatirle

— ¿Crees en serio eso que dices? – hace una pausa. Yo siempre controlo lo que pasa. Siempre. – asevera con una solemnidad prácticamente incuestionable.

No sabe por qué, pero cree totalmente que lo que ha dicho es verdad y que realmente sabe que está ocurriendo allí.

Se vuelve a hacer un silencio, en el que intenta pensar cuál es el siguiente paso que debe dar. Por primera vez en su vida, no tiene el control de la situación, y eso es algo desconocido para él, que sumado a las oscuras sensaciones que le invaden estando allí, le hace sentir tremendamente temeroso.

— No te acuerdas de mí, ¿verdad? – interrumpe aquel hombre para dar un giro a la conversación. – y eso, que nos vimos hace relativamente poco tiempo.

— ¿Qué? – responde Aaron, que no se lo esperaba, casi involuntariamente.

— Es extraño que no te acuerdes de mí. No soy alguien fácil de olvidar.

No sabe a qué se refiere, pero es cierto que desde que se dio la vuelta al cruzar esa cortina, ha tenido la sensación de haber visto a ese extraño ser anteriormente, como esos *déjà vu* que se tienen alguna vez cuando nos cruzamos con personas que no conocemos, pero a la vez, nos resultan familiares.

Sigue intentando acordarse de que le conoce, pero al mismo tiempo le invade un miedo terrible que le impide abrir esa puerta. Es una sensación muy extraña, como si acordarse de que le conoce, le llevase a un lugar en el que no quiere estar o a un momento que no quiere recordar. Pero, por otro lado, no puede dejar de hacerlo.

— Creo que te equivocas. No nos hemos visto nunca. – dice, sabiendo en su interior que no es así.

— Sí. Sí que nos conocemos. Yo nunca olvido una cara. – responde aumentando la intriga.

El miedo se apodera completamente de Aaron, que ya no puede pensar en otra cosa que no sea intentar recordar de qué conoce a ese aterrador hombre, aun teniendo la sensación de que no debe hacerlo. Ni siquiera se acuerda ya de aquel niño al que ha dejado solo. Todo ha quedado invadido por una ansiedad asfixiante que recorre todo su cuerpo y que no le permite pensar en otra cosa.

— ¿Por qué no nos dejamos de tonterías y me dices de qué nos conocemos?

El hombre sonríe tétricamente mientras le mira a los ojos, dispuesto a darle una respuesta, no sin antes hacer una pausa.

— Nos hemos visto varias veces.

Aaron se siente más descolocado todavía si cabe. No entiende como si eso es verdad, ha podido olvidar a ese monstruo que tiene ante él, hasta el punto de no recordar con claridad sus encuentros. Mientras, le mira sin articular palabra. De repente, el miedo se apodera de él completamente, mucho más intenso de lo que había sentido hasta ese momento. Le acaba de llegar una imagen a la

cabeza que, aunque no tiene la suficiente claridad, está casi seguro de que es real.

— Ya te acuerdas, ¿no? – le dice, como si estuviese metido en su cabeza.

— Te vi el día que murió mi padre. –responde con la mirada perdida, sin dar crédito a lo que él mismo está diciendo. –No sé dónde, pero tú estabas allí ese día. ¿Me viniste a dar el pésame? O tal vez fue en la charla que di ese mismo día en Málaga, tal vez estabas en el público, cerca del escenario. No lo recuerdo bien. Tengo lagunas. Fueron muchas cosas, y no sabía cómo encarar todo eso.

Al tiempo que intenta recordar más y más, se siente cada vez peor, como si reviviera todo lo que pasó con su padre. Algo que, por otro lado, no había conseguido superar todavía.

El hombre no mueve ni un músculo, y permanece observándole como si por fin hubiera conseguido su objetivo. Aaron se desploma anímicamente. Se le nubla la vista por momentos, y, a pesar de ir descifrando en su cabeza poco a poco donde podría haberle visto, no logra saber quién es en realidad, ni por qué le produce esa horrible sensación.

— ¿Quién coño eres? – pregunta casi sin fuerzas, enajenado.

— Solo alguien con el que has coincidido en un mal momento de tu vida. – responde con solemnidad.

— ¡Dímelo!

— No le des más vueltas. – espeta con suspense.

La respiración comienza a acelerarse en su pecho. Su vista continúa nublada, y todo comienza a darle vueltas. Un pitido muy agudo invade sus oídos y las voces se entremezclan en su cabeza. Son voces conocidas, pero no acierta a entender lo que dicen. Cada vez le cuesta más respirar, y necesita hacerlo más y más fuerte para lograr que entre aire en sus pulmones. Comienza a sudar. Intenta enfocar la visión en aquel ser, aunque ya no se parece a él, es otra persona, pero todo está tan desenfocado que no puede adivinar quien es. Cierra fuertemente los ojos varias veces mientras se los

frota intentando que la imagen borrosa se aclare, sin conseguirlo. No sabe que le está pasando. No se encuentra mal, pero no consigue controlar la situación.

De repente, en uno de sus parpadeos, vuelve a ver todo con claridad, saliendo de su paranoia. Ese pitido taladrante y las voces desaparecen para convertirse otra vez en un silencio perturbador. Y frente a él, se encuentra de nuevo ese hombre aterrador, mirándole sin pestañear, como justo antes de que la cabeza le empezara a dar vueltas y todo se volviera confuso. Intenta recuperar la compostura, como si nada hubiera pasado, aunque sabe que eso es imposible.

— ¿Qué me está pasando? – pregunta, intentando que ahora sí, aquel hombre le proporcione la respuesta.

— No está pasando nada. Ya te lo he dicho antes. –asevera con desesperación contenida.– Aunque si es verdad que hay algo que no te he contado.

Le mira poniendo los cinco sentidos en las palabras que van a salir de su boca.

— Yo también he visto a la persona que tú has visto cuando estabas con aquel chico.

Al escuchar esas palabras, una pequeña sensación de alivio acompañada de un escalofrío en su pecho le invade. Tiene la esperanza de poder empezar a colocar las piezas de aquel *puzzle* poco a poco. Sin dejar de mirarle, su expresión se vuelve más intensa, esperando con ansia más información.

— Vino de la parte de atrás del avión a toda velocidad, y se paró justo aquí. Parecía que huía de alguien porque miraba para todos lados continuamente. Llegó a esta altura, me miró fijamente durante unos segundos y dejó una bolsa que llevaba ahí abajo. – dice, señalando a su lado izquierdo el asiento que se encuentra más cerca de la ventanilla en la fila de delante suya.–Después salió corriendo de nuevo hacia la parte delantera sin decir nada.

— ¿Qué ha dejado una bolsa? ¿Y qué hay dentro? – pregunta exaltado.

— No lo sé. Parecía que quería esconderla y yo no me meto en los asuntos de los demás. Pero si tienes tanto interés, nadie más ha pasado por aquí excepto tú, así que ahí sigue.

Aaron le mira fijamente, casi buscando su aprobación para acercarse. Tampoco le gusta inmiscuirse en los asuntos que no tienen que ver con él, pero siente una curiosidad enorme por saber si lo que se encuentra en el interior de aquella bolsa, puede proporcionar algo de luz a la situación que está viviendo allí.

Se levanta y con mucha cautela, casi a cámara lenta, se acerca hacia la fila de asientos delantera. Son literalmente dos metros, pero se hacen eternos, elevando aún más esa atmósfera de misterio que rodea todo lo que está ocurriendo allí. Ya levantado, y antes de dar un solo paso, vuelve a dirigir una mirada hacia aquel espeluznante hombre, a cuya presencia ya se ha acostumbrado, que le observa imperturbable, como si le juzgara por lo que está haciendo. Tal vez en otra situación, no lo habría hecho, pero ansía con todas sus fuerzas saber que está ocurriendo. Vuelve a mirar hacia delante, y con la mano derecha apoyada en el respaldo del asiento delantero, inicia su camino. Da el primer paso acercándose a su objetivo, y mil preguntas vuelven a asaltar su mente:

¿Qué habrá en esa bolsa?

¿Por qué la ha escondido aquí?

¿Tal vez quería que alguien la encontrara?

¿Quién era ese hombre?

¿De qué huía y por qué?

En su interior, confía en poder responder al menos a alguna de todas esas preguntas.

Sin detenerse, lanza otro paso hacia su objetivo y se pone a la altura de la fila de asientos que contiene la bolsa. Vuelve a lanzar otro vistazo hacia el hombre, que no se ha movido de su sitio, mientras le vigila sin mover un solo músculo. Ya está cerca, se asoma con el mismo cuidado con el que ha iniciado su recorrido hasta llegar ahí, pero está todo tan oscuro que no consigue ver la bolsa, así que decide acercarse un poco más. Coloca su rodilla derecha en el

asiento de esa fila más cercano al pasillo, y sus manos en los respaldos de delante y detrás inclinándose hacia los pies del asiento donde está la bolsa.

De repente, sin que se lo espere, alguien le pone una bolsa en la cabeza y comienza a asfixiarle, al tiempo que tira de él hacia atrás inmovilizándolo. Grita, pero la voz apenas le sale, no logra ver nada más que aquella bolsa que se le pega a la cara sin dejarle respirar y golpes que le vienen de todos lados debido al forcejeo. La presión en su cuello se hace inaguantable. Agarra de los antebrazos al agresor intentando zafarse, pero tiene mucha más fuerza que él. Los brazos son grandes y fuertes, lo que no le deja mucha duda de que la persona que está intentando asfixiarle, es aquel hombre que le infundía tanto miedo desde un primer momento y con el que ha estado hablando hace solo unos instantes.

—"Pero, … ¿por qué?" – piensa mientras lucha por su vida.

Continúa revolviéndose, pataleando, lanzando golpes hacia todos lados para intentar desembarazarse de aquel monstruo, pero es inútil. El aire no entra en sus pulmones, los ojos ensangrentados se le salen de las órbitas y empieza a expulsar espuma por la boca. Sus fuerzas menguan. En un último esfuerzo, intenta romper la bolsa para que le entre el aire, pero no lo consigue. La presión se hace aún más fuerte en su cuello, y su agresor tira de él hacia arriba, apretando de una forma que no puede soportar. Sus pies ya no tocan el suelo y sus pataleos no impactan con nada, está totalmente suspendido en el aire, como si aquel hombre, que está intentando acabar con su vida, no quisiera alargar más ese momento. Todo se nubla, sus ojos comienzan a cerrarse y abrirse cada vez más lento, no le queda nada de oxígeno, y siente que es el fin.

Todo está oscuro.

Ya.

CAPÍTULO 6
“seis”

Sobresaltado vuelve en sí.

Abre los ojos. La oscuridad desaparece. Respira profundamente. El aire vuelve a entrar en sus pulmones. Siente sus extremidades de nuevo. No sabe dónde está, pero está. Todo parece difuso. Le cuesta enfocar la imagen y tomar consciencia de dónde se encuentra. Mira hacia todos lados sin saber muy bien qué ha pasado.

Por fin empieza a situarse. Respira aliviado al ver que se encuentra en la última fila del avión, donde se sentó nada más entrar en él y que no hay nadie a su lado. Exactamente igual que cuando se quedó dormido. Ni viejos, ni niños, ni hombres locos que quieren matarle.

— Joder… Ha sido un puto sueño. – dice en voz baja mientras suspira y mira al techo.

Se levanta para ir al baño, que está justo detrás de la fila de asientos donde se encuentra. Se incorpora un poco mareado, y dando tumbos sale hacia la parte de atrás, empuja la puerta del baño, que está apagado y con el letrero de disponible. Entra en él, y cierra el pestillo al tiempo que se enciende la luz automáticamente. Una vez dentro, se sitúa frente al lavabo, acciona el grifo y pone las palmas de las manos hacia arriba recogiendo el agua sobre ellas para seguidamente agacharse y mojarse la cara. Se toma su tiempo. Siente un frescor que necesitaba, y vuelve a repetirlo un par de veces más. Todavía inclinado y con la cara chorreando agua sobre el lavabo, extiende su mano derecha hacia el dispensador de papel y toma unas cuantas servilletas para secarse. Una vez seca su cara, se incorpora y tira el papel mojado en la papelera para a continuación, echar un vistazo al espejo que está frente a él.

Ve algo extraño. Tiene una roncha en la parte que se encuentra debajo de la nuez. Se acerca al espejo lentamente para cerciorarse mejor de lo que está viendo. Con sus dedos, baja un poco las solapas de la camisa y descubre que tiene una marca morada y roja alrededor de todo su cuello.

— ¿Pero qué coño es esto? – exclama, sin dar crédito a lo que está viendo mientras lo mira desde todos los ángulos posibles.

Da vueltas a su cabeza intentando encontrar alguna explicación lógica para lo que está viendo, que no sea la que parece. Abre el grifo, se moja las manos de nuevo y apresuradamente frota la marca intentando que desaparezca sin conseguirlo.

— No puede ser. – dice para sí mismo mientras el miedo vuelve a apoderarse de él.

Saca el móvil de su bolsillo e intenta encenderlo, pero no ocurre nada. Pulsa el botón con todas sus fuerzas, deseando que sea un problema del propio botón del teléfono, que tal vez no hace bien contacto, pero sigue sin dar la más mínima señal de vida. Tras varios intentos, y con síntomas de desesperación, vuelve a guardar el teléfono móvil en su bolsillo para intentarlo más tarde. No sabe qué pensar, y la única explicación, no tiene ningún tipo de sentido. Así que decide salir del baño para, al igual que "tal vez" hizo anteriormente, intentar averiguar qué está pasando.

Según sale, ve algo que no se espera. Hay una persona sentada en su sitio. Es un hombre alto, pues su cabeza asoma por encima del asiento, con el pelo engominado negro y peinado hacia atrás. Está mirando por la ventanilla. Esta vez sin dudarlo y de forma decidida, avanza hacia él hasta ponerse a su altura.

— Hola.–dice Aaron dirigiéndose al hombre.

Este, gira la cabeza hacia él, mirándole atentamente. Se percata de que es un hombre de una planta imponente, muy bien vestido, con un traje elegante a la par que moderno color azul marino, una camisa blanca impoluta y una corbata granate apagado. En los pies lleva unos zapatos marrones brillantes de cordones con unos calcetines de rombos escoces en los colores de la corbata y el traje

que conjuntan perfectamente. Todo hecho a medida y con un gusto exquisito. Va totalmente afeitado a cuchilla con una perfección milimétrica como la de los anuncios de la televisión y sujeta un teléfono móvil en la mano al que le da vueltas como si de un amuleto se tratase.

— Hola, ¿Qué tal? – responde con una voz intensa que recuerda a las de los locutores de la radio.
— Bien. – prosigue Aaron – perdona, pero es que ese es mi sitio.
— Disculpe, no lo sabía. He venido hacia atrás porque delante había mucho jaleo y una azafata me ha dicho que me cambiase a esta parte que estaba todo más tranquilo. Y como no vi a nadie, me senté aquí. – dice al tiempo que se levanta el asiento.

Tiene la impresión de que ese imponente hombre está tan perdido como él, y además le parece una persona bastante normal, así que decide intentar entablar una conversación con él para ver si puede descubrir algo más.

— No, tranquilo, siéntese. Yo me quedo aquí. – dice señalando el asiento de esa misma fila que está más próximo al pasillo y sobre el que ya se encuentra.
— ¿Seguro? – le pregunta educadamente.
— Sí, de verdad. No hay problema

Los dos se sientan y se miran esbozando una sonrisa de aprobación al mismo tiempo. Tan solo han transcurrido unos segundos cuando Aaron se presenta.

— Por cierto, soy Aaron.
— Alexander. Mucho gusto. – responde el hombre.
— Igualmente.
— Así que… ¿delante hay mucho lío? – pregunta indiscreto para contrastar información.
— Sí, la verdad es que se está más tranquilo aquí. – le responde con naturalidad.
— Ya. – asiente con una sonrisa falsa.

Seguidamente, Aaron gira su cabeza y hace una mueca de preocupación con su boca mientras achina los ojos. El hombre que

continúa mirándole fijamente, tras unos segundos, le pregunta:

— Perdone que le pregunte. Pero ¿se encuentra bien? No tiene buena cara.

Al escucharle, de inmediato vuelve a mirar al hombre, parpadea marcadamente varias veces mientras suspira y dice con desesperación:

— Ya, bueno… Si se lo cuento, no me creería.

— Pruebe. ¿Acaso tiene algo mejor que hacer?

En ese momento, en su cabeza existen mil preguntas que necesitan respuesta, pero por otro lado piensa que le puede venir bien hablarlo, aunque todavía ni él mismo le haya encontrado ningún tipo de sentido. Además, ese hombre parece agradable y, sobre todo, no le produce malas vibraciones. Así que comienza a contarle toda la historia desde el principio: la espera en el aeropuerto, las pantallas donde se cancelaron los vuelos, el "sueño" con ese niño al que dejaba solo y aquel aterrador individuo que acababa asfixiándole con una bolsa.

— Luego desperté aquí, en mi asiento.– dice señalando en el que en ese momento se encuentra sentado el hombre. – En el mismo sitio donde me había quedado dormido. Con mal cuerpo, pero con la sensación de alivio de saber que todo había sido un sueño. Fui al baño a refrescarme y cuando salí, le vi sentado aquí. El resto de la historia, la conoce.

Se hace un silencio entre los dos.

— Joder. – exclama impresionado tras escuchar la narración con todo lujo de detalles.– La verdad es que no me extraña que se levantase con mal cuerpo a pesar de que fuese un sueño.

No se atreve a decirle nada de la marca del cuello ya que piensa que le puede tachar de loco, y se limita a asentir con la cabeza mientras pone cara de circunstancias.

— Bueno… ¿Y usted? – le pregunta, tratando de averiguar algo sobre él.

—¿Yo?... Yo no tengo una historia tan impactante como la suya. – sonríe levemente– Llegué tarde porque estuve en un atasco por un accidente más de una hora. Corrí como hacía mucho tiempo que no corría y entré el último. Justo cuando estaban cerrando. Supongo que no nos vimos por segundos. Una vez montado en el avión, me puse mis cascos y me dormí, hasta que un hombre mayor me despertó pidiéndome la revista que tenía en el bolsillo delantero de mi asiento. Después de dársela, comenzó a hablarme sobre trajes, entiendo que, porque le gustaría el que llevo, aunque él también iba muy bien vestido. Y después de eso no paró de hablarme todo el tiempo.

—¿Un hombre mayor? – pregunta intrigado.

—Sí.

—¿Cómo era?

— Pues… – el hombre hace una pausa, frunciendo el ceño para pensar bien en los detalles – Tenía el pelo blanco y barba arreglada. Y llevaba un traje verde botella. La verdad es que parecía salido de un anuncio.

—Yo he visto a ese hombre. Se acercó a hablar conmigo mientras esperaba a que saliese el número de vuelo – expone sin dar detalles de lo que realmente hablaron. –

—¿Está aquí? – pregunta esperanzado Aaron.

— Sí. Si es el mismo que usted dice, está delante. – contesta mientras señala tímidamente a la parte delantera– El caso es que no paraba de hablar a pesar de que le di a entender en varias ocasiones que solo quería estar tranquilo. Hasta que finalmente decidí levantarme y eso me trajo hasta aquí. Como usted ha dicho, el resto de la historia, ya la conoce.

Los dos vuelven a sonreír forzadamente, como esas risas de trabajo que todos saben que son falsas, pero no pueden evitar hacerse.

No quiere ser maleducado, y aunque por un momento, durante la conversación con aquel hombre, no ha pensado en lo que está ocurriendo, saber que ese viejo está allí, sin saber por qué, le da absurdas esperanzas para responder todas las preguntas sin respuesta que no se puede quitar de la cabeza.

— Disculpe, no quiero ser maleducado, pero… voy a echar un vistazo delante. – dice mientras se disculpa amablemente y se levanta de su asiento, esperando encontrar a aquel viejo en su periplo.

Según termina Aaron de disculparse, el hombre mira hacia la ventanilla y dice:

— Es extraño lo de ahí fuera, ¿verdad? – acaparando de nuevo por completo la atención de Aaron, que ya estaba dispuesto a iniciar su camino hacia la parte delantera, pero que al oír sus palabras, se queda inmóvil observándole.

— ¿Cómo? – pregunta asombrado, ya que por fin alguien no esquiva lo que ocurre.

— Lo de ahí fuera. – insiste.

Se sienta de nuevo en el sitio donde había estado hablando con él, sin dejar de mirarle. Aquel hombre, por el contrario, no cambia ni un ápice la posición de su cuello y continúa mirando a la ventana.

— Lo he visto desde el principio, y no le encuentro ninguna explicación. ¿Qué cree que es esa niebla de fuera? – pregunta Aaron, deseoso de conocer su opinión.

— No lo sé. Supongo que será el color normal de la niebla por la noche. Yo me refería a que extraño es el mundo ahí fuera. – responde mientras gira la cabeza para mirarle, como si fuese otra persona completamente distinta.

A pesar de no ser la respuesta que quería escuchar, tiene el presentimiento de que ese individuo tiene algo que decirle, así que no se mueve del asiento, esperando profundizar más en lo que está ocurriendo allí y posponiendo su aventura hacia la parte delantera del avión en busca del viejo. Mira hacia delante y suspira pensativo, intentando encontrar las palabras para redirigir la conversación. Mientras tanto, el hombre interrumpe el momento de divagación de Aaron.

— Por cierto… ¿A qué se dedica? – espeta cogiéndole totalmente desprevenido.

— Emmm… Soy conferenciante. Bueno al menos antes lo era. – aclara dubitativo después de unos segundos.
— ¿Ya no lo es? – indaga el hombre de forma curiosa.
— Bueno…, supongo que sí. Pero digamos que fui alguien que tuvo mucho éxito hace algún tiempo. Salía en la televisión, en la radio, tenía muchos seguidores en redes sociales.
— Así que según dice, solo se consideraba conferenciante por salir en la televisión, la radio y tener repercusión. – pregunta de forma retórica el hombre.
— Bueno, no. Pero antes tenía éxito.
— Éxito…–murmulla – curiosa palabra. ¿Qué es el éxito?

Aaron piensa cuidadosamente antes de responder. Mientras tanto el hombre prosigue.

— A menudo cuando pensamos en el éxito, se nos vienen a la cabeza dos palabras: fama y dinero. Como si eso fuera la descripción exacta de lo que es tener éxito en la vida.
— Bueno, en realidad, tiene mucho que ver, aunque no creo que sea así exactamente. – contesta Aaron aclarando su respuesta.
— Pero usted ha dicho que antes tenía éxito y lo ha relacionado con salir en la televisión y ser conocido. Además, supongo que le pagarían por ello. ¿No? – Contraataca con una lógica aplastante. – así que ahí tiene los dos factores: Fama y dinero.

Aaron se siente abrumado por la rapidez de pensamiento de aquel hombre. Normalmente no es así, él es el que acorrala a sus oponentes con su velocidad mental, sus recursos lingüísticos, y su elocuencia. Pero ese individuo que tiene enfrente le intriga e impresiona profundamente a partes iguales. Además, se siente fascinado ante la oportunidad de hablar con alguien con esos recursos. Así que después de escuchar la inapelable explicación de su oponente, se lanza a contestar como si de una conferencia se tratara.

— El éxito es algo difícil de explicar, pero muy fácil de sentir. Es verdad que se relaciona con tener fama y dinero, pero es

normal puesto que la sociedad en la que vivimos nos hace tener esos objetivos desde que somos pequeños.

— ¿Y eso no es triste? – pregunta el hombre, seguro de la respuesta.

— Tal vez, pero sirve de gasolina para pelear por lo que queremos. – asevera Aaron.

— Ese es el gran problema, que no tenemos claro el objetivo. El objetivo no puede ser ganar dinero o tener fama. Eso no es un objetivo. Puede ser una consecuencia, pero no el fin.

— El otro gran problema es que no se le da importancia al camino. Y es muy importante. La historia nos ha dejado claro que no todo vale.

— ¿Qué quiere decir? – le pregunta con curiosidad.

— Imagínese. Nuestro objetivo es tener dinero y fama. Entonces nos convertimos en un narcotraficante de nivel top. Según lo que usted dice, el objetivo está cumplido, pero… ¿a qué precio?

— Eso nos demuestra que el objetivo no puede ser ese, y el camino es muy importante. No puedes dejar cadáveres en tu travesía.

La exposición de aquel hombre no deja ni una grieta a posibles interpretaciones. Aún así, Aaron insiste en no dar la batalla por perdida, aunque en el fondo piensa lo mismo que él.

— No me vale. Es un ejemplo extremo. – responde con rapidez, pero sin convencimiento ninguno.

— Lo que no vale es mirar para otro lado en casos así. – le contradice aún más rápido, sin dejar pasar prácticamente ni un segundo.

"Jaque mate". Piensa Aaron, que se siente acorralado, para sí mismo. No recuerda la última vez en la que quedó por debajo de alguien en una conversación, y menos el no llevar la voz cantante ¿Acaso todo este tiempo que no ha sido quien es, ha mermado su capacidad? Así que se queda en silencio mirando al hombre con admiración, al tiempo que su oponente interrumpe.

— El éxito es una patraña. – asegura el hombre de forma inapelable.

Se sorprende al oír eso y aunque no sabe por qué extraña razón, piensa que puede llegar a estar de acuerdo con esa afirmación. Así que espera con los cinco sentidos puestos en la explicación que va a darle.

— Solo nos consideramos que somos algo, si tenemos éxito. Como usted antes cuando me ha dado a entender que en el pasado se consideraba un conferenciante de verdad porque tenía éxito. Eso no tiene sentido, y más sabiendo que no tenemos clara la definición de lo que es el éxito.

— Lo que somos, lo somos. Y el éxito no tiene nada que ver en eso. Tal vez el éxito hace que lo seamos para los demás, pero esa no puede ser la regla para nosotros mismos.

El hombre hace una pausa creando expectativa

— Además, se nos olvida lo más importante.– asevera de forma vehemente.

— ¿El qué? – pregunta Aaron obnubilado, queriendo saber más, aunque disimulando no estar impresionado.

— La felicidad. – afirma con rotundidad – ¿Dónde queda la felicidad?

Con esa pregunta abierta, siente la oportunidad de reengancharse a la conversación e interviene ágilmente.

— El éxito la da de alguna forma. ¿No?

— No. – le responde tajantemente propinando otro mazazo. – La felicidad es necesaria para el éxito, pero el éxito no lo es para la felicidad. Si el éxito según usted es tener fama y dinero, le recuerdo que existen miles de casos donde gente con muchísimo dinero y reconocimiento no son felices. Están deprimidos, no encuentran su lugar en el mundo y no se sienten bien con ellos mismos, incluso hasta el punto de acabar muy mal. Le puedo dar nombres: Simone Biles, Robin Williams,… o incluso usted, Aaron Hidalgo.

Al escuchar su nombre, se queda totalmente petrificado. No se lo esperaba.

¿Cómo ha llegado la conversación a ese punto?

Aquel individuo le conoce y por lo que parece, bastante bien. No sabe qué decir. Y le vuelve a invadir el miedo por enésima vez en ese viaje. Pero no como antes. Es profundo, diría casi psicológico, como si aquel imponente hombre hubiese pautado la conversación a su conveniencia llevándola hasta ese punto sin que él pudiera hacer nada por evitarlo. Como si pudiese meterse en su cabeza y jugar a su antojo con todo lo que hay ahí dentro. No es una sospecha, tiene la absoluta certeza de que así es. Nunca le ha pasado, y le aterra. Intenta reaccionar, pero no acierta a articular palabra, solo le mira petrificado. Está en shock. Su pulso se ha acelerado ostensiblemente y el corazón palpita en su pecho como si quisiera salir de él. El hombre le mira fijamente, saca la punta de su lengua levemente, casi a cámara lenta, para humedecer sus labios y continua.

— No se asuste, le he reconocido cuando ha entrado. Aaron Hidalgo, el conferenciante de habla hispana que revolucionó el mundo de las charlas y lo cambió todo. – expresa con admiración, intentando rebajar la tensión.

Aaron sigue mirándole sin decir nada. Se va tranquilizando poco a poco. El corazón va volviendo a su ritmo normal, el aire vuelve a entrar en sus pulmones con fluidez y su cuerpo cada vez está menos rígido, pero no se fía de aquella persona que tiene a su lado. Con su depresión, ha tratado un tema que nadie fuera de su círculo conoce, y quiere saber por qué él sí. Quiere oír más.

— Siento si he sido muy intenso, no todos los días tengo la oportunidad de hablar con alguien famoso, y quería impresionarle. ¿Lo he conseguido?

Aaron continúa con los ojos clavados en él, intentando decidir cuidadosamente las palabras exactas sin encontrarlas. Miles de opciones se amontonan en su cabeza sin que ninguna le convenza, así que decide actuar sin pensar.

—¿Cómo sabe eso? – pregunta de forma cortante.

— ¿Qué cómo sé quién es? – le responde haciéndose el tonto – Antes aparecía por todos lados: charlas, televisión, radio, internet… Era el hombre de moda.

— No. ¿Que como sabe lo de mi depresión? – insiste, más agresivo si cabe.

El hombre esboza una mueca que no llega a ser una sonrisa, y comienza con su explicación.

— No hay que ser muy listo para darse cuenta. De la noche a la mañana, y cuando estaba en todos lados, de repente, se esfuma. – hace una leve pausa y procede con la explicación– Pasamos de verle en tertulias de programas mañana, tarde y noche, con un peso grande en todos ellos, a desaparecer por completo. Podría haberse debido a problemas con algún directivo de la cadena, o una negociación para aumento de caché que no llegó a buen puerto, pero no tenía sentido. Se lo rifaban. Si eso hubiese ocurrido, alguna otra productora le habría fichado, y eso no pasó. Pero es que además dejó de subir vídeos a su canal de YouTube, de publicar en Twitter, de subir fotos a Instagram. Así que en ese momento supe que algo que no tenía que ver con lo laboral le había ocurrido. Después salió la noticia que informaba del fallecimiento de sus padres, y lo relacioné todo. – hace una pausa de nuevo y le mira profunda y sentidamente.

— Lo siento mucho.

Aaron vuelve a quedarse sin palabras. Nunca se había considerado una persona fácil de descifrar. De hecho, era muy cuidadoso en ese aspecto. Trabajaba en ello para que nadie le conociese demasiado bien y así llevar siempre ventaja ante el resto de las personas. Pero en ese preciso momento se da cuenta de lo vulnerable que te vuelves cuando algo te da en el corazón.

— No me he equivocado. ¿verdad? – Insiste aquel individuo, al que ya no ve de la misma forma. – Lo que demuestra lo que le estaba diciendo. Usted tenía todo el éxito del mundo, pero dejo

de ser feliz. Y eso hizo que el éxito le diese absolutamente igual. Desapareció de la vida pública. Pero usted no hace un personaje, es real, lo que se ve es lo que hay. Así que seguramente también desapareció de su vida privada. Se limitó a estar y no a ser. En inglés se dicen igual, pero no existen dos significados más dispares para la misma palabra. Se olvidó de ser un conferenciante, pero seguramente también de ser un marido, de ser un padre, un amigo, creando un gran vacío en su familia, que le llevó a no ser una parte activa en sus vidas.

— Estar, pero no ser. Eso no es justo. – dice, haciendo una pausa que crea solemnidad en su discurso.

— Sé que la muerte de sus padres tuvo que ser un golpe muy duro, pero en la vida hay que seguir siendo por los que se quedan. Estoy seguro de que sus padres no habrían querido verle así.

Las lágrimas se desbocan por sus ojos sin que pueda evitarlo. Siente que no tiene ningún tipo de control sobre la situación. Nunca nadie había tenido el valor de decirle tantas verdades. Nunca antes se había sentido a merced de nadie. Aquel hombre había hecho una radiografía exacta de todo lo que pasaba sin conocerle. Por un momento piensa que eso mismo ha podido hacerlo más gente, algo que no le agrada ni lo más mínimo, pero rápidamente esa idea se esfuma de su pensamiento. Aprieta los puños, toma aire y recupera la compostura.

Esa persona que tiene ante él no es cualquiera. Y no está allí por casualidad.

— Buen intento. – expresa Aaron con seguridad mientras le penetra con la mirada, que ha tornado de descolocada a vigilante – Pero no me lo creo.

— ¿Qué no se cree? – pregunta incrédulo.

— Que me conozca nada más que de los medios.

— Que solo sepa eso de mí por lo que ha escuchado.

— Que haya venido hacia aquí atrás por casualidad.

— No me creo absolutamente nada.

— ¿Quién es y que está pasando aquí? – le pregunta convencido de que es el momento de obtener respuestas.

El hombre le mira. Continúa en silencio, sin decir nada, pero sus ojos le delatan. Aaron está convencido. Sabe más de lo que demuestra, y eso es mucho. El pulso de ambas miradas es electrificante, como si estuviesen encarnados en una discusión salvaje sin necesidad de articular ninguna palabra. Los segundos se hacen eternos. Finalmente, el hombre rompe el silencio.

— No sabe lo que dice. – exclama.

— Sé perfectamente lo que digo. – asevera Aaron.

El hombre emite un bufido como si no se tomase en serio lo que está escuchando.

— No estamos manteniendo esta conversación por casualidad. Aquí está pasando algo y usted sabe lo que es. ¡Dígamelo! – exclama levantando la voz.

— No tengo ni idea de qué está hablando. – se explica – Aquí lo único que ocurre es que tiene un mal día y yo le he dicho algo que duele escuchar porque en el fondo usted sabe que es la verdad – responde implacable.

— Así que me lo estoy imaginado todo, ¿no? ¿Y entonces esto que es? – pregunta mientras con su mano derecha agarra y tira hacia debajo de las solapas de su camisa señalándose el cuello. – Cuando llegué aquí no tenía nada, pero ahora tengo esta marca como si me hubiesen intentado asfixiar. Como en el sueño.

El hombre le mira inmóvil sin decir nada, ni siquiera parpadea. Una expresión de extrañeza se dibuja en su cara.

— ¿Qué marca? – pregunta en voz muy baja, casi susurrando.

— ¿Qué? – responde quedándose sin aire, sin dar crédito a la pregunta.

— Que no tiene nada en el cuello. – aclara con firmeza.

— ¡No puede ser!

No sabe dónde mirar ante la incredulidad que le invade. Otea a todas partes y a ninguna mientras las imágenes se mezclan en su

cabeza. Parece una quimera, algo que se ve en las películas, pero no es capaz de distinguir que ha sido real y que no. Ni siquiera presta atención a aquel hombre que tiene ante él y que hasta hace solo unos segundos, le había impresionado profundamente durante la conversación que habían mantenido.

— Tranquilícese. – advierte, alargando el brazo lentamente con la palma de la mano abierta hacia abajo, acercándose y manteniendo las distancias al mismo tiempo.

Sin hacer el más mínimo caso, totalmente ensimismado, se levanta como un resorte e inicia el camino hacia el baño rápidamente, ante la atenta mirada del hombre. Llega atropelladamente a la puerta del baño, se posiciona justo enfrente de ella y sin pararse la empuja con el brazo derecho con todas sus fuerzas golpeándose con los marcos y adentrándose en él de la propia inercia. La puerta se cierra a su espalda, la luz se enciende y fija su mirada en el espejo. Vuelve a agarrar el cuello de su camisa con violencia y lo baja hasta el punto de casi arrancarse los botones. Ni una marca, ni una señal. No puede entender nada. Tira de la camisa un poco más y gira la cabeza a ambos lados sin dejar de inspeccionarse en el espejo, retorciendo sus ojos hasta dolerle, para comprobar que es cierto que no tiene ninguna señal. Nada. Ni rastro. Paz y nervios al mismo tiempo, si eso es posible, le recorren como una descarga eléctrica. Suelta su camisa. Las yemas de sus dedos que están blancos de la presión de agarrar tan fuerte las solapas, recuperan el color normal. Sin dejar de mirarse, apoya las dos manos a ambos lados del lavabo y se inclina acercando su cara al espejo. Permanece así unos segundos. Baja la cabeza, inspira llenando su boca de aire y lo suelta emitiendo un resoplido. La sube de nuevo para volver a mirarse de nuevo en el espejo. Su aspecto desgarbado delata que no ha tenido su mejor día. Tiene la camisa por fuera, totalmente arrugada, los pelos despeinados como si hubiese tenido una pelea y cara de no haber dormido en una semana. No es él. Aún en los últimos años, en los que han dejado de importarle muchas cosas y se ha abandonado bastante, siempre ha sido una persona con un aura especial y que impresionaba allá por donde iba. Debe

recomponerse. Intenta adecentarse mínimamente para salir y tratar de dar otra impresión que no sea la de un loco sin control, aunque así es como se siente ahora mismo. Se recoloca la camisa como puede metiéndola por dentro del pantalón para tratar de estirarla lo máximo posible y así, que no se noten las evidentes arrugas. Seguidamente acciona el grifo, moja las palmas de sus manos con el agua, las escurre bien para que ninguna gota salpique su ropa y se lava la cara frotándola como si quisiera borrarse el rostro. El agua está bastante fría, eso le sienta bien. Moja sus manos de nuevo y se las pasa por el pelo tirando de él hacia atrás para humedecerlo sin llegar a empaparlo. Con su mano izquierda lo alborota levemente revolviéndolo para tratar de darle forma. Por increíble que parezca, ya está medianamente decente. Gira hacia la puerta y se dispone a salir con la poca dignidad que puede quedarle. La abre y se queda sin palabras.

CAPÍTULO 7
"siete"

— ¡Perdón! – exclama sin parpadear.

— ¡No, disculpe usted! – dice una dulce voz femenina que encaja en plenitud con un rostro totalmente perfecto.

Frente a él, una mujer de piel morena, alta, de aproximadamente un metro ochenta, con un vestido ajustado de color verde camuflaje por encima de la rodilla y escote elegante, que deja intuir un cuerpo delgado, esbelto, de medidas casi perfectas. En los pies, zapatos de tacón fino no muy pronunciado a juego con el vestido, que la estilizan aún más si eso es posible. Tiene el pelo liso, negro, y lo lleva cogido con una coleta alta, que deja ver un rostro que parece esculpido por los dioses. Ojos color miel, que no son nada comparado con cómo los usa en esa mirada que hace sentir un calor abrasador con tan solo recibirla directamente durante una fracción de segundo. Labios carnosos, pero sin llegar a ser exagerados, que no lleva pintados. No le hace falta. Y que dibujan una sonrisa perfecta que le achina los ojos haciéndola parecer más cercana, y que haría volverse loco al hombre más cuerdo del mundo. Va arreglada, pero no excesiva. Y se ve difícil, pero no inaccesible. La mujer por la que todo hombre mataría, aunque ella parece no saberlo o no darle importancia.

La mujer se retira levemente hacia un lado ocupando el poco sitio que queda para dejar salir a Aaron. Baja milimétricamente la cabeza, pero sin dejar de mirarle a los ojos como si le diese vergüenza, con una media sonrisa que en cualquier otra persona luciría extraña pero que, en su atractivo rostro, queda muy sensual. Aaron, deslumbrado y nervioso, intenta salir como puede, no llegando a chocar sus

cuerpos por escasos centímetros, y absorbido por la mirada penetrante de aquella mujer. Se sobrepasan, y aunque ya no se miran, parece que lo hacen, como si hubiesen tomado ambos una foto mental de aquel instante. La mujer entra en el baño y se escucha el sonido de la puerta cerrándose. Aaron hace una pausa, mira de reojo hacia atrás sin saber por qué y por un segundo permanece inmóvil. Acto seguido, continúa el breve camino hasta llegar a la última fila donde se encuentra su sitio. Todavía pensando en ella, y como si fuese en piloto automático, se apoya en los respaldos para acomodarse en el asiento que está más cerca de la ventana. Se sienta, con la mirada perdida, como cuando es de noche, llueve, y dentro del coche observa las gotas caer y resbalar por el parabrisas, con las cambiantes luces del semáforo de fondo. Pero esta vez las gotas son el rostro de esa mujer. No puede pensar en otra cosa. Se siente relajado por primera vez en el viaje. Permanece inmóvil y con una expresión tranquila, muy diferente a la que tenía cuando entró al servicio. Finalmente, después de unos segundos vuelve en sí y se percata de algo extraño. Aquel hombre con el que ha hablado justo antes de entrar al baño y que parecía conocerle incluso mejor que él mismo, se ha esfumado.

— "Seguramente habrá vuelto asustado a su sitio después del numerito que he montado. La verdad yo tampoco me hubiese quedado" – piensa para sí mismo, aunque sigue convencido que lo que está ocurriendo allí no es normal.

Echa un vistazo a través de la ventanilla que se encuentra a su izquierda. La niebla rojiza de fuera sigue ahí.

Echa otro vistazo hacia el interior. Todo permanece oscuro, apenas se ve, y como ha ocurrido durante todo el viaje, no se escucha un solo ruido.

Decide rebuscar en el bolsillo delantero del asiento, por si aquel hombre se ha dejado algo. Lo abre con su mano izquierda tirando de él para estirar la goma que tiene para fijar los enseres, pero no hay nada. Ni siquiera esa revista que dejan para amenizar el vuelo, y que comienzan con una carta del CEO de la compañía, donde habla de la felicidad que siente al trabajar en una empresa que hace felices a los

demás, expone el éxito de la aerolínea bajo su mandato y cuenta alguna anécdota personal, la cual relaciona a la perfección con el ámbito laboral y los desafíos que vienen, para después, según avanzas por ella, informarte de los destinos disponibles haciendo que pienses en el siguiente viaje sin haber terminado siquiera el que estás haciendo. Ni rastro. Pero lo que más extraña a Aaron es que tampoco se encuentran las instrucciones de seguridad con las viñetas explicativas para saber lo que hay que hacer en caso de emergencia. Mira el resto de los bolsillos de los asientos adyacentes, pero tampoco hay nada.

En el perturbador silencio, se escucha el pestillo de la puerta del baño, advirtiendo que aquella mujer va a salir. Aaron se pone nervioso sin saber por qué y torna la cabeza para no perderse ni un segundo de la imagen de aquella diva, intentando que ella se percate de que la está mirando. La puerta se abre y aparece de nuevo. Una vez ha salido, se gira sobre sí misma y la cierra, apretándola con las dos manos, con excesivo cuidado para no hacer ruido. Se siente vigilada, así que levanta la cabeza y ve que Aaron la observa por encima del respaldo de su asiento. Baja la mirada y sonríe con las manos aún apoyadas en la puerta. Las retira e inicia su marcha hacia la parte delantera mirando de reojo a Aaron, que no aparta su atención de ella. Al pasar justo a la altura de su asiento y sin detenerse, la mujer le mira descaradamente y con esa media sonrisa, de su boca sale un "hola" al que Aaron totalmente abducido, no responde, para seguidamente, continuar camino de su sitio y desvanecerse en la oscuridad, no sin antes, un par de filas más adelante, donde todavía se ve, girar su cabeza, lanzarle una última mirada, y volver a sonreír para después, desaparecer en la oscuridad. Ha comprobado de primera mano la teoría de la relatividad que tantas veces había explicado en sus charlas y en la forma en la que lo hacía:

"Pasa un minuto al lado de una estufa ardiendo y te parecerá una hora. Pasa una hora al lado de una mujer preciosa y te parecerá un minuto. En esta vida, todo es relativo"

Pero no había sido una hora, habían sido solo unos segundos.

Mira hacia abajo, cierra los ojos con fuerza y resopla para tratar de centrarse de nuevo. Por un momento ha conseguido olvidarse de todo lo que le ha pasado en ese viaje, pero después de ese *impasse*, debe volver a ser él, y poco a poco parece que lo consigue. Toma consciencia de dónde está, de la absoluta nada de fuera, de la escalofriante tranquilidad de dentro. Y las preguntas vuelven a aflorar en su mente.

—"¿Dónde está la gente?

—¿Por qué hay tanto silencio?

—¿Qué es esa niebla de fuera?

—¿Todo lo que le ha pasado ha sido un sueño o ha sido real?"

Sabe que no va a encontrar respuesta a ninguna de esas preguntas sentado allí. En su interior sospecha que aquel hombre que no estaba cuando salió del baño, sabe más de lo que le ha dicho, y que emprender su búsqueda es un buen comienzo. Así que se levanta con decisión, apoyándose en los reposabrazos para impulsarse de manera ágil, avanza lateralmente hasta llegar al pasillo, y una vez ahí, otea de nuevo su alrededor tratando de grabar mentalmente todos los detalles sin saber muy bien por qué, como si intuyese que puede serle de utilidad en algún momento.

Inicia su camino repitiendo la misma fórmula, paso decidido pero cuidadoso, colocando las manos en los respaldos de los asientos según avanza y mirando cuidadosamente a todos lados, con tanto detalle como la oscuridad le permite, para tratar de captar cualquier cosa que arroje un poco de claridad a lo que está pasando allí. Al igual que en su sueño, si es que lo fue, el avión está completamente vacío, y la inquietante tranquilidad a la que no termina de acostumbrarse del todo, le provoca escalofríos en cada paso que da. No sabe si es por los nervios, pero tiene la sensación de llevar caminando bastante tiempo, como si hubiese entrado en un bucle de asientos que pasa dejando a ambos lados, sin encontrar el fin, hasta que a solo unos metros de donde está, la oscuridad comienza a hacerse más intensa, como si de las profundidades de una cueva se

tratase. Si antes podía ver a escasos 2 metros de donde se encontraba, en ese punto no lograba ver a más de unos pocos centímetros. Vuelve a sentir miedo, pero su instinto le hace seguir avanzando. Achina sus ojos, intentando que las pupilas se contraigan para acostumbrarse a una luz más baja que le permita intuir alguna forma, al mismo tiempo que acerca su cara a la oscuridad. No lo consigue. Si quiere saber qué se esconde a partir de ese punto, va a tener que adentrarse en él. Así que se coloca de medio lado, flexiona las piernas levemente al tiempo que extiende su mano derecha hacia delante con la palma extendida para prevenir cualquier contacto y, con cautela, comienza a avanzar lentamente reduciendo la amplitud de sus pasos. Poco a poco se va introduciendo en la oscuridad hasta el punto de no ver absolutamente nada. Se siente como cuando entras en una habitación oscura y no eres consciente de dónde está el interruptor de la luz. Ha perdido por completo la noción espacial, así que gira levemente la cabeza, sin perder la posición, para comprobar que a su espalda se atisba algo de luz por el pasillo por donde ha venido. Esa pequeña escapatoria en forma de claridad le hace ver el espacio recorrido, devolviéndole ligeramente el control de la posición, para perderlo de inmediato cuando vuelve a mirar hacia delante de nuevo. Continúa avanzando, y después de varios pasos, su mano tropieza con algo que, aunque no sabe a ciencia cierta qué es, parece una extraña puerta que sella completamente el paso al otro lado. Todavía en la posición inicial con el brazo extendido, la palpa intentando empujarla, y a pesar de moverse levemente cada vez que la toca, parece pesada y difícil de abrir. Su tacto es duro y robusto, con un recubrimiento de plástico grueso que está frio al tacto. Se sitúa frente a ella y apoya las palmas de las manos para a continuación, empujarla con fuerza sin conseguir abrirla. No está cerrada, pero parece que está anclada en los bordes. Prueba otra vez un poco más fuerte, pero sin llegar a conseguirlo, así que lo intenta de nuevo, pero esta vez se separa de la puerta dando dos pasos hacia atrás para coger más impulso. Prepara el hombro para cargar con él, y arranca con fuerza hasta chocar contra ella. La puerta se suelta del borde por su lado derecho quedándose

mínimamente entornada. Por la ranura se deja ver una luz amarillenta, mucho más intensa que la que ha visto hasta ahora. Aaron se asoma con dificultad por el pequeño hueco que se ha abierto, pero no consigue ver nada más que lo que parece ser un pasillo iluminado. Se coloca de nuevo frente a la puerta y apoya las manos en el borde derecho de la misma. La empuja, cediendo esta, hasta quedar abierta lo justo para pasar. Le sorprende que parece haber bastante más luz que la que había hasta ahora, aunque eso no es decir mucho. Atraviesa la puerta cuidadosamente y se queda inmóvil sin saber muy bien que pensar. Está sorprendido por la diferencia de energía que se siente en el ambiente, como si fuesen dos lugares completamente diferentes, separados por esa extraña puerta. Al otro lado hay un pasillo iluminado con una luz cálida, bastante acogedora. Tiene unos 5 metros, sin ventanillas, con un suelo almohadillado en moqueta azul marino y termina en una cortina opaca de color beige que se extiende hasta el suelo. Comienza a recorrerlo de forma desorientada con paso lento, mirando a todos lados hasta llegar a la cortina. Se detiene frente a ella y alarga su mano izquierda cogiendo de forma cruzada el lado derecho de la misma para retirarla. Al abrirla, aparece un departamento del avión con los asientos dispuestos de la misma forma que en la parte trasera, donde estaba sentado, iluminado por una luz algo más tenue que en el pasillo que acaba de atravesar, aunque igualmente agradable. Pero la luz no es la principal diferencia. Lo extraño es que todos los asientos están ocupados, aunque nadie emite ni un solo ruido. Si antes pensaba que no había nada que le produjese más tensión que sentir el avión vacío con un silencio inquietante, se equivocaba. Era mucho peor sentir ese mismo silencio con un avión lleno de gente. No puede permitirse el lujo de parar, así que se desliza por el pasillo de la derecha lentamente, intentando avistar alguna cara "conocida": el viejo del principio, el hombre que estaba en su sitio, aquella mujer…

A cada paso que da, gira el cuello a ambos lados, mirando con detenimiento a cada persona sentada en las filas que están a su alrededor sin lograr su objetivo. Es sobrecogedor. Nadie le devuelve

la mirada. Nadie le hace el más mínimo caso. Todos tienen la vista fija hacia el respaldo del asiento delantero como si estuvieran abducidos. De repente, solo un par de filas más adelante a su izquierda, un asiento libre. No sabe por qué, pero siente un impulso incontrolable que le hace acelerar el paso hasta ponerse a su altura. El corazón le da un vuelco. Justo al lado de ese asiento libre está sentada la preciosa mujer con la que había coincidido antes. Tiene las piernas cruzadas, y la cabeza agachada mientras lee un libro, sin advertir la existencia de Aaron, que se ha cuadrado hacia ella y espera a ser visto, con su brazo izquierdo apoyado en el respaldo.

La mujer, que no se había percatado de su presencia, sin variar la posición, levanta la cabeza y la gira hacia él. Le examina con detalle y esboza una sonrisa agradable que le hace ponerse nervioso.

— ¡Ay hola! – dice la mujer sin dejar de sonreír al mismo tiempo que cierra el libro, pero manteniendo una de las manos en la página por la que va, para no perderse.

— Mmm… ¡Hola! – dice Aaron devolviendo una tímida sonrisa que se instala más tiempo del debido en su cara.

La mujer, sin dejar de mirarle, intenta aguantarse la risa cerrando la boca sin conseguirlo, soltando un ruido contenido interior que no llega a ser una carcajada.

— ¿Qué haces? – pregunta la mujer sonriente – ¿Quieres sentarte?

— ¿No hay nadie? – responde obviando la primera pregunta.

— Tú, si te sientas – apunta jocosa sin dejar de sonreír.

Se sienta lentamente, tratando de que no se le noten los nervios, sin conseguirlo. Para si mismo, piensa que es irónico que no le ponga nervioso hablar ante cientos de personas, o intervenir en la radio o en programas de televisión, pero con esa mujer parezca un novato. En su interior, intenta autoconvencerse de que se debe a la falta de costumbre y al tiempo que ha estado parado… aunque sabe que no es así.

— ¿Ya? – bromea ella.

Aaron pone cara de circunstancias y asiente, provocando que la bella mujer, ahora sí, suelte una carcajada.

— Soy Isabella. – espeta todavía riéndose mientras se lanza a dar dos besos a Aaron, que hace el gesto con su cabeza, pero vergonzoso, no se los devuelve.
— Yo Aaron. – responde levantando las cejas con una expresión entre asombro y extrañeza, superado por la situación una vez más en ese viaje. Pero esta vez no le molesta en absoluto. Está relajado al lado de esa mujer y ya ni siquiera piensa en todo lo que ha pasado ni en lo que puede pasar.
— Ya, Aaron Hidalgo. Si te conozco. – responde con seguridad.
— ¿Ah sí? – pregunta desconcertado, pensando en las anteriores personas que le han dicho lo mismo durante ese viaje.
— Sí. – hace una pausa corta que le genera nerviosismo – Siempre les pongo a mis alumnos tus charlas para tratar de inspirarles.

Aaron respira un poco más tranquilo. No quiere bajar la guardia, pero la verdad es que se siente muy a gusto con aquella mujer y no quiere ni imaginar que la situación vaya a enrarecerse como pasó las anteriores veces.

— ¡Muchas gracias! – exclama, sacando una sonrisa mucho más amplia, que sacude su recién estrenada timidez.
— Así que eres profesora. – dice, tratando de averiguar más sobre ella.
— Bueno, no exactamente. Soy psicóloga, pero ahora no ejerzo como tal. Estoy en un Máster de un Instituto de Empresa dando clases sobre psicología en el mundo laboral. – dice, cerrando el libro definitivamente y guardándolo en el compartimento delantero del asiento preparándose para una conversación más larga sin preocuparse por marcar la página por la que se había quedado.
— ¡Vaya! – exclama verdaderamente sorprendido – suena interesante.
— La verdad es que lo es. Lo que ocurre es que la mitad de mis alumnos no entiende por qué.
— ¿Qué no entienden? ¿la psicología o el por qué es interesante?
— Bueno, yo diría que seguramente no entienden nada. – los dos ríen al mismo tiempo de forma cómplice – pero me refería más

bien a por qué es interesante.

— Mmm... – murmura Aaron mordiéndose tímidamente el labio inferior, frunciendo el ceño y levantando la mirada hacia arriba, como si estuviese buscando una razón de peso.

— ¿Qué pasa, que tú tampoco lo tienes claro? – pregunta con una sonrisa pícara, medio en broma, medio en serio, a Aaron, que por primera vez en el viaje tiene la expresión de su cara calmada y está disfrutando de la conversación.

— Sí, por supuesto que tengo claro la importancia que tiene. – afirma dejando ver una mueca ligeramente traviesa.

— A ver… ¿por qué? – le pregunta con vacile.

La mira fijamente. Toma aire, y se prepara para responder.

— ¿Y por qué no? – expone leve y contundentemente.

— ¿Cómo? Eso no es una razón. – dice volviendo a sonreír mientras su voz suena mucho más cercana.

Aaron se lanza a completar su explicación:

— Verás. Entre las dos opciones, claramente hay una verdad, que es que la psicología es interesante, no solo en el mundo laboral, sino en todos los ámbitos de la vida. Y una mentira, que es que la psicología no sirve para nada. Todo lo que ocurre tiene un componente psicológico que va directo a nuestro cerebro y nos hacen entender las cosas que nos pasan, ser capaces de relacionarnos de formas lógicas, encarar situaciones, gestionar sentimientos… y así una larga lista. Así que está tan claro, que, si alguien tiene que buscar una justificación, deberían ser los que piensan que no es interesante.

Este sí es él.

Isabella le mira mientras pronuncia su sonrisa cada vez más hasta que le ocupa toda la cara, enseñando sus perfectos dientes blancos. Expresa una admiración total ante la ingeniosa respuesta de Aaron. Quiere hablar, pero en cada intento, no le terminan de salir las palabras, y con leves suspiros, vuelve al gesto de admiración inicial, como si de una página web que se ha quedado colgada se tratase y que, tras unos segundos de intento de carga, vuelve al inicio. Está

totalmente impresionada por la certera respuesta. Ella no lo habría explicado mejor. De hecho, no se le habría ocurrido explicarlo así, pero esas son las palabras exactas que utilizaría de ahora en adelante si le preguntasen.

— ¡Wow! – acierta a decir – Increíble. – continua, suspirando mientras agita la cabeza incrédula.– No sé qué más puedo añadir a eso.

Ambos, se miran fijamente a los ojos sin dejar de sonreír: Los dos están impresionados, pero por motivos diferentes: Ella por la rapidez de pensamiento y facilidad de palabra de Aaron, y él porque después de mucho tiempo, se ha vuelto a sentir imparable.

— Tiene que ser impresionante estar ahí dentro. – expresa Isabella con admiración.

— ¿Dónde? – le pregunta, sin entender a qué se refiere.

— En tu mente. – aclara ella de forma evidente.

Aaron cambia el rictus con inconformidad y arquea sus cejas, dándola a entender que no es así exactamente, antes de continuar:

— Últimamente no mucho, la verdad. – responde resignado.

— No me lo creo… ¿Por qué? – le pregunta extrañada.

— Digamos, que llevo un tiempo en el que no estoy todo lo bien que me gustaría. – explica de nuevo, pero sin hacerlo de forma clara.

A pesar de ser una persona cercana en el trato, siempre ha sido hermético y muy receloso de mostrar abiertamente sus sentimientos, por lo que nadie que no sea de su círculo más íntimo le conoce en profundidad. Aunque para muchos esto sería un obstáculo de cara a las relaciones con los demás, y más en una profesión como la suya, para Aaron no. Esa combinación de contrapuntos opuestos, le transforma en una de esas personas a las que les envuelve un halo de misterio que les hace atractivas y muy interesantes por ser en el fondo indescifrables. Su secreto siempre ha sido hablar poco de él y escuchar mucho de los demás, moviéndose perfectamente entre esos dos límites y haciendo sentir a cualquiera una fuerte empatía, aunque ni siquiera interactúen directamente, y un nivel de

entendimiento inusual que inspira al que está con él, haciéndole ver que son iguales, que le entiende y que realmente no hay distancia entre ellos. Es de esas personas que según conoces podrías decir convencido que es tu mejor amigo, pero que si te paras a pensar y analizas lo que sabes de él, incluso si coincides habitualmente en los mismos círculos, sería más bien poco e insustancial. Realmente sabes que no sabes nada de él, pero te sientes tan increíble a su lado que no te importa.

Aunque eso era antes de todo, antes de su caída a los infiernos donde se perdió. Desde ese día y en todo este tiempo, aunque no lo parezca, ni siquiera se ha molestado en tratar de encontrarse de nuevo. Ahora solo mantiene su lado inaccesible, no permitiendo a nadie que sepa nada de su vida, y ha olvidado su lado cercano que representaba perfectamente el equilibrio, el Yin y el Yan, y que le hacía único.

Pero esa mujer… Esa mujer le evoca emociones que creía olvidadas. A pesar de su evidente belleza, no es un sentimiento de atracción. Al menos no de atracción física como tal. Es algo más profundo. Como si tuviesen una conexión especial que hubiesen trabajado durante años. Algo que es completamente imposible, porque no la ha visto nunca antes. Pero está ahí. Y tiene el presentimiento de que a ella le ocurre lo mismo.

No sabe si es esa mujer, el extraño avión donde se encuentran, o todo lo que le ha ocurrido, pero en su interior siente un deseo irrefrenable de abrirse con ella sin tener claro por qué. Necesita hablar sin guardarse nada con esa des–"conocida". Ya no siente miedo por todo lo que está ocurriendo allí. Sigue queriendo una explicación, pero el orden de importancia ha cambiado. Todo ha pasado a un segundo plano desde que se ha sentado a su lado.

Tranquilo, aunque poco acostumbrado a estas situaciones, decide hablar sin tapujos.

—Sé que probablemente pienses que estoy loco, pero…–hace una pausa tomando aire, la mira un momento para volver a girar la

cabeza hacia el frente, y aprieta los labios mientras coge fuerzas para seguir adelante.

Antes de poder continuar, ella le interrumpe irremediablemente.

— Sientes que nos conocemos.

Aaron se detiene en su explicación, y se la queda mirando fijamente sin parpadear siquiera, con los ojos totalmente abiertos, como si hubiera visto un fantasma. Está completamente anonadado ante la frase que acaba de pronunciar Isabella. Como si le hubiera leído la mente.

— ¡Si! – es lo único que acierta a decir.

Con la mirada perdida, parpadea, inspira aire, levanta las cejas y gira levemente su cuello hacia el lado izquierdo donde se encuentra ella, tratando de salir de su asombro.

— ¿Tú también lo has sentido? ¿Cómo puede ser? – dice, dejando salir las preguntas que se agolpan en su cabeza.

— Porque es la típica frase que se dice cuando alguien se siente atraído por otra persona. – explica mientras esboza una sonrisa pícara.

— ¡Espera! – advierte preocupado y con semblante serio para que no le malinterprete. – no te he dicho eso con ninguna intención.

— ¡Ya lo sé! Solo te estaba tomando el pelo.

Isabella cambia la expresión de su rostro a una más seria, aunque manteniendo el toque de cercanía.

— La verdad es que yo también he sentido lo mismo. A veces las personas estamos conectadas, aunque no lo sepamos.

— Es que…–Aaron duda de nuevo.

— ¿Qué? – pregunta ella impaciente volviendo a sonreír por enésima vez.

Él también piensa que hay personas que están conectadas. Y de hecho sabe que esa mujer y él lo están, pero no puede evitar sentirse bien y mal al mismo tiempo por ello.

— Tengo mujer. – dice en tono serio, bajando la cabeza.

Ella pone la mano sobre su brazo para reclamar su atención, y mirándole a los ojos fijamente le tranquiliza.

— Sabes que no es esa clase de conexión.

Aaron la mira y después de pensárselo, le contesta con sinceridad.

— Es que siento contigo lo mismo que sentí con mi mujer cuando la conocí.

Lejos de asustarse, ella recibe la confesión como si ya la esperara, y pregunta enseguida segura de la respuesta:

— ¿Y ya no lo sientes?

— No lo sé. – hace una pausa – Hace mucho tiempo que solo siento dolor.

Le mira sintiendo una profunda pena por él. Ve a un hombre completamente destrozado en su interior. No articula una sola palabra. No hace falta. Sus ojos lo dicen todo.

— El dolor ha invadido todos mis sentimientos hasta matarlos. No me deja ser yo. Y me siento terriblemente mal por ello.

— Pero eso no es justo. Y no solo no es justo para ti. Tampoco es justo para la gente que te quiere. – dice, intentando hacer que reaccione y se dé cuenta de que no puede seguir así. – Imagínate estar al otro lado. Querer a alguien con todas tus fuerzas. Intentar que sea feliz. Intentar ser feliz. Y no poder. Ver como cada día se entierra en vida sin ser capaz de ayudarle. Eso es muy duro.

Aaron permanece inmóvil sin decir nada, como si intentase procesar lo que le está diciendo, pero no lo consiguiese.

— Lo sé. – dice avergonzado agachando la cabeza, para después con los ojos llorosos continuar.– Antes no era así. Antes todo estaba bien. Pero todo cambió con la muerte de mi padre. No estuve a la altura. Él siempre estaba para mí, y cuando me necesitaba, no estuve. Últimamente tenía tanto trabajo que apenas sacaba tiempo para vernos. Y cuando lo hacíamos era corriendo y porque le pedía algún favor como que me llevase a algún sitio o sacase al perro. Fui muy injusto. No me di cuenta

de que el tiempo pasa. Y de repente, la vida me lo quitó. Desde entonces no hay un solo día que no me sienta culpable. No hay un solo día que no me acuerde de él. De todo lo que me enseñó. Y de que lo hice tan mal que se fue sin que supiese todo lo que le quería.

— Seguro que lo sabía. – dice cálidamente mientras le agarra la mano.

— Hay veces que no basta con eso. Hay que demostrarlo y no lo hice. – asevera consternado – Con mi madre lo intenté. Pero el peso era ya muy grande. Además, el tiempo no jugó a mi favor y a los pocos meses murió de pena. En ese momento, me quedé sin fuerzas. Y dejé todo. Traté de retomar el control de mi vida y decidí centrarme en lo que más quiero: mi mujer y mi hija. Pero tampoco supe hacerlo. Yo, que las debería haber puesto en el centro. Haberlas cuidado. Haberlas protegido. Me centré más en mí que en ellas. En intentar estar bien yo. Sin darme cuenta de que segundo a segundo, las estaba consumiendo la energía. Les estaba robando la alegría. No lo hice a propósito. Nunca les haría nada malo. Pero mi cabeza no estaba allí. Estaba en un lugar muy oscuro del que no sabía salir. Tan oscuro como este avión. – hace una pausa para continuar con su explicación – Todavía a día de hoy, sigo sin ser yo. Te juro que lo intento con todas mis fuerzas, pero no puedo.

Se hace un silencio por unos segundos entre los dos. Sin decir nada, ambos saben la frase que viene a continuación:

— Hablando contigo ha sido la primera vez en muchísimo tiempo que he notado algo diferente. Que he visto algo de mí. De lo que era. Y eso me desconcierta.

— ¿Por qué?

— Porque no tenía esperanzas de volver a ver esa versión mía en este viaje.

Hace una pausa solemne que permite casi oír el silencio, antes de continuar:

— Y porque ha sido contigo. – dice casi susurrando.

Isabella le mira apesadumbrada. No dice nada, pero él puede sentir la desilusión en su cara ante sus palabras.

— Perdona, no me he explicado bien. Lo que quiero decir es que siempre pensé que, si alguien podía hacerme ser yo otra vez, sería mi mujer.

Se hace un silencio desgarrador entre ellos. Por primera vez las palabras no fluyen y las miradas se cortan sin llegar a alcanzar al otro. Aaron tiene sentimientos encontrados, y en su cabeza se entrelazan pensamientos confusos. Tras varios segundos sin decir nada, ella trata de retomar la normalidad:

— Bueno, da igual como haya sido. Lo importante es que te has vuelto a sentir así. ¿No? – dice como si no hubiese oído os últimos segundos de la conversación.
— No es tan fácil. – responde resignado.
— ¿No?
— No.
— ¿Por qué?

Aaron guarda silencio ante su insistencia. Lo normal sería pensar que no entiende que sea tan fácil salir del pozo en el que ha estado durante tanto tiempo por el simple hecho de en un momento puntual, haberse sentido él de nuevo. Pero la verdad es que eso no es lo que le preocupa. De hecho, siente que volverse a encontrar de nuevo, era lo que le hacía falta, por muy breve que haya sido, y que en realidad sí que ha podido ser un cambio hacia la recuperación de su yo anterior. Sin embargo, el motivo es lo que le hace estar serio y distante. Es como si tras mucho tiempo a la deriva, en medio del mar y sin ver tierra, alguien le hubiese lanzado un salvavidas, pero no sabe si quiere agarrarse a él. Intenta disimular, pero la conexión que hay entre ambos juega en su contra.

— ¿Qué pasa? ¿Piensas que ha sido algo momentáneo?
— No, no es eso.
— ¿Entonces?

Permanece callado con la mirada hacia abajo.

— El problema soy yo. ¿Verdad? – deduce ante el silencio que gobierna gran parte de la conversación.

— Sientes que no ha sido algo sin importancia. Te has encontrado bien de verdad. Pero te sientes realmente mal por tu mujer. Como si lo que tenéis hubiese acabado en el momento en que te has vuelto a sentir tú conmigo – explica, como si pudiera ver lo que hay en el interior de su cabeza.

Sabe que es imposible resistirse a coger ese salvavidas, pero aún así intenta entender que le está ocurriendo. Las teorías vuelan por su mente. No hay ningún tipo de lógica a lo que le ha pasado que no sea que se ha enamorado de esa mujer. Pero nadie se puede enamorar de otra persona en unos minutos por mucha conexión que exista entre ellos. Lo que siente trasciende al físico, y es precisamente lo que le preocupa. Aún así, intenta imprimir algo de cordura.

— Si, algo así. – dice intentando aparentar que no está convencido del todo.

Isabella le mira con desaprobación sin terminar de creérselo.

— Mira, lo único que sé es que llevo mucho tiempo sintiéndome como una mierda y sabiendo que hago sentir así a toda la gente que quiero. Estando en un agujero del que ni sé salir, ni veo la salida y sin lograr ser ni un ápice de lo que un día fui y que asombró al mundo. En definitiva, llevo mucho tiempo sin ser yo. En todos estos años lo he intentado todo, pero nada me devolvía a mi yo original. Y de repente, sin querer, en un vuelo en el que pasan cosas extrañas todo el tiempo, me encuentro contigo y me vuelvo a sentir como hacía mucho tiempo que no lo hacía. De repente todo empieza a funcionar. Sé que no hemos hecho nada, pero no me deja estar bien completamente que, sin apenas conocernos, me recuerde tanto lo que me haces sentir a lo que sentía antes con mi mujer. Me destroza la cabeza.

Isabella que le ha mirado atentamente durante toda la explicación le interrumpe.

— Aaron, eres muy especial, pero hay algo que no entiendes. Te ocurre lo que a la gran mayoría de las personas. No sabes distinguir entre el momento y el todo. – dice volviendo a recuperar el tono cercano que había perdido en los últimos minutos.

— ¿Qué? No entiendo que quiere decir eso.

— Es sencillo. El problema es que tú solo estás pensando en que yo te he hecho sentir así. Eso ha sido el momento. Pero como has dicho, ya llevabas mucho tiempo intentando volver a ser tú, trabajando en ello. Y no lo hacías solo. Tu mujer y los tuyos estaban ahí, día tras día, decepción tras decepción, construyendo la escalera que te acercaba más a tu objetivo, aunque no eras consciente de ello. Ese es el todo. Sin todo ese trabajo continuo que ya habías realizado, el momento de volver a sentirte como antes no habría llegado.

Una vez más, queda impresionado por aquella mujer. No solo es preciosa, sino que desprende un carisma que sería capaz de convencer a cualquiera sin lugar a duda de que lo que dice es la verdad absoluta sin admitir ningún tipo de discusión.

Reflexivo, permanece callado analizando en su cabeza cada frase que ha salido de su boca. La verdad es que después de escuchar su explicación y observar como las palabras iban cayendo en el sitio exacto hasta formar un amasijo de pensamientos sin fisuras, se siente un poco más tranquilo.

— "Tal vez es cierto que todo el trabajo ha tenido sus frutos. Además, en este avión ocurren cosas que no se explicar y que tal vez ha tenido algo que ver" – piensa para sí mismo.

Tras casi un minuto sin decir nada por ninguna de las dos partes, ella interrumpe sus pensamientos:

— De todas formas ¿piensas que es posible?

— ¿El qué? – pregunta desconcertado sin entender bien a qué se refiere.

— Desenamorarte de tu mujer así de fácil.

Aaron siente como su corazón cambia de ritmo al oír esa frase como si le hubieran dado una descarga eléctrica directamente en el pecho.

— ¡No, claro que no! – responde ofendido.

La mujer continúa observándole con detenimiento, sin apenas pestañear, sin mover ni un músculo de su cara, como si quisiera presionarle para que no dudara ni un segundo de la respuesta que le acaba de dar.

— Ok, porque por un momento pensé que te habías vuelto loco.

La mira extrañado ante esa afirmación, mientras espera expectante a la explicación.

— Me parecería realmente extraño que te puedas desenamorar de alguien con quien has compartido todo, por el hecho de coincidir unos minutos conmigo. Quiero que me entiendas bien: Soy plenamente consciente de la situación, y es verdad que existe una conexión muy fuerte entre nosotros. Yo también la siento. Pero conmigo como tal, no has vivido ninguna de las cosas que han marcado tu camino y que te han hecho ser como eres. No es posible comparar ambas situaciones.

— El momento y el todo… ¿recuerdas?

La expresión de aquella increíble mujer ha ido mutando durante la explicación hasta alcanzar un tono con el que se siente muy a gusto nuevamente.

Vuelve de nuevo a estar sorprendido con ella, que por enésima vez escoge en sus intervenciones las palabras exactas en el momento exacto, como si supiese que tiene que decir para hacerle sentir mejor ante la marabunta de emociones que le golpean en cada suspiro.

De repente, y como si no hubiese acabado su explicación, ella da un giro inesperado y quebranta su aparente tranquilidad.

— Aunque también puede ser que lo que teníais tu mujer y tú murió hace ya mucho tiempo y has estado escondiéndote en tu depresión para no afrontar la situación. Hasta un punto en que lo más cómodo ha sido vivir de esa manera, y te has acostumbrado a sentirte mal en ese pozo oscuro de dolor, para

no dar explicaciones a nadie, porque en el fondo sabes que, de alguna forma, no serías capaz de estar sin esa red de seguridad que es ella.

No se cree lo que acaba de escuchar. Al oírla decir eso, todo se ha revuelto en su interior dándole incluso náuseas. Ahora, siente rabia y dolor por las palabras de aquella cambiante mujer, que hasta entonces no creía capaz de revolverle de aquella manera.

— ¡Cállate! – grita enrabietado – No tienes ni idea de lo que dices. Lo que tenemos mi mujer y yo es increíble y no lo podría tener con nadie más ni coincidiendo en diez vidas. Ella es la persona más buena que existe. Ha aguantado lo imposible para estar conmigo y ha tirado de mi en los peores momentos. No la conoces, no tienes derecho a hablar de ella.

Hace una breve pausa para tragar un poco de la rabia que tiene dentro tras oír las últimas afirmaciones de aquella ahora "desconocida" mujer, y que intenta escupir a borbotones en forma de sentimientos.

— Desde que nos conocemos, nuestra historia ha sido como si alguien la hubiese escrito así para nosotros. Como si hubiera pasado mi vida esperándola sin saberlo. Todavía me acuerdo de la primera vez que la vi. Fue en una de las fiestas que organizaba. Estaba al fondo del local y desde la entrada se veía como todos se agolpaban a su paso. Ella iba con sus amigas, eran espectaculares, pero parecían invisibles a su lado. Yo no podía dejar de mirarla. Brillaba. Y ella, mientras la paraban a cada paso para intentar hablarla, me miraba como si no les estuviese haciendo el más mínimo caso. Era como si toda esa gente que estaba intentando captar algo de su atención, simplemente estuviesen allí de adorno, para aparecer en nuestra historia como si de extras de una película se tratara, porque el destino había querido que justo en esa fiesta y en ese instante, nos conociésemos y empezásemos una historia de amor preciosa. Nuestra conexión era electrificante y desde el primer momento ambos sentimos que estábamos hechos para estar juntos toda la vida. Con su primera mirada me di cuenta

de que sería la definitiva. No hizo falta saber más el uno del otro, porque algo en nuestro interior nos decía que juntos éramos perfectos, y lo seríamos siempre. Estuvimos hablando toda la noche: de dónde veníamos, de cuáles eran nuestras inquietudes, de nuestras familias… De lo único que no hablamos era de los planes que teníamos, porque desde el primer "hola", sabíamos que fuesen los que fuesen, ocurrirían estando juntos. Después la acompañé a casa, sabiendo que no había otra opción que pasar la vida uno al lado del otro. Nos intercambiamos los teléfonos, y al despedirnos, nos dimos nuestro último primer beso. Fue tan perfecto y me hizo sentir tanto, que hasta hoy, muchos años después, lo sigo recordando como uno de los momentos más emocionantes y felices de toda mi vida.

Pasan los años y con ella me pasa algo que nunca antes había sentido y que no creo que habitualmente la gente experimente. Muchas veces la miro fijamente, pero no me paro en sus ojos, ni en su piel, sino que miro más adentro, hasta el punto de ver su preciosa cara de una forma muy diferente a lo que es normalmente. Ocurre porque estoy llegando a ver su alma, y eso la transforma por completo de una forma mucho más bonita, si es que eso es posible. Entonces me detengo, y al mismo tiempo intento tomar consciencia sobre mí mismo, y reflexiono sobre lo que estoy sintiendo al hacerlo. Pienso en la relación que compartimos y siento cosas muy difíciles de explicar, porque justo en ese momento soy consciente de que ella está ahí para mí. Podría haber elegido a otro, quizás mejor que yo, más inteligente, más atractivo, aunque no que la quiera más. Eso es imposible. Pero no, tengo la increíble suerte de que me ha elegido a mi entre la inmensidad de personas que darían su vida entera por estar un solo segundo con ella. Por estar un solo segundo en mi lugar. Y sin embargo, ella ha querido darme su vida entera. En ese momento me siento tan afortunado, que no soy capaz de entenderlo, me siento sobrepasado. Y al mismo tiempo siento miedo. Miedo de perderla y que mi vida nunca vuelva a ser completa.

Durante todo este tiempo, hemos pasado momentos tan buenos, de una felicidad absoluta, que no podría describirlos, aunque lo intentara con toda mi alma, porque cualquier palabra que pudiese pronunciar, no haría justicia al sentimiento que quiero expresar. Y también hemos pasado momentos muy malos. – hace una pausa mientras intenta coger fuerzas para seguir sin venirse abajo – Desde hace ya un tiempo en todos soy culpable. Ambos lo sabemos, pero nunca me ha hecho ni un solo reproche. Ella siempre ha estado ahí. Sin dudar. Sabiendo perfectamente que había que hacer para seguir adelante. Sacando fuerzas para mantener todo lo que habíamos construido a flote. Sola. Aunque le costase la vida. Siento con toda mi alma no haber estado a la altura y no haber sido capaz de darle lo mismo que ella me ha dado, pero eso no significa que no la quiera. Puede que nuestra relación no sea tan perfecta ahora. Pero llevamos toda la vida juntos y desde el primer momento, no ha pasado un solo día en que no dé gracias por haberla conocido. La amo con todo mi corazón. Me completa y tengo muy claro que, sin ella, no sería quien soy.

—Así que no te permito que digas que lo que hay entre mi mujer y yo ha muerto. Ni que insinúes que estoy con ella porque es lo cómodo. Podrán pasarnos mil cosas, pero lo que sentimos es tan fuerte que nunca va a morir.

—¿Te ha quedado claro?

Aquella mujer, que le ha mirado intensamente durante toda la exposición sin perderse un solo detalle, ha ido cambiando la expresión seria y preocupada de su cara, hasta esbozar una sonrisa de aprobación que Aaron no sabe cómo interpretar.

—¿No ves?

Dice sin dejar de sonreír mientras le guiña un ojo, algo que descoloca aún más a Aaron, si es que eso es posible.

En ese justo instante, un fuerte latigazo sacude la cabina de forma violenta haciendo incluso que sus cuerpos se despeguen levemente de los asientos, obligando a los cinturones de seguridad a hacer su trabajo. Después de todo el viaje sin un solo movimiento, lo más

normal es que la enorme sacudida les hubiese hecho estar alerta. Pero a Aaron lo único que le preocupa ahora es aquella mujer. No puede apartar la mirada de ella, y solo se pregunta como incluso ante esa enorme sacudida, no ha dejado de mirarle de una forma tan profunda ni un solo instante. Cómo es posible que su rostro no haya cambiado ni un ápice la expresión que tenía antes del golpe, como si estuviese congelada, con una media sonrisa que, inexplicablemente y a pesar de todo, en el fondo le transmite tranquilidad.

Aun sonriendo y con una mirada mucho más profunda que en los últimos minutos y que le atraviesa las pupilas, Isabella se inclina hacia Aaron, provocando que él también se acerque y le dice casi susurrando:

—Lo mejor siempre está por llegar.

Se aleja y la observa sin dar crédito a sus palabras, quedándose sin respiración.

En ese preciso instante, el avión comienza a moverse sin ningún tipo de control, como si hubiese entrado en una zona de turbulencias, que le agita con tanta fuerza que parece que estuviese atravesando el ojo de un huracán. Intenta hacer fuerza apoyando su espalda contra el asiento como si tratase de fundirse con él mientras se agarra con fuerza a los reposabrazos. Su cara denota una expresión de dolor mientras aprieta los dientes y achina sus ojos intentando soportarlo. Nunca antes había vivido algo así. Las luces comienzan a fallar dejando el interior prácticamente a oscuras. Los maleteros se abren permitiendo caer los equipajes, que golpean contra la cabina destruyéndola en cada impacto. Más adelante, varios asientos comienzan a desprenderse de las sujeciones del suelo, y golpean violentamente con el techo hasta partirse por la mitad quedando los trozos esparcidos por el piso. Mientras tanto, el resto de los pasajeros siguen en sus asientos tan solo sujetos por los cinturones, que evitan que salgan volando a su suerte, pero no así que sean golpeados con violencia por todas las partes desprendidas que flotan imprevisiblemente por el habitáculo creando una masacre. Fuera ya no hay ni rastro de esa neblina gris–rojiza que le ha acompañado

durante todo el viaje. Esta ha dado paso a una oscuridad tenebrosa que lo envuelve todo y que solo se ve quebrada por los relámpagos que rompen aterradoramente cerca. Intenta tomar consciencia de la situación, pero no puede ver nada con claridad. Como si desde que esa extraña mujer dijo su última frase, la desproporción de todo lo que está ocurriendo, saturase su cerebro, que no es capaz de procesar tanta información. Todo parecen fogonazos de diapositivas de una película horrible en la que está inmerso. Se entremezclan secuencias donde todo está oscuro, con otras donde el exceso de movimiento no le permite ver nada nítidamente. De improviso, los golpes cesan y dan paso a una décima de segundo de calma que continúa de inmediato con una caída libre que baja el morro del avión hasta colocarlo de forma casi totalmente vertical. Se siente la enorme velocidad de caída y el exterior comienza a silbar fruto de la resistencia de la nave contra el aire que corta a su paso. La cabina comienza de nuevo a vibrar de una manera que es imposible aguantar. Después de tan solo unos segundos sin prestar atención a aquella mujer, vuelve la vista hacia ella. Esta continúa mirándole imperturbable. Parece ajena a todo lo que está pasando, como si no estuviera allí realmente. No cambia ni un ápice la expresión tranquila de su cara, mientras clava sus ojos en él, casi sin pestañear. A su alrededor, todo es caos. La situación está completamente fuera de control y aunque no tiene miedo, siente que es el fin. En mitad del desplome y con un sonido ensordecedor, Aaron gira su cabeza y mira fijamente de nuevo a la mujer como si quisiera que esa fuera su última imagen. Ella, con las manos apoyadas en los reposabrazos y sin apartar su mirada, empieza a agitar su cabeza como si estuviera loca, fuera de sí. Su cara comienza a desfigurarse, los ojos se salen de sus cuencas y la boca se tambalea hacia ambos lados de la cara dejando mostrar sus dientes, creando una mueca que le impresiona y asusta al mismo tiempo. De repente, las luces se apagan durante un par de segundos. La caída no cesa. Vuelven a encenderse, pero esta vez comienzan a flashear como aquellas de las pistas de baile de las discotecas que entrecortan las imágenes en movimiento dando como resultado una película a la que le faltan fotogramas. La mujer no deja de moverse. No tiene ningún tipo de control sobre su

cuerpo. Parece que está poseída y que lo único que le impide salir despedida es el cinturón. Aquella antes preciosa cara que no para de moverse a gran velocidad, dibuja unas formas extrañas que le hacen parecer una mujer decrépita de aspecto demoniaco. Ya no se aprecian esos increíbles ojos, sino que ahora parecen dos agujeros oscuros donde asoman unos globos oculares completamente blancos. Ya no sonríe de la misma manera. Se ha deformado hasta convertirse en una imagen terrorífica y sus dientes han pasado de ser perlas blancas y redondeadas a puñales puntiagudos y afilados. Las luces se apagan de nuevo por completo dejando todo a oscuras. El ruido exterior de la cubierta golpeando contra el aire se agudiza hasta alcanzar un tono insoportable, dejando notar que el suelo se encuentra realmente cerca. Ahora sí parece el final. El avión sufre un fuerte impacto, y Aaron pierde la consciencia.

CAPÍTULO 8
"ocho"

Silencio. Mucho silencio. Es lo primero que percibe después de la caída. Está desorientado. No sabe qué ha pasado realmente, ni si tiene algún hueso roto o una herida grave que deba preocuparle. Todavía no ha tratado de mover ni un solo músculo y permanece en la posición en la que ha vuelto en sí. Tiene el cinturón abrochado, y se encuentra inclinado hacia delante con el lateral izquierdo de su frente apoyado sobre el respaldo delantero y los brazos colgando sin tensión hacia los lados de ambas piernas. Aún no ha abierto los ojos. Tiene miedo de hacerlo y encontrarse un escenario desolador. Aún así, es consciente de que no tiene muchas más opciones. Suspira sufridamente varias veces, intentando sacar fuerzas de cualquier resquicio de su cuerpo, y lanza sus párpados hacia arriba como si de un ejercicio de *press* se tratara, pero solo consigue abrir una ínfima ranura por donde no es capaz de apreciar el lugar en el que se encuentra. Los parpados le pesan demasiado, como si alguien estuviese tirando de ellos con fuerza hacia abajo. Aun con los ojos cerrados, decide cambiar de estrategia y emplear la poca energía que le queda en intentar incorporarse. Así que levanta los brazos con dificultad y apoya las palmas de las manos en el respaldo del asiento delantero, haciendo fuerza hasta conseguir incorporarse. Ya con la espalda apoyada totalmente en el respaldo de su asiento, pero con los ojos aún cerrados, intenta mover las piernas que van reaccionando poco a poco, cogiendo cada vez más consistencia. Parece que su cuerpo comienza a funcionar de nuevo. Solo le falta ser capaz de abrir sus ojos para ser plenamente consciente de la situación. Le duelen, pero no puede permanecer más tiempo a ciegas. Así que esta vez los aprieta, cerrándolos con fuerza, y tras

varios segundos, los abre con toda la energía que puede, haciendo que se abran por completo. Mantiene la mirada al frente, y va consiguiendo enfocar lentamente la imagen. Permanece con la cabeza inmóvil, y solo sus ojos se mueven a ambos lados intentando adivinar formas. Se imaginaba una situación devastadora con todo totalmente destruido, pero para su sorpresa, el avión está intacto. Los maleteros cerrados, todos los asientos en su sitio, y ni un ápice de destrucción de la cabina. Como si nada hubiera pasado realmente. Solo hay dos cosas que han cambiado: ese lado del avión estaba lleno de personas, y ahora se encuentra completamente vacío. No hay ni rastro de los pasajeros que ocupaban los asientos, ni tampoco de la mujer con la que había estado hablando justo antes de que cayesen. Y la otra es, que vuelve a haber una oscuridad aterradora, como la que le había acompañado justo antes de entrar en ese compartimento. No entiende nada. Se encuentra más desconcertado si cabe que cuando aún no había abierto los ojos. Justo antes del accidente, la cabina estaba destrozada, y ahora no existe ninguna señal de que allí haya ocurrido nada. Se desabrocha el cinturón torpemente y se levanta hacia su lado derecho apoyándose en el brazo del asiento con una mano y en el respaldo delantero con la otra hasta erguirse casi por completo. Todavía con la mano en el respaldo delantero, gira la cabeza echando un vistazo rápido a la fila de asientos que se encuentran a su derecha. Algo le llama la atención. Su expresión muta en asombro mientras frunce el ceño como si no pudiera creer lo que está viendo. Se acerca ese lateral donde se encuentra la fila de asientos y sube su rodilla al que está más cerca de él, apoyándose con las manos a los espaldares de los asientos de ambos lados y aproximando su cabeza a la ventanilla con incredulidad:

— Pero… – dice en voz baja con asombro para sí mismo permaneciendo inmóvil, totalmente incrédulo por la estampa que tiene ante él.

La niebla gris–rojiza ha vuelto, y no se aprecia un solo signo de que el avión se encuentre en tierra y ni mucho menos que hayan sufrido un accidente. Vuelve a percibir esa calma intranquila que le había

acompañado desde el principio y de la que se había olvidado desde que accedió a ese departamento. Y eso le aterra.

Retrocede situándose en el pasillo de nuevo para decidir qué hacer. Mira hacia la parte trasera, algo que no había hecho desde que había despertado allí, y vuelve a sobrecogerse. Donde antes estaba la cortina y el pasillo por el que había accedido a ese habitáculo, ahora se encuentra un amasijo de hierros fundidos los unos con los otros, formando una imponente pared desde el techo hasta el suelo y que no le permite retroceder. Permanece estático en el pasillo. Gira la cabeza y mira vacilante hacia la parte delantera del compartimento para ver si ha ocurrido lo mismo, pero la oscuridad oculta esa zona. El miedo vuelve a recorrer su cuerpo haciéndole sentir vulnerable. Aún así, reúne como puede las fuerzas, que va recuperando poco a poco, y decide aproximarse al amasijo de hierros para verlo más de cerca. Con paso cauteloso, se aproxima a la parte trasera hasta encontrarse a solo un palmo de la pared. La toca, empujándola con ambas manos para comprobar si es tan robusta como parece a simple vista. Lo es. Hace varios intentos para tratar de moverla, pero no se desplaza ni un ápice. Como si siempre hubiese estado ahí. Además, está fría. Gélida. Como si fuese la pared de una cámara frigorífica. Y cada vez que la toca, siente que ese frío se le mete en el cuerpo y va conquistando a toda velocidad partes de él. Desde las manos, hasta los brazos, el tronco y las piernas. Hace un último intento, y se acerca quedándose solo a un palmo de esta, mientras apoya su oreja contra ella para tratar de escuchar el otro lado. Nada.

— Por aquí es imposible. – murmura mirando la pared al tiempo que retrocede con un paso hacia atrás separándose de ella.

Al girarse, el corazón le da un vuelco. A tan solo unos metros, donde la oscuridad no deja ver más, se adivina una forma de alguien que no logra distinguir, mirándole impasiva. Parece una mujer mayor, de corta estatura y con un vestido negro que le cae hasta el suelo. Lleva un velo que oculta su pelo y su rostro, haciéndola todavía más intimidante, y aunque no puede ver sus ojos, siente como le está mirando. Imperturbable. Desafiante.

Después de unos segundos, todavía con las piernas temblorosas, decide intentar comunicarse con ella.

— Hola. ¿Cómo esta? ¿ha sentido usted el golpe? ¿se encuentra bien? – pregunta intentando disimular su titubeante voz.

La mujer no responde ni hace ningún amago de reaccionar a sus preguntas, permaneciendo en la misma posición que al principio.

Ante la impasividad y la falta de reacción de aquella inquietante figura, decide, no sin miedo, dar un paso hacia ella.

Al tiempo que avanza, la figura retrocede en igual medida de una forma fantasmagórica, como si no le hiciese falta mover los pies. Aaron no entiende por qué esa figura se aleja de él cada vez que intenta acercarse, y siente como el miedo comienza a expandirse por todo su cuerpo cual virus, hasta el punto de hacerle moverse de una forma torpe y descontrolada. Con mucha dificultad, Aaron vuelve a avanzar hacia la perturbadora figura que tiene ante él, con el objetivo de poder verla con más claridad, pero el resultado es el mismo. Cada paso que avanza, la mujer responde alejándose, imitando su movimiento en distancia y velocidad hasta perderse en la oscuridad. Aaron progresa de nuevo para tratar de verla, pero no hay ni rastro de ella. Se ha esfumado.

De repente, percibe una presencia a su espalda, a la par que un frío desgarrador que le atraviesa hasta llegar a los huesos. Ni siquiera le da tiempo a girarse cuando la extraña figura que perseguía, le agarra del pecho abrazándole, lo que le provoca un dolor insoportable en forma de descarga eléctrica que le martillea desde la piel hasta los órganos como miles de punzones afilados. Nunca había sentido un dolor igual. Intenso. Interminable. Intenta gritar, pero no le sale la voz. Un pitido agudo y doloroso, como el de los silbatos de los perros, es lo único que escucha taladrándole los oídos de forma constante. Intenta zafarse del abrazo de aquella "bestia", pero no siente ni su propio cuerpo. No puede soportarlo más. Solo quiere que el dolor acabe. De la forma que sea. Sin esperarlo, le suelta, desplomándose como un peso muerto en medio del pasillo, y quedándose tumbado boca arriba, inconsciente y sin poder moverse.

Tras solo unos segundos, vuelve en sí su mente, pero no su cuerpo, que permanece paralizado en la posición en la que se desmayó. Abre los ojos, y sin poder mover la cabeza, los retuerce en todas direcciones tratando de ver a aquella mujer que le ha agarrado por detrás. No lo consigue, pero para su asombro, y hasta donde le alcanza la vista, se percata de que todos los asientos que había allí han desaparecido. El compartimento está totalmente diáfano, y lo más desconcertante es, que no hay signos de que no haya sido así alguna vez. Ni rastro de los asientos que ocupaban casi la totalidad del espacio. Tampoco de los maleteros que se situaban en la parte superior junto al techo. Parece una habitación de aislamiento. Lo único que no ha cambiado es la moqueta sobre la que yace inerte pero consciente. Las ventanillas también siguen allí. Al igual que la niebla del exterior, haciéndole tener una extraña sensación de falsa paz de que al menos algo es conocido, ante el miedo que se apodera de él a cada instante que pasa. Mientras tanto, intenta moverse sin conseguirlo.

En mitad de todos los infructíferos esfuerzos, escucha una voz que proviene justo del ángulo que se encuentra detrás de su cabeza y que no alcanza a ver. Es de una mujer mayor. Muy mayor. Pero lejos de ser afable, suena contundente y amenazadora.

— No pareces estar bien. – dice tensando la situación.
— ¿Quién es? – pregunta desconcertado a la voz.
— ¿Y tú?

Se hace un silencio mientras duda si contestar. Finalmente entiende que no tiene muchas más opciones.

— Me llamo Aaron – dice gritando desesperado.
— Hola Aaron. – responde la mujer interrumpiéndole.
— ¿Es usted la mujer que…?
— ¿Qué mujer? – vuelve a interrumpirle.
— Justo después del accidente me he despertado y ha aparecido una mujer. ¿Es usted?
— ¿Accidente? ¿De qué accidente hablas?
— Del que ha habido. – explica desesperado.

Se hace un silencio.

—¿Has mirado fuera? – pregunta la anciana.

— Sí, he mirado. Se que estamos en el aire, pero le juro que el avión se ha estrellado.

Vuelve a hacerse otro silencio, esta vez sin respuesta.

— Se lo que parece. – intenta explicarse ante la misteriosa presencia. – Sé que pensará que estoy loco, pero aquí han estado pasando cosas muy extrañas durante todo el viaje.

—Ya.

No ver a esa extraña mujer le produce desconcierto, por lo que no sabe interpretar esa respuesta. Tal vez sea porque piensa que está loco, o tal vez porque de alguna forma le da la razón y lo que está pasando allí no tiene ningún tipo de sentido. O quizás ella ha sido la que ha provocado todo y simplemente está jugando con él. En cualquier caso y aunque no vaya a solucionar nada, necesita ver la cara de aquella voz que le crea tanto desconcierto.

— ¡Escuche! – exclama con desasosiego. ¿Puede moverse para que pueda verla? Es muy incómodo hablar con alguien sin verle la cara.

La mujer no contesta

—Por favor, al menos ayúdeme a levantarme. No puedo moverme.

—Será mejor que no te toque.

—No tranquila, no ha sido del accidente. – intenta explicarse – Ha sido después.

—Lo sé. – responde, haciendo que a Aaron se le ericen todos los pelos de su cuerpo.

—¡Eres la mujer que me ha hecho esto! ¿Qué me has hecho? ¿Por qué no puedo moverme?

Vuelve a hacerse un silencio. Aunque no puede verla, sabe que está ahí, de pie, justo detrás de él. Siente su presencia que emana un frio desolador que le cala hasta las entrañas.

—¿Quién eres? – grita abatido–¿Qué está pasando?

No contesta. Cada vez que deja de gritarle, lo único que se escucha es la respiración exagerada y los latidos acelerados de Aaron a lo largo de los segundos que se hacen interminables.

—¿Eres buena persona? – interrumpe la anciana.

—¿Qué? ¿De qué está hablando?

—¿Te consideras una buena persona? – repite.

Ahora es él el que guarda silencio mientras continúa inmóvil en el suelo, a los pies de aquella misteriosa figura. No sabe por qué le pregunta eso, ni lo que debe responder.

—Sí, … supongo. – responde entre sollozos.

—¿Supones? Todo el mundo sabe si es buena persona o no lo es. ¿Lo eres o no?

— ¿Por qué me pregunta eso? – dice casi llorando, mientras intenta moverse sin poder conseguirlo.

—¿Sabes lo que es el karma?

—Sí.

—¿Y crees en él?

—Sí. – responde vacilante.

—¿Por qué?

No entiende nada. No tiene ganas de contestar, no tiene ganas de seguir con la conversación. Solo quiere poder moverse y que todo termine, pero no le queda más remedio que seguir a merced del interrogatorio sinsentido al que le está sometiendo esa inquietante voz, con la esperanza de que quiera ayudarle y no hacerle más daño, algo que se le ha estado pasando por la cabeza desde que estando en el suelo, inmóvil, se dio cuenta de que no estaba solo.

Aun así, coge fuerzas y contesta.

— Si haces cosas buenas, te pasarán cosas buenas, y si haces cosas malas, te pasarán cosas malas. Eso es el karma. Por eso me esfuerzo en ser una buena persona. – explica angustiado sin saber que le puede traer esa explicación.

—Ya. – vuelve a decir de nuevo la siniestra anciana mascullando sus palabras. –

—¿De verdad piensas que funciona así?

— ¿Qué?... Sí. – responde desconcertado.

— Lamento decirte que no. – hace una pausa que eleva el nivel de atención de Aaron, que espera la explicación con desconfianza. – El karma existe, y es verdad que es un equilibrio entre las cosas buenas y las malas, pero no como lo entendéis. Realmente es como el yin y el yan. – aclara con un tono siniestro y sosegado–Un equilibrio perfecto entre lo positivo y lo negativo. Si todo es bueno o todo es malo. No existe dicho equilibrio.

— Pero eso no tiene sentido. – espeta Aaron compaginándolo con una respiración angustiosa.

— ¿No lo tiene?

— No, porque si fuese así, daría igual que la gente fuera buena o mala. – razona intentado desmontar la teoría de la anciana.

— Eso es exactamente lo que estoy diciendo.

Aaron queda sin respuesta por unos segundos, intentando asimilar lo que acaba de escuchar. Su expresión es seria, tiene la boca cerrada con los labios apretados. Mira a todos lados intentando encontrar algo de clarividencia mientras inhala aire por su nariz, hinchando su pecho en cada respiración de forma exagerada. Su cara denota que no entiende lo que le está intentando decir. Haciendo un esfuerzo, intenta seguir firme en su razonamiento anterior.

— Pero hay gente a la que le sale todo bien y a gente que no. Así que lo que dice no puede ser.

La mujer prosigue con su explicación.

— Para que todo funcione, el número de cosas buenas y malas debe estar equilibrado. Ese equilibrio debe darse en cada persona, pero en algunas ocasiones ocurren excepciones. Y se debe igualar ese número. Por lo que a alguien al que le pasen cosas buenas, debe ser contrarrestado con alguien al que le pasan cosas malas.

— ¡No! ¡No! ¡No! – niega con desesperación.

— ¿No?

— ¡No! – exclama una vez más con mucha más contundencia.

Después de ese grito, el silencio se apodera de la situación volviéndose realmente molesto. Ninguno de los dos dice nada, hasta que la anciana, casi susurrando, expulsa dolor en forma de palabras que literalmente le revienta.

—¿Tu padre era buena persona?

A Aaron le da un vuelco el corazón al oír esas palabras. Ni siquiera le importa no poder moverse. Hasta el miedo desaparece de su mente, que se ha inundado de una absoluta falta de fe en todo lo que ha creído siempre ante aquella pregunta que no necesita contestación. Esa voz a la que no pone cara acaba de desmontar su mundo con una simple frase. Por supuesto que su padre era una buena persona. No tiene ninguna duda de eso.

Pero entonces: ¿Por qué le pasó lo que le pasó?

No existe otra explicación que la que esa dañina voz acaba de darle, y no sabe si le afecta más que así sea o haberlo tenido siempre tan cerca y nunca haberse parado a pensar en ello. Se siente totalmente desubicado y con una sensación de engaño que no se puede quitar de la cabeza.

—Tranquilo… Pasa siempre. Es doloroso conocer la verdad.

—No puede ser. – niega una vez más desesperado.

La mujer contesta con silencio.

—¡No es justo! – grita.

—Tenía que ser así.

—¿Entonces de qué vale? ¿De qué vale ser buena persona? ¿De qué vale comportarse bien? ¿Ayudar a los demás? No vale de una mierda, porque alguien con más suerte que tu va a estar bien sin importar si se lo merece o no.

— No es tan sencillo. Hay algo más. Tienes que verlo como un todo. No pensar individualmente. – trata de explicarle.

—¡Que le follen a tu "algo más"! ¡Esto no es justo! ¡Y me da igual el resto del mundo! Nunca supe por qué perdí a mi padre de esa manera, sin poder despedirme de él. Esto me ha perseguido durante mucho tiempo. Mucho tiempo en el que intenté comprender por qué. En el que dudé de todo. En el que

destrocé mi vida, e hice infeliz a mi familia. En el que la gran parte de cada día que pasaba me esforzaba en intentar superarlo. Y resulta que por mucho que diga que no es tan sencillo, la explicación es que hay alguien por ahí al que ni siquiera conozco que es más afortunado que mi pobre padre.

— Pero eso no es lo peor. Lo más triste es que da igual lo que hagas en la vida porque no tienes la mayor incidencia en nada de lo que pase.

— ¡No lo acepto!

La anciana le observa sin inmutarse, dejando que expulse por la boca todos sus demonios. Lo necesita. A pesar de continuar en la misma situación que al principio, ha olvidado el miedo que sentía por no poder moverse. Ni siquiera siente el dolor físico que le ha provocado aquella mujer cuando le agarró por detrás. Sólo siente rabia, que expulsa a borbotones en forma de blasfemias que se atropellan en su boca con una ira desmedida.

Después de casi un minuto y con signos de ahogamiento al no permitir siquiera que, durante el tiempo que ha estado dejando salir todo lo que tenía dentro, el aire le entrase en los pulmones, se detiene para coger fuerzas. Su pecho se hincha y se deshincha de forma exagerada, casi estallando los botones de la camisa, que se estira en cada respiración poniendo a prueba su resistencia. En ese momento, aprovechando la pausa, la anciana, con una calma aterradora que contrasta con el nerviosismo de Aaron, dice:

— Todas las personas tienen una condición.

Aaron, continúa respirando alterado, mientras espera una explicación.

— La condición es lo que nos hace ser quien somos en realidad. Casi nadie sabe cuál es su condición. Pero está ahí.

— No sé a qué te refieres. – dice con desgana.

— Lo sé. Si la conocieras, sabrías que eres un afortunado.

— ¿Afortunado?

— Si, afortunado.

Más calmado, y con resignación, intuye a que se refiere.

— Ya… Va a decirme esa chorrada de que soy afortunado porque mi situación es buena en comparación con otras personas cuya vida es peor. ¿No?
— Y también eso de que mis problemas no son realmente graves porque hay personas que sufren enfermedades, que incluso les impiden hacer una vida normal, o personas que viven en la indigencia y no tienen para comer.
— No. No voy a decirte eso. Cada persona es diferente y lo que se vive es interpretable por el que lo sufre. Comparar los problemas de individuos diferentes no tiene sentido, aunque tenga mi propia opinión sobre ello.
— ¿Y cuál es? – responde como si supiese la respuesta, pero aun así quisiera oírla.
— ¡Que es cierto que muchas veces nos preocupamos por estupideces sin tener un problema real! – levanta controladamente la voz – Eso está en el ADN del ser humano.
— Pero ese no es el caso. Vuelves a estar equivocado. Estás mezclando las cosas. Tú hablas de situación, y yo hablo de condición. La situación es lo que vivimos, y la condición es lo que somos. – hace una leve pausa – Es el motivo.
— ¿El motivo? – pregunta intrigado.
— Sí. Es algo mucho más amplio. Esa es la parte que casi nadie entiende.

Extrañamente las palabras de aquella anciana han cambiado la forma en la que se siente, y aunque comenzó mal, ahora siente mucha curiosidad por la explicación. Incluso en su cabeza, la voz ha pasado de ser tenebrosa y amenazante a comprensiva y cercana. Mientras todo esto ocurre, sigue sin poder mover un solo músculo, aunque sin saber por qué, ya no le preocupa tanto.

— Pero lo que vivimos es lo que nos hace ser como somos… – contraataca Aaron.
— No. Somos lo que somos, y lo que vivimos no cambia para nada quienes somos y cuál es nuestro motivo.

Aaron se toma un segundo para reflexionar en intentar entender la explicación.

— No lo comprendo.
— Tu conoces lo que hace una enfermedad a la persona que la sufre y a quienes le rodean, ¿verdad?
— Sí. – dice apesadumbrado.
— Pero la enfermedad no define quién eres.
— Lo siento, sigo sin entenderlo. – balbucea.
— ¿Te has preguntado alguna vez por qué tú? – insiste.

Aaron se sorprende de la pregunta, aunque sabe de sobra la respuesta

— Sí. – afirma resignado – Muchas veces.
— Pero no me refiero solo a lo malo. También a lo bueno. – dice la voz abriendo un nuevo enfoque en su cabeza.

Eso nunca lo había hecho. Siempre que ocurría algo malo se preguntaba cuál era la razón por la que le había pasado eso a él, pero, por el contrario, cuando se encontraba con algo bueno, no se hacía la misma pregunta.

— Hazlo. Y cuando lo entiendas, sabrás tu motivo.

El silencio vuelve a apoderarse de la conversación. Aaron piensa en las palabras que ha escuchado, y las intenta asimilar desordenadamente ante el exceso de información que ha provocado en su mente. No sabe si lo entiende bien. Tan solo tiene la percepción de que lo que esa voz le ha revelado, es muy valioso.

— Pero… a mí el dolor por la pérdida de mis padres me cambió. Cambió mi forma de ser. Yo era feliz, tenía todo lo que quería. Y de repente, en tan solo unos meses, todo se esfumó. Lo que era, ya no lo soy.
— Sigues cometiendo el error de no verlo todo en conjunto. Lo que pasó fue duro, pero no cambia en absoluto tu condición. Sigo diciendo que eres afortunado. Pronto lo irás comprendiendo.
— ¿Me estás diciendo que no hay nada, por muy triste y doloroso que sea que pueda cambiar mi condición? ¿Que pueda cambiar el motivo por el que estoy aquí?

La anciana medita su respuesta:

— Sí. – hace una pausa – Es complicado decir esto, pero ni el mayor dolor que puedas imaginar, cambiaría la condición de cada uno. Incluso algo para lo que no estamos preparados, mantendría intacto nuestro motivo.

— Nadie está preparado para sufrir. – reflexiona Aaron en voz alta.

— Te equivocas de nuevo. Estáis exactamente preparados para eso. El dolor es algo intrínseco al ser humano. Y lo experimentáis durante toda la vida. Se nace sufriendo, lo que ocurre es que no os acordáis. De hecho, es uno de los mayores traumas que existen en vuestra vida. Pero vuestra memoria, os protege de ello. Si no fuese así, tendrías tanto miedo de todo lo que vendrá, que no seríais capaces de vivir siquiera. Después, durante toda vuestra vida, el dolor está presente de diferentes formas:

— Cuando se es pequeño y salen los dientes, cuando se sufre una caída, cuando no se entiende algo, cuando se discute con amigos o familia, en el desamor, en el rechazo, en las enfermedades, cuando se pierde a gente que se quiere, en la soledad, en la vejez… y finalmente… en la muerte. Y precisamente, eso es lo que hace que los momentos felices sean tan increíbles. Sin el dolor, no experimentaríais la felicidad. Y debe ser en pequeñas dosis, porque si fuese al revés, si la mayoría de vuestro tiempo vivieseis con felicidad y puntualmente sintieseis dolor, esos momentos serían completamente inaguantables.

— Todo tiene una razón.

Aaron, aunque con reservas, cree que empieza a entender lo que le quiere decir.

— Creo que lo entiendo… Aun así, hay momentos para los que no estamos preparados, como es la muerte de la gente que queremos. – razona, tratando de mostrar que tiene muy presente la pérdida que sufrió.

La anciana le corrige con determinación:

— Se que perder a tus padres en tan poco tiempo, y de la forma en la que fue, no debió ser fácil. Lo siento de veras. Pero la única muerte para la que el ser humano no está preparado es la de sus hijos.

Otra frase que le sacude como un mazazo en plena nuca. No sabe que decir, la respiración se acelera, los ojos se le nublan y el corazón empieza a bombear de nuevo con violencia, como si quisiera explotar. Cierra los ojos para tratar de calmarse, pero la imagen de su hija en diferentes etapas de la vida se apodera de sus pensamientos. La voz de su pequeña llamándole, retumba en su cabeza:

Papá, Papá, Papá…

Abre los ojos. Sigue tumbado boca arriba, pero todo es diferente. Las filas de asientos que le rodeaban antes de que aquella extraña mujer le abrazara, están ahí de nuevo. Como los maleteros que se sitúan sobre ellas. Sigue habiendo oscuridad, pero percibe el ambiente muy cambiado. Sin tensión. Poco a poco siente como la movilidad llega a todas sus extremidades y se incorpora despacio hasta quedarse sentado en medio del pasillo. Mira hacia todos lados buscando poner cara a la extraña voz que le ha hablado hace solo un momento, pero no hay ni rastro de ella. Como tampoco lo hay del amasijo de hierros en el que se había convertido la pared de la parte trasera del habitáculo donde se encuentra. Vuelve a mirar hacia delante y relaja la posición arqueando las piernas y colocando los codos sobre ellas al tiempo que se lleva las manos a la cara y se la frota tratando de comprender una vez más que ha ocurrido. Entrelaza sus manos y hunde la cabeza hacia abajo intentando abstraerse de la situación.

— ¡Papá, Papá!

Yergue la cabeza de un golpe seco y se queda inmóvil, tratando de no hacer ningún movimiento que no le permita escuchar con claridad.

— ¡Papá!–vuelve a llamarle.

Es la voz de su hija.

Se levanta rápidamente y sale como una exhalación corriendo hacia la parte delantera.

CAPÍTULO 9
“nueve”

Ya no se acuerda de que hace tan solo unos minutos estaba tirado en el suelo sin poder moverse. Ya no le importa que apenas pueda verse a dos metros de dónde se encuentra. Ya no le preocupan hombres que quieren matarle, ni mujeres que le inmovilizan cuerpo o corazón. Ya no siente ningún tipo de miedo. O al menos ninguno tan fuerte que le impida ir a la llamada de su hija, aunque no tenga ningún sentido. Corre el pasillo, que se está convirtiendo en infinito, con una velocidad asombrosa. Sin importarle nada, avanza de forma vertiginosa dejando atrás las filas de asientos a ambos lados mientras dibujan una imagen en movimiento que no es capaz de distinguir. De repente, se encuentra con el final del pasillo que desemboca en una pared de color negro con una puerta en el medio del mismo tono. Va a tanta velocidad y la visibilidad es tan baja, que no le da tiempo a frenar y choca violentamente saliendo despedido hacia atrás, perdiendo por un momento parcialmente el equilibrio. Obstinado, se acerca de nuevo a la puerta, que tiene un pequeño picaporte redondo en su lado izquierdo y lo agarra. Lo gira infinitamente sin llegar a descubrir el tope, pero no abre. Como si no estuviese conectado con el pestillo. Sin soltarlo, tira hacia él de la puerta con fuerza, y hace varias veces el movimiento de abrirla y cerrarla, pero no se mueve siquiera, como si estuviese pegada al marco.

— No se va a abrir. – dice una voz de hombre entre sollozos que proviene de detrás de él.

Se asusta, pegándose más a la puerta si cabe, sin soltar el pomo, al tiempo que mira hacia atrás intentando distinguir de dónde sale esa

voz. A unos metros, en el pasillo opuesto del avión, junto a la ventana, inmerso en la oscuridad, distingue una figura agazapada, hecho un ovillo, de medio lado, con los pies subidos en el asiento, abrazando sus rodillas y la cabeza escondida entre ellas, como si quisiera protegerse de algo o hubiera visto cosas terribles que quiere olvidar.

— ¿Quién eres? – pregunta sin convicción.– ¿Has oído a una niña decir papá?

— No – responde sin levantar la cabeza después de un corto silencio.

Suelta el pomo de la puerta y decide ir hacia el hombre. Atraviesa con movimientos casi automatizados la fila de asientos central por enésima vez y se dirige hacia él. Se para justo a su altura, coloca las manos en los respaldos, echa un vistazo a ambos lados, y le pregunta:

— ¡Eh, oye! ¿Estás bien?

— No. – responde llorando.

— ¿Por qué lloras? ¿Qué te pasa? – hace una pausa – ¿No te encuentras bien?

No contesta ninguna de las preguntas. Ni siquiera parece hacerle caso, solo se escucha la respiración entrecortada a causa del llanto, que sale con eco por tener escondida la cabeza en el hueco que forman sus arqueadas piernas. Aaron se acomoda en el asiento que está justo en el pasillo, dejando uno libre entre los dos para no agobiarle, mientras insiste:

— ¿Es por estar aquí?

El hombre levanta levemente la cabeza y le mira de reojo.

— No, aquí es donde debo estar. – dice displicente.

— No te entiendo. ¿Cómo que debes estar aquí? – pregunta con desconcierto.

El hombre levanta la cabeza, baja las piernas del asiento adquiriendo una postura más adulta y se restriega los ojos secándose las lágrimas con el envés de ambas manos, para después mirar de medio lado a Aaron sin terminar de girar la cabeza. Es un hombre

joven, de estatura media, delgado, y de unos 30 años. Tiene aspecto desgarbado, tal vez por la ropa que lleva puesta: botas negras, un vaquero ancho desgastado, camiseta del mismo estilo de color gris claro, muy dada de sí, con la frase "Fuck Fate" escrita en ella, y una sudadera negra con la cremallera desabrochada y una capucha que no se ha quitado en ningún momento. No se le ve el pelo, aunque por los mechones que asoman, parece que es oscuro, no muy largo y despeinado. El lado de la cara que apenas deja ver tiene marcas rojas a la altura del pómulo y la barbilla, no sabe muy bien si de llorar, de haber estado apoyado sobre las rodillas o de algún golpe. Las manos están magulladas y llenas de cortes, como si se hubiese peleado no hace mucho, y desprende un olor fuerte a tabaco.

— ¿Tienes un cigarro? – pregunta nervioso para interrumpir el análisis de Aaron.

— No. – responde sin esperarse la pregunta, para luego continuar. – Pero de todas formas aquí no se puede fumar.

— Importará mucho lo que se pueda hacer aquí. – susurra.

No sabe cómo tomarse esa última frase ni el comportamiento alterado de aquel hombre que, sin previo aviso, comienza a divagar hablando consigo mismo mientras cierra los ojos con fuerza y pone las manos en sus orejas intentando aislarse sin conseguirlo.

— ¡Ya lo sé, ya lo sé! – dice intranquilo – Sé que tengo que hacerlo, pero no me gusta pensar en hacerlo.

— ¿Qué dices? ¿Con quién hablas?

— ¡No me lo repitas más, por favor! – continua sin hacer caso a Aaron. – ¡Ya hay bastantes! ¡Tú no!

— Oye, ¿qué te pasa?, ¿a quién le estás hablando?

El hombre ni siquiera le mira. Parece estar sumido en una batalla interior. Aaron intenta que hable con él, pero nada de lo que le dice atrae ni lo más mínimo su atención.

— Aunque a lo mejor, si hablo con él, entiende por qué tengo que hacerlo y me deja tranquilo. – explica adoptando un aire comprensivo.

— ¿Hablar con quién?... ¿Hacer el qué? – pregunta Aaron sin obtener respuesta.

— Solo un minuto por favor. Solo uno. No te pediré nada más.

— ¿Un minuto para qué? Joder, ¿con quién coño hablas?

No contesta

— ¡A la mierda! – dice Aaron harto de la situación mientras se levanta y se dirige de nuevo a la puerta negra para intentar abrirla.

— Vale. Entonces este y me dejas un minuto. – dice, haciendo ver que está satisfecho de lo que ha conseguido.

Aaron se acerca de nuevo a la puerta, mientras en segundo plano el hombre continúa farfullando palabras ininteligibles en su asiento. Agarra otra vez el pomo con fuerza y lo gira de nuevo varias vueltas sin encontrar el tope. Acto seguido carga con el hombro contra la puerta sin conseguir que ceda ni un milímetro, como si pesase toneladas. Coge más impulso y lo intenta de nuevo alejándose para imprimir más fuerza al golpe, pero no se mueve. En su desesperación, agarra el picaporte con fuerza y lo gira a ambos lados al tiempo que lo empuja adelante y atrás de forma mucho más violenta que la primera vez para intentar abrir la puerta, mientras le da golpes desesperado con el pie. De repente, sin esperarlo, alguien agarra el pomo por el otro lado frenándolo en seco. La resistencia es descomunal, evitando que gire ni un ápice. Se hace el silencio. Se sobrecoge y mira la puerta con un miedo que le recuerda sus primeros momentos en ese viaje. El corazón se le encoge. Se aleja lentamente, pero sin dejar de sujetar el pomo. Como si no pudiese evitar estar conectado a lo que hay al otro lado. La sensación es aterradora. No se escucha absolutamente nada. Ni siquiera a aquel hombre desequilibrado que hace solo un segundo escupía palabras sin sentido. El silencio es espeluznante.

Un golpe seco y atronador a la puerta desde el otro lado termina de quebrar la tensión.

— Te dije que no se iba a abrir. ¡Ahora le has enfadado! – exclama el hombre, que se encuentra de pie mirándole, a su espalda.

Aaron suelta el pomo y se da la vuelta despacio para mirarle de frente. Se encuentra a escasos dos metros de él, como una figura inmóvil donde la oscuridad esconde su cara, que apenas puede verse. Es más alto de lo que parecía y su postura es relajada, con los hombros bajos, los brazos pegados a los laterales de su tronco y las piernas ligeramente abiertas. Sin embargo, de alguna manera, resulta imponente.

—¿A quién he enfadado? – pregunta desconfiado.

El hombre permanece imperturbable frente a él. Mirándole, sin decir nada y sin contestar a su pregunta. Los segundos se eternizan. Aaron no sabe dónde mirar. Siente que debe controlar los movimientos de aquel extraño ser, pero le pone muy nervioso mantenerse de espaldas a la puerta. Sabe que haga lo que haga, será una mala decisión.

— No tenías que haberlo hecho. – dice el hombre con la mirada perdida.
—¿Qué? ¿Qué no tenía que haber hecho? – responde atemorizado
—Intentar abrir la puerta. Todavía no.
—¿De qué me estás hablando? ¿Cómo que todavía no?

El hombre guarda silencio con la mirada ausente.

—Por ahora olvídate de eso.
—He oído la voz de mi hija. Por eso la he intentado abrir. – explica sin que eso termine de tener sentido para él.
—¿Ha venido contigo?
— No. – responde, dándose cuenta de a dónde quiere llegar con esa pregunta.
—Entonces… ¿cómo va a ser eso posible?
—No lo sé. – expresa incrédulo – ¡pero la he escuchado!

El hombre vuelve a provocar un silencio incómodo mientras le observa sin parpadear, con los ojos abiertos, atravesándole con una mirada que le revuelve el estómago, y le advierte de que algo malo va a pasar.

— ¿Alguna vez has matado a alguien? – pregunta, provocando estupor en Aaron.

—No. – responde, casi sin salirle la voz.

—Es extraño… Al menos la primera vez. – explica nervioso.

Aaron tiene claro por su última frase, que aquel hombre sí, pero no se atreve a continuar por ese camino, y aunque siente un extraño impulso, no quiere preguntar a cuántos… , por lo que se limita a observarle atemorizado ante la inestabilidad que desprende el monstruo que tiene ante él.

—No es como todos piensan. – prosigue, ahora bastante alterado, mientras hace muecas con su cara de forma descontrolada, que casi le convierten en una persona totalmente diferente al de hace unos segundos –

—¡Te hablan!

Aaron, que no entiende a qué se refiere, pregunta casi instintivamente.

—¿Cómo que te hablan?

— ¡Sí! Todos piensan que cuando estás a punto de matarlos hablan mucho, con la verborrea típica del que sabe que va a morir, suplicándote que no lo hagas. – hace una pausa mientras aprieta las mandíbulas enseñando los dientes y se agarra fuertemente la oreja izquierda taponándola con su mano para acto seguido continuar – y que después, cuando ya está hecho, hay silencio. – vuelve a detenerse para inspirar exageradamente aire por su nariz y después esbozar una leve e incómoda risa.

—¡Pero es justo al revés!

Le mira absorto, con cara de incredulidad, esperando impaciente la siguiente palabra.

—¿Cómo que al revés?

— Sí. – dice, quedándose callado, con gesto relajado y aparentemente más tranquilo – Cuando has acabado con ellos, su voz se mete en tu cabeza y es cuando más cosas te dicen.

—Ya están para siempre contigo.

—Nunca dejan de hablarte.

Aaron está totalmente absorto ante las palabras de aquel "loco", como si las creyera sin dudarlo.

—¿Y qué dicen? – pregunta con miedo de saber la respuesta.

El hombre, que estaba totalmente absorto mientras exteriorizaba todo aquel dolor, fija sus ojos en él y le responde con solemnidad:

— Todo de lo que se arrepienten. – solloza con angustia, estremeciendo el rostro – Todo lo que no han dicho. Todo lo que les ha quedado dentro. Y no tiene fin… lo repiten una y otra vez. – respira – También es duro para ellas.

—¿Para quién? – pregunta manteniendo el tono casi susurrante.

—Para las voces.

De nuevo se hace el silencio entre ambos, pero esta vez mucho más crudo, mucho más tenso. Aaron observa al hombre, hipnotizado por sus palabras. El hombre mira a Aaron, pero lo hace con la mirada vacía, como si no estuviera allí realmente, o como si las miles de voces que retumban en su cabeza se percatasen de su dolor y le hubieran dado un respiro en ese instante.

Repentinamente, un golpe fuerte y seco al otro lado de la puerta, que retumba con violencia, asusta a ambos, que salen de su trance para devolverles a aquella incierta situación.

— ¡Pero tú no! – dice, señalándole amenazante con el dedo índice de la mano derecha, los ojos abiertos hasta el punto de casi salirse de las cuencas, y una vena hinchada que aparece en su cuello a punto de explotar. –

— ¡Tú no vas a hacerme eso!

— Oye, ¿qué estás diciendo? – pregunta, esperando escuchar otra respuesta diferente a la que tiene en su cabeza.

— ¡Que tú no me vas a joder!– responde exaltado, mientras saca un arma que llevaba en la parte de atrás de la cintura de su pantalón y apuntándole al pecho desde donde se encuentra.

Aaron se queda petrificado, sufriendo una parálisis que, salvo un ínfimo espasmo para extender las palmas de sus manos, le impide mover un solo centímetro de su cuerpo. Tiene un sentimiento de terror que le recorre en todas direcciones y le agita con violencia

revolviéndole el estómago. Nunca le habían apuntado con un arma. Es la peor sensación que ha tenido en toda su vida. Su cuerpo no reacciona, pero por dentro siente explosiones de miedo en cada rincón, que terminan desembocando en su cabeza, haciéndole creer que es el final. Nunca se detuvo a pensar en ello, pero si lo hubiese hecho, jamás habría imaginado que sería a merced de un loco con un arma. Tal vez una enfermedad, o un accidente de coche. Pero no así.

— ¡Escucha! ¡No tienes que hacer esto! ¡Baja el arma por favor! – suplica.
— Si tengo que hacerlo. Es mi misión – responde nervioso con el brazo extendido, sin dejar de apuntarle y acercándose medio paso hacia él.
— ¡No! No sé quién te ha dicho que tienes que hacer esto, pero está equivocado. ¡Ni siquiera me conoces!
— ¡Que te calles! – grita con rabia.

Un nuevo golpe, esta vez más fuerte y violento, vuelve a sacudir la puerta desde el otro lado, haciendo que Aaron se asuste y gire por un segundo su cabeza, pero sin desviar la atención del arma.

— Espera… – su cuerpo empieza a reaccionar permitiéndole alzar los brazos hacia delante, manteniendo las palmas en dirección a aquel hombre para intentar calmar la situación – Pero piénsalo por favor. ¿Vas a disparar a alguien que no conoces de nada? ¡Eso no está bien!
— ¿Bien? Lo que no está bien es que os quedéis a vivir en mi cabeza porque no habéis sido lo bastante valientes para hacer las cosas cuando se deben hacer. Así que dime todo lo que tienes ahí dentro. ¡Todo lo que no hiciste o hiciste mal! ¡Todo lo que te reconcome por dentro! ¡Todo lo que no te deja dormir! ¡Todo lo que te hace ser un miserable! Porque no voy a dejar que te quedes en mi cabeza para la eternidad. – dice de fuera de sí, mientras se acerca por completo a Aaron y aprieta con fuerza el cañón del arma contra su frente, provocando que este apoye su espalda contra la puerta.

— ¡Vale! – dice con los ojos medio cerrados – Siento no haber sido mejor persona.
— ¿Me estás tomando el pelo? – pregunta agresivo, mientras aprieta aún más el cañón del arma contra su cabeza.
— ¡No joder! ¡Vale! Siento no haber hecho feliz a mi mujer y a mi hija.
— ¡¿Qué más?
— Y siento haberme perdido cosas importantes para ellos. Y no haber estado cuando mi hija dio sus primeros pasos, o cuando dijo su primera palabra. Siento no haberles dicho te quiero cada día. Y haberme comportado de una forma que no se merecían. Siento no haber tenido otro hijo. Me arrepiento muchísimo. – dice mientras empieza a llorar – Y siento no haberme podido despedir de mi padre, y no haberle demostrado todo lo que le admiraba. Y también no haber podido evitar que a mi madre se le fuera la cabeza y se muriera de pena, porque en el fondo sé que yo tengo la culpa porque no me veía bien. Me arrepiento de no haberles dicho lo importante que eran para mí, porque ahora que no están, les echo de menos cada día, y me siento muy desprotegido.
— Y siento solo haber estado a la altura con el trabajo y no con lo importante que es mi familia. Les quiero con locura y haría cualquier cosa por ellos.

Aaron se desliza casi hasta el suelo con la espalda apoyada todavía en la puerta, mientras rompe a llorar desconsoladamente con los ojos cerrados permaneciendo por unos segundos en esa posición. El cañón del arma sigue tocando su cabeza, pero la presión ha disminuido.

— ¡Levanta! – dice la voz del hombre al que ha dejado de ver durante los últimos instantes al cerrar los ojos.

Se incorpora. Continúa con su espalda recostada sobre la puerta y los brazos cayéndole a cada lado, como si soltar todo lo que tenía dentro le hubiese terminado de romper y relajar al mismo tiempo. Abre los ojos con dificultad y por primera vez ve calmado a aquel individuo, que eso sí, le sigue apuntando con el arma. Pero parece

otro. No hay ni rastro de aquel loco bipolar que se había puesto tan agresivo con él.

El hombre da un paso hacia atrás y dice de forma relajada:

—Gracias. Era lo que necesitaba

Y le dispara a bocajarro en el corazón.

CAPÍTULO 10
“diez”

Aaron sale despedido hacia atrás fruto del disparo, dándose un tremendo golpe con la puerta, que se abre a su espalda, y cae varios metros dentro de la misteriosa habitación. Todo está totalmente en silencio, como el resto de habitáculos, pero desprende una claridad casi cegadora y sus paredes son de un color blanco impoluto. No tiene ventanas, su forma es abovedada, y es extrañamente grande comparada con el resto del avión, con una altura de casi 10 metros y una anchura parecida. Está totalmente vacía salvo por dos sillas metálicas minimalistas de color blanco mate que se encuentran en el centro exacto de la habitación. Una enfrente de la otra, y a una distancia de 1 metro aproximadamente. El único acceso para entrar o salir es la puerta por la que ha aparecido allí que, tras el golpe, permanece abierta totalmente. Aaron yace en el suelo en posición supina, inmóvil, con la boca y los ojos cerrados. Su cabeza está ladeada ligeramente a la derecha. Tiene los brazos y las piernas extendidos, y las palmas de sus manos están abiertas, sin tensión. Después de unos instantes, la puerta se cierra de forma violenta, dando un tremendo golpe y dejando la habitación totalmente sellada. Continúa sin moverse y sin signos de vida, cuando siente una mano que le acaricia los dedos de su mano izquierda, para posteriormente agarrarlos con suavidad. Su tacto es agradable, reconfortante. Le hace sentir seguro. Sin abrir los ojos empieza a tomar consciencia de la situación, aunque continúa estático en el suelo. No sabe dónde está y aunque intenta recordar qué ha pasado, está aprovechando el momento. Saboreando lo bien que se siente a pesar de todas las preguntas e incertezas que se ciernen sobre él. Abre lentamente los ojos con varios parpadeos seguidos que

intentan filtrar la intensa luz que desprende la habitación y a la cual no está acostumbrado. Los entreabre con dificultad, y poco a poco se va enfocando la imagen, que cada vez que vuelve a cerrarlos, pierde un poco de nitidez. Es un techo alto, blanco y resplandeciente, lo cual le desconcierta aún más. Mira a su izquierda y ve aparecer el rostro de su hija.

— ¿Lia? – dice con un hilo de voz rasgado, demostrando sin querer felicidad y sorpresa a partes iguales.

No contesta. Solo le observa y sigue acariciándole la mano, que sostiene entre las suyas con más fuerza.

— ¿Cariño, qué haces aquí? – pregunta mientras la ve sonreír dulcemente.

Lia suelta su mano y se levanta lentamente retrocediendo hasta que sale de su campo de visión. Intenta seguirla con la mirada, pero no es capaz. Los ojos le duelen y su cuello está agarrotado. Intenta conectar el cerebro con sus extremidades enviándolas órdenes para que se activen, y poco a poco comienza a moverse, como si fuese una máquina que han puesto en funcionamiento después de mucho tiempo apagada. Se gira hacia un lado y se incorpora torpemente apoyando sus manos contra el suelo hasta quedarse sentado en una posición incómoda. Se siente un poco mareado, pero quiere seguir a su hija, así que enseguida coge fuerzas, y dando media vuelta sobre sí mismo se pone de pie. Observa incrédulo la sala donde se encuentra. Mira en todas direcciones, pero no hay ni rastro de Lia. Se acerca a la puerta por donde ha aparecido allí y pasa sus dedos a lo largo del marco observando que está completamente sellada.

— ¡Aaron! – le reclama una voz lejana a su espalda.

Se da la vuelta inmediatamente y observa que en una de las dos sillas hay alguien. Se acerca hacia ellas con cautela, dando pasos pequeños e inseguros mientras se siente observado. Cuando está a solo unos metros la figura comienza a hacerse reconocible.

— ¡Es usted! – exclama perplejo.

— Hola Aaron. – responde el viejo que le había reconocido mientras esperaba a que saliese la puerta de embarque de su

vuelo en la sala de espera del aeropuerto.

—No entiendo nada. ¿Qué hace aquí? ¿Dónde estamos?

—Sé que ahora mismo tienes muchísimas preguntas en tu cabeza y muy pocas respuestas. Así que intentaré resolverlas todas con la mayor claridad posible. – explica mientras sonríe y hace un gesto con la mano para que le acompañe a sentarse en la otra silla que se encuentra libre.

Aaron le mira atónito, nervioso, pero acepta la invitación, ocupando el asiento restante con extremo cuidado, casi sin tocarla. Se sienta con las piernas juntas y coloca ambas manos sobre la parte superior de sus rodillas esperando indicaciones ante la atenta mirada del hombre.

—¿Estás bien? – le pregunta de forma cercana.

—No. – responde desconfiado sin entender nada.

—Bueno, tranquilo. A ver, ¿qué quieres saber?

Cientos de preguntas invaden su cabeza. No sabe cuál hacer primero, ante el temor de dejarse alguna importante sin contestar.

Lanza la más obvia:

—¿Esto es el cielo?

—No. – responde contundente.

—¿Es el infierno?

—¿Te imaginas en serio el infierno así?

—No sé, supongo que no… Pero entonces… – duda.

—¿Mmm? – pregunta el viejo sin hablar, solo emitiendo un sonido mientras frunce el ceño, abre más los ojos y suelta una bocanada hacia dentro sin abrir la boca, invitándole a seguir preguntando.

—Quiero decir… ¿quién eres?

—¿Tú que crees?

—¿Eres Dios? – pregunta sin recibir respuesta – ¿Eres el Diablo?

Le mira con una medio sonrisa, como si ya se esperara la pregunta y hubiese disfrutado viendo los rodeos que daba hasta hacérsela, pero no le contesta. Solo permanece con un gesto ambiguo, ante la

atenta mirada de Aaron, que espera una respuesta en alguna de las dos direcciones.

—¿Acaso crees que importa? – responde con otra pregunta.

— Sí. – dice, convencido de la explicación que va a darle – Claro que importa. Dios representa el bien, todas las cosas buenas que hay en el mundo. Por el contrario, el Diablo es el mal. ¡Sí! Depende de quién seas todo cambia.

— Así que, según tu razonamiento, según quien sea yo, tu actuarías de una forma u otra. Curioso… Yo siempre he pensado que creíais lo contrario, y dependiendo de cómo hubieses actuado tú en tu vida, yo sería uno u otro.

No sabe que decir ante aquella afirmación, y rápidamente entiende que con ese hombre no vale de nada lo que intente ni lo ágil que pueda ser mentalmente. Siempre va a escapar a su control.

—Bueno… lo que quería decir…

— ¡Tranquilo! Estoy bromeando. – le interrumpe mientras sonríe con gesto amable.

—¿Cómo?

— Quien sea yo no depende en absoluto de cómo te hayas comportado en tu vida. Normalmente pensáis que, si has sido bueno irás al cielo y verás a Dios, y si has sido malo irás al infierno y allí vagarás con el Diablo durante toda la eternidad. Pero no funciona así. – hace una pausa intrigante que contrasta con su expresión cercana y amigable – Verás… nosotros no somos "el bien" y "el mal". Más bien somos un equipo. Y somos complementarios. Hay cosas que él no puede hacer y yo sí, y viceversa.

Observa en un punto entre el miedo y la fascinación la explicación de aquel enigmático hombre. Supone que será por la situación y todo lo que ha vivido en ese viaje, pero la percepción que tenía sobre él ha dado un giro de 180 grados.

—Entonces… ¿Estoy muerto? – continua con su interrogatorio.

—No, no lo estás.

— Lo siento, pero entonces, no entiendo nada. Si no estoy muerto. ¿Qué es esto? Y si es cierto que eres alguno de los dos, ¿Qué haces aquí?

— Déjame que te lo explique. – señala al tiempo que se levanta levemente de la silla, la agarra de la base del asiento con sus largos dedos y la mueve para acercarse unos centímetros más a Aaron. Se vuelve a sentar y sonríe expresando calidez mientras le mira a los ojos como un abuelo que quiere explicarle algo a su nieto. – Cuando las personas nacen, todas llevan una condición en su interior.

— El motivo. – afirma para sí mismo en voz alta, recordando la conversación que tuvo con la anciana.

— ¡Eso es! – dice sonriendo – Todos tenéis uno en mayor o menor medida, y todo lo que ocurre en vuestras vidas va enfocado a un objetivo: Cumplir con el motivo. Por eso cuando muchas veces no entendéis por qué os ocurren ciertas cosas, es porque no tenéis en mente o no sabéis exactamente cuál es vuestro motivo, pero hay un plan donde para conseguir vuestro motivo, ese hecho debe ocurrir.

— Entonces cuando se nace… ¿se sabe exactamente cómo va a ser la vida de cada persona? El destino está escrito. – asevera.

— No, no es exactamente así. Imagínate la vida como un camino que debéis recorrer, con un principio y un final. En algunos casos es más corto, y en otros es más largo. Ese camino dicta por donde debéis ir. – prosigue tras una breve pausa – Cuál es vuestro comienzo, cuál vuestro final y cuál vuestra condición o motivo. Pero todos los caminos, sin excepción, son anchos, y podéis moveros con total libertad por él. Esa anchura son las diferentes formas que tenéis de recorrer vuestro camino, o dicho de otra forma, de vivir vuestra vida, con las decisiones que tomáis. Dichas decisiones afectan exclusivamente a la persona que las toma y a su entorno.

Aaron traga saliva mientras escucha atónito la explicación con una atención milimétrica a cada palabra que sale de su boca y que, sin

esperarlo, ilumina una travesía que hacía ya mucho tiempo que estaba en tinieblas.

— Entonces… – interviene como si quisiera preguntar y afirmar algo al mismo tiempo, pero no encuentra la manera de expresarlo.

El viejo hace una pausa esperando que complete la frase, pero decide continuar ante el bloqueo de Aaron.

— Esto que te he contado, le ocurre a todo el mundo sin excepción. Pero luego hay personas que nosotros denominamos "especiales".

— Son pocas. Muy pocas. – aclara con énfasis – pero todo en ellas es distinto.

— ¿Por qué? ¿No tienen motivo? – amontona preguntas impacientemente.

— Sí, sí lo tienen. Pero su cometido es distinto.

— ¿Qué quiere decir con distinto?

— Para empezar, su camino no es como el del resto. Sí, tiene un principio y un fin, y sí, es ancho para permitirles elegir entre un abanico controlado de opciones que les afecta únicamente a ellos. Pero la diferencia es que no es un camino único, sino que, en un punto del mismo, tiene ramificaciones. Y deben elegir si ir por un lado, o por otro. De esa elección dependen muchas cosas, en menor o mayor medida. Los dos caminos en los que se ramifica son completamente diferentes. No tienen nada que ver. Y llevan a destinos diametralmente opuestos. Pero esa elección no solo es importante para esas personas y su círculo, sino que desata una reacción en cadena que puede afectar a muchísima más gente. Tanto para bien, como para mal.

Se hace un leve silencio en el que Aaron intenta asimilar toda la información, que rompe con una pregunta:

— ¿Cuánto es muchísima más gente?

— Depende: Cientos, miles, millones… ninguna elección es igual a otra. – aclara.

— ¿Pero eso significa…?

— Sí. – interrumpe – Tú eres una de esas personas especiales, aunque de un modo totalmente distinto.
— ¿A qué se refiere?
— Dentro de ese grupo de personas que están fuera de lo común, hay algunas extraordinarias, que tienen en su poder la capacidad de que ocurra algo excepcional que afecta directamente a toda la humanidad.
— Pero… – es lo único que acierta a decir, abrumado por la última frase.
— A lo largo de la historia, siempre han existido épocas en las que nada ocurre. No hay avances. Todo se encuentra estancado. Y eso puede deberse a dos motivos: Que en ese periodo no aparezca nadie que posea ese don. O lo que es más probable. Que, si lo hay, no esté dispuesto a hacer el sacrificio que conlleva.
— ¿Qué sacrificio?
— Todo don conlleva una acción. Y toda acción tiene un antes y un después. El después es una consecuencia, y el antes un sacrificio, que es el que empieza todo, y sin el que no podría llevarse a cabo dicha acción. Todo debe tener un equilibrio, ¿recuerdas?
— ¿El karma?
— Eso es. El karma. Para ello, el sacrificio tiene que estar a la altura de la consecuencia. Y en este caso, hablamos de algo superlativo.
— ¿Y yo soy de ese grupo de personas? – pregunta con una mezcla de emoción y temor.
— No, tú no.
— Pero ha dicho que… – intenta aclarar, mientras le interrumpe de forma seria sin dar lugar a conjeturas.
— Lia lo es. Tu hija está destinada a hacer algo increíble. Algo a la altura de muy pocas personas en la historia. Algo que cambiará el rumbo de la humanidad, la cual ahora mismo se dirige a un abismo de forma irremediable. Pero ella es demasiado importante. Debe estar centrada en su propósito. No puede

tener ningún tipo de distracción. Es por eso por lo que decidimos que tú eres la persona adecuada para hacer el sacrificio. Sabemos que tú harías cualquier cosa por tu hija. – por unos instantes el silencio invade la explicación.

— Incluso correr casi sin poder moverme por un lugar oscuro que me ha sometido a todo lo que me aterra porque de forma imposible, he escuchado su voz. ¿Verdad? – expresa desolado con la mirada perdida.

El hombre sonríe ligeramente con gesto de entendimiento mutuo.

— Sí. Incluso eso – responde.

Ambos permanecen callados por unos segundos, mientras el hombre observa a Aaron y este dirige su vista a un lado evitándole, con la mirada perdida e intentando asimilar todo lo que ha escuchado. Tiene un extraño calor en el pecho y siente una presión asfixiante en todo su cuerpo.

— ¿Y cuál es el sacrificio? – pregunta rompiendo el momento.

— ¿Acaso no es evidente? – responde dando a entender lo que ambos están pensando.

El silencio se vuelve a apoderar de la conversación. Pero no es un silencio vacío. Es un silencio cargado de pensamientos, de conexión, de palabras que no se dicen pero que ambos sienten.

— ¿Y si digo que no? ¿Qué pasará? – pregunta dubitativo.

— Te despertarás y seguirás con tu vida. Igual. O si esto ha servido de algo, intentando mejorarla, tanto para ti como para los que te rodean.

— ¿Y qué pasará con el resto de la gente?

— ¿Te refieres al resto del mundo?

— Sí.

— Es imposible saberlo todavía.

— Pero has dicho que, si aceptaba el sacrificio, mi hija haría algo importante para la humanidad. Suponía que si no lo aceptaba, algo terrible ocurriría.

— Y así es. – hace una pausa demoledora y cambia ligeramente el tono de voz – Es extremadamente importante que ella pueda

cumplir con su propósito. Por eso nos guardamos otra opción por si no estás dispuesto a hacer el sacrificio. Tú eres el primero. El ideal. El que puede solucionarlo todo de la mejor forma posible. Pero si tú no lo haces, iremos a la segunda opción. No es la que deseamos, porque es más dolorosa. Pero lo haremos si es necesario. Sé que es difícil de asimilar, pero no podíamos jugarnos todo a una carta.

— Dime que la segunda opción no tiene que ver con mi hija. – suplica.

— No puedo.

Todavía sentado, se inclina hacia delante y coloca los codos sobre sus piernas, que descansan ligeramente abiertas. En claro gesto de agobio, tapa boca y nariz con sus manos dibujando una uve y resopla. Desliza sus manos despacio hacia la barbilla y alza la cabeza cerrando los párpados para intentar buscar algo de paz que le permita ver todo con más claridad.

— ¿Tú sabes que voy a decidir? – pregunta tornando la vista hacia él.

— No. Eso solo lo sabes tú. – replica, devolviéndole la mirada.

La presión sobre sus hombros se acentúa. En su cabeza resuenan múltiples voces que no puede distinguir. Está completamente sobrepasado. Intenta centrarse, pero siente como si una fuerza extraña se metiese en su cabeza una y otra vez desordenando todo. No puede hablar. No puede pensar. El viejo le mira con intensidad, consciente del infierno que está viviendo en su interior y con impotencia por no ser capaz de ayudarle.

— ¿Por qué no tomáis la decisión vosotros y ya está? – alza la voz, desesperado.

— Porque no funciona así. No podemos interferir en el libre albedrío. Nosotros velamos por las oportunidades, por asegurar la posibilidad de que todo se rija por ciertas normas equitativas que aseguren el desarrollo de la vida y el buen funcionamiento.

— ¿Buen funcionamiento? ¿Y las enfermedades? ¿Y las guerras?

— El mundo no es nuestro, sino vuestro. Y sois vosotros los que lo habéis llevado a donde está. Como tú, a lo largo de la historia han existido personas que han tenido que elegir. Algunas han sido altruistas, y otras egoístas. Lo que quiero decir es que algunos han mirado por la humanidad y otros por ellos mismos, y como te dije, una vez la decisión está tomada, todo tiene que estar equilibrado. Llevamos un tiempo donde diferentes decisiones han inclinado la balanza hacia el mal: pandemias, guerras, enfermedades. Son las consecuencias de las malas decisiones. Por eso es muy importante que Lia cumpla con su motivo. Eso equilibrará la balanza por cientos de años, y dará un respiro a un mundo que ya se encuentra falto de esperanza y que está más cerca de acabarse, que de seguir adelante.

— ¿Entiendes la importancia de esta decisión?

Aaron asiente fugazmente con resignación.

— ¿Pero lo habéis pensado bien? ¿Y si a Lia le ocurre lo mismo que me ocurrió a mí con mi padre? ¿Y si al faltarle yo, cae en una profunda depresión de la que no puede salir y eso le impide cumplir con su propósito?

— Eso no va a pasar. Porque tu padre murió justo para evitar esa posibilidad.

— ¿Qué? – dice sin comprender a que se refiere.

— Cuando tu padre murió, tu caíste en una espiral de depresión y desolación. Pero eso no solo te afectó a ti. – hace una pausa – también afectó a Lia. Sufrió al verte hundido, sufrió al ver que no estabas en su vida de la misma forma en la que habías estado hasta ese momento. Sufrió al perder la relación tan especial que teníais, que era un pilar fundamental en su vida. Y aunque no eres consciente, ha luchado mucho por salir de ahí. Ella no permitirá que eso le ocurra, porque no va a dejar que su futuro hijo pase por lo mismo por lo que pasó ella. No caerá en depresión. – extiende su brazo hasta agarrar levemente el antebrazo de Aaron en un gesto de complicidad, al mismo tiempo que dice – Te lo dije Aaron. Todo lo que ocurre es parte

del plan, y va encaminado a que cada uno cumpla con su motivo.

Expectante ante la audaz explicación del viejo, continúa con la pregunta que llevaba deseando hacerle desde que supo que Lia era una de esas personas excepcionales:

— Mi hija… ¿Qué está destinada a hacer?

— No puedo decírtelo. Lo siento, pero tu decisión no puede estar condicionada por la acción ni por el resultado.

— ¿Y qué pasará? ¿Simplemente el avión se estrellará y no volveré a ver ni a mi mujer ni a mi hija?

El hombre le mira con condescendencia.

— Aaron. No hay ningún avión.

Su rostro se descompone de golpe al escuchar esas palabras y su corazón empieza a acelerarse con un ritmo cada vez más fuerte hasta casi salirse de su pecho.

— Pero… yo… estaba… – balbucea sin lograr conectar las palabras.

— Todo esto ha sido simplemente lo que necesitabas. – interrumpe.

— ¿Lo que necesitaba? ¿Antes de irme?

— En tu caso era solo una posibilidad, pero dada la confianza que teníamos en que ibas a tomar la decisión adecuada, debíamos asegurarnos de que tu viaje era completo.

— ¿Entonces todo lo que ha pasado? ¿No ha sido real?

— Sí. Sí lo ha sido. Solo que no en la forma en la que vosotros percibís la realidad. El viaje siempre es real.

— ¿El viaje?

— Sí. Todas las personas tienen uno antes de irse, como tú has dicho. Para todos es diferente. En tu caso ha sido muy intenso porque la situación lo requería.

— ¿Así que todo ha tenido un por qué?

— Sí.

— ¿Y todas esas personas?

— Algunas de ellas simplemente son guías que ayudan a que el viaje vaya por el camino correcto. Y otras son el viaje.

Enmudece pensando en todas las personas que ha encontrado en ese viaje, intentando descifrar mentalmente el porqué de cada una de ellas. Consciente de ello, el hombre le observa paciente, como si estuviese en su cabeza, ayudándole a desentrañar el significado todas ellas.

— No puedes irte sin que todo esté en orden. Has hecho el camino que necesitabas. Ya no hay penas, ni reproches, ni miedos, ni palabras no pronunciadas, ni arrepentimientos. Has sacado todo. Sé que en algunos casos te hemos puesto al límite, pero era necesario, Estabas muy bloqueado y todo debe estar en su sitio antes de irte.

— Pero… – expresa pensativo sin continuar la frase, para ser de nuevo interrumpido.

— Piensa en ellos de una forma no material y verás por qué todos ellos han sido parte de tu viaje. Todos eran necesarios. Todos han tocado una parte de ti que te ha hecho entender todo y estar donde estas ahora.

Aaron no dice nada, pero por fin comprende todo. Todo se arma en su cabeza con un sentido abrumador que le hace entender hasta el más mínimo detalle que ha acontecido, no solo en ese viaje, sino en su vida. Está sorprendido porque además, está lleno de recuerdos nuevos, incluso de cuando era muy pequeño, que había olvidado por completo y ahora siente muy presentes. Después de mucho tiempo, se encuentra realmente bien. Es una sensación que había olvidado. Todo está donde debe estar. Y eso le reconforta. Es cierto, ya no tiene penas ni siente miedo a pesar de que no volverá a ver a su mujer ni a su hija, lo cual le extraña, pero no le pesa, porque sabe que ha hecho lo correcto.

El viejo que sigue cerca de él coloca las dos manos en sus hombros en un claro gesto de protección. Aaron levanta la cabeza y sus miradas se entrelazan como un abrazo que llena su alma dándole una calma infinita. El hombre sonríe ante la mirada tranquila de Aaron.

— ¿Estás preparado?

Suspira profundamente sin parpadear y responde:

—Sí.

CAPÍTULO 11
"once"

El viejo que no había retirado su mirada en ningún momento, por primera vez mira a la parte del habitáculo que se encuentra detrás de Aaron. Este se percata de ello y gira la cabeza casi por completo. Allí se encuentran a escasos metros, su mujer y su hija que, de la mano, se acercan despacio hacia él. Ambas tienen una sonrisa que disimula dolor, con los ojos rojos de haber llorado. Orgullosas, como si hubieran estado viendo todo lo que pasaba, pero con una expresión que cabalga entre la felicidad y la pena. Intentan no llorar, pero cualquier mínimo movimiento en su cara, deja correr las lágrimas por sus mejillas. Aaron mira al hombre por un segundo sin decir una sola palabra, pero preguntando a gritos con su mirada si puede levantarse y abrazarlas. El viejo retira las manos de sus hombros y hace un mínimo asentimiento que provoca que se levante rápidamente y corra hacia ellas para fundirse en un abrazo que emana los sentimientos más bonitos que se pueden tener. No dice nada, solo las besa con locura sin dejar de abrazarlas ni un instante, intentando que ese momento dure para siempre.

— ¡Os quiero! ¡Os quiero! Siento todo lo que os he hecho pasar. ¡Os quiero! ¡No lo olvidéis por favor! ¡Siempre os he querido! ¡Siempre habéis sido mi prioridad! ¡Sois mi todo! ¡Os quiero! ¡Para siempre! ¡Os quiero! – dice en plena locura sin dejar de besarlas ni mirarlas, intentando que sus rostros se queden grabados en su memoria para siempre.

Mil imágenes vienen a su cabeza: de cómo se conocieron, de su primer beso, del primer te quiero que se dijeron, de cuando supieron que estaban embarazados, de la primera vez que escuchó el latido

de Lia estando todavía en la tripa, de la primera vez que la vio, de la primera vez que le agarró el dedo y le miró con su amor incondicional, del primer "Papá", de los primeros pasos, de cómo la dormía todas las noches, del primer día de colegio, del primer te quiero de Lia, de todas las veces que buscó consuelo en sus brazos…

Lloran sin fin, sin casi respirar, sin dejar de abrazarse, como un puzzle que encaja a la perfección mientras las imágenes de todo lo que han vivido juntos se van amontonando unas contra otras desprendiendo felicidad. Hasta que una voz los interrumpe.

—Aaron. Lo siento. Es la hora

Con los ojos empapados, se desprende de los brazos de su mujer y su hija que, abrazadas, no pueden reprimir las lágrimas, ya sin hacer nada por evitarlo.

Sin poder dejar de mirarlas, echando la vista atrás a cada paso, se dirige hacia el viejo, qué le espera en el lado opuesto de la habitación, justo delante de un acceso que hasta entonces no había aparecido. La entrada tiene mucha altura, casi hasta el techo de la sala, y es estrecha, justo de la medida de su cuerpo, como si estuviese hecho solo para él. No tiene puerta, y en su interior, se extiende un pasillo que desprende una luz cegadora que no permite saber a dónde lleva. Vuelve su vista hacia atrás una última vez, mientras el viejo, visiblemente emocionado, pone la mano en su hombro, haciendo un gesto de acompañamiento para que continúe. Antes de adentrarse, le mira y dice:

—Por favor, cuida de ellas.

A lo que asiente, provocándole una fe ciega en su gesto que le hace estar completamente seguro de que así será.

Ya sin dudarlo, da el primer paso para introducirse en aquel pasillo, y aunque no sabe que le espera, está completamente en paz, sin ningún miedo, sin nada en la cabeza que le haga detenerse. Todo está impregnado de un silencio ensordecedor. Avanza decidido hasta aproximadamente la mitad de este. Gira su cabeza para mirar hacia fuera, pero ya no consigue ver nada. Un resplandor invade todo a su

alrededor de una forma mágica. Pierde la percepción espacial. Ya no parece que esté en un pasillo, sino en medio de una luz infinita que flota a su alrededor y que le envuelve, haciéndose cada vez más brillante, cada vez más intensa, hasta cegarle de tal forma que no es capaz siquiera de ver su propio cuerpo, como si estuviese desapareciendo, consumido por la impoluta claridad que le rodea. Ya no logra ver la parte inferior de su cuerpo. Mira las palmas de sus manos que se esfuman ante sus ojos lentamente. A lo lejos, un diminuto punto negro aparece, rompiendo el escenario de luz perfecta en el que se encuentra. Da igual dónde mire, ese punto siempre permanece ante él. Después de unos segundos, el punto comienza a hacerse cada vez más grande, como si se estuviese acercando a una velocidad vertiginosa. Toda la luz desaparece engullida por una oscuridad que le hace dejar de sentirse vivo.

Fin

"Y si lo que hacemos es solo una parte de lo que realmente debemos hacer"

Otro índice

Capítulo 1: “El lugar”

Capítulo 2: “El camino”

Capítulo 3: “El comienzo”

Capítulo 4: “La inocencia”

Capítulo 5: “El miedo”

Capítulo 6: “El éxito”

Capítulo 7: “El amor”

Capítulo 8: “El dolor”

Capítulo 9: “La culpa”

Capítulo 10: “La decisión”

Capítulo 11: “La felicidad”

Una última puerta

Si has llegado hasta aquí, ya sabes que esta historia nunca fue solo sobre Aaron.
Pero hay una parte que no está en este libro. Nunca lo ha estado.
Si quieres descubrir dónde empezó realmente todo, solo tienes que cruzar una última puerta.

www.adrianmangado.com
